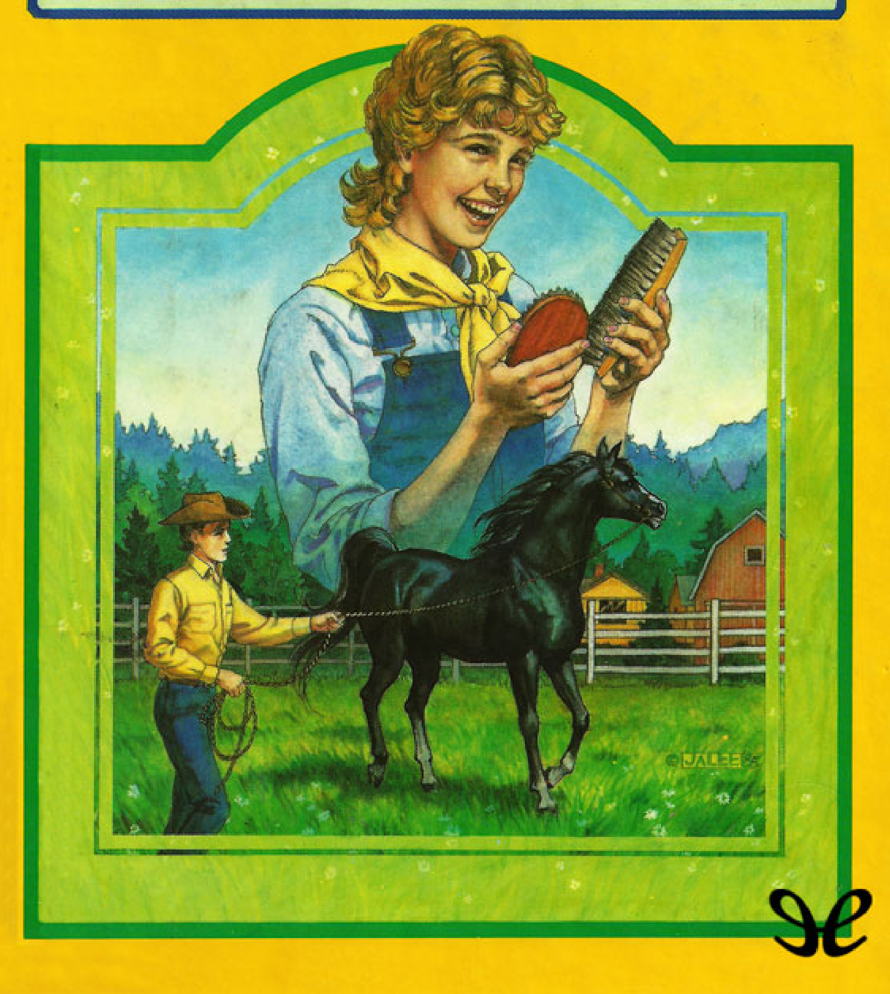
TRIXIE BELDEN

18

EL MISTERIO DEL JINETE FANTASMA



Trixie, Honey y Regan viajan a Minnesota para visitar a una familia que entrenan caballos con la esperanza de aprender algunas técnicas. La leyenda y el avistamiento de un fantasma galopante pone a Trixie tras la pista de un misterio y ella se une a un cazador de fantasmas, mientras que Honey es de distrae con el entrenador de caballos joven y guapo, Pat Murrow. Además la granja de Murrow se ve amenazada por un promotor local que quiero que ellos vendan. Su semental principal desaparece y la búsqueda se centra en encontrar el caballo y resolver el misterio del fantasma galopante.



Kathryn Kenny

El Misterio del Jinete Fantasma

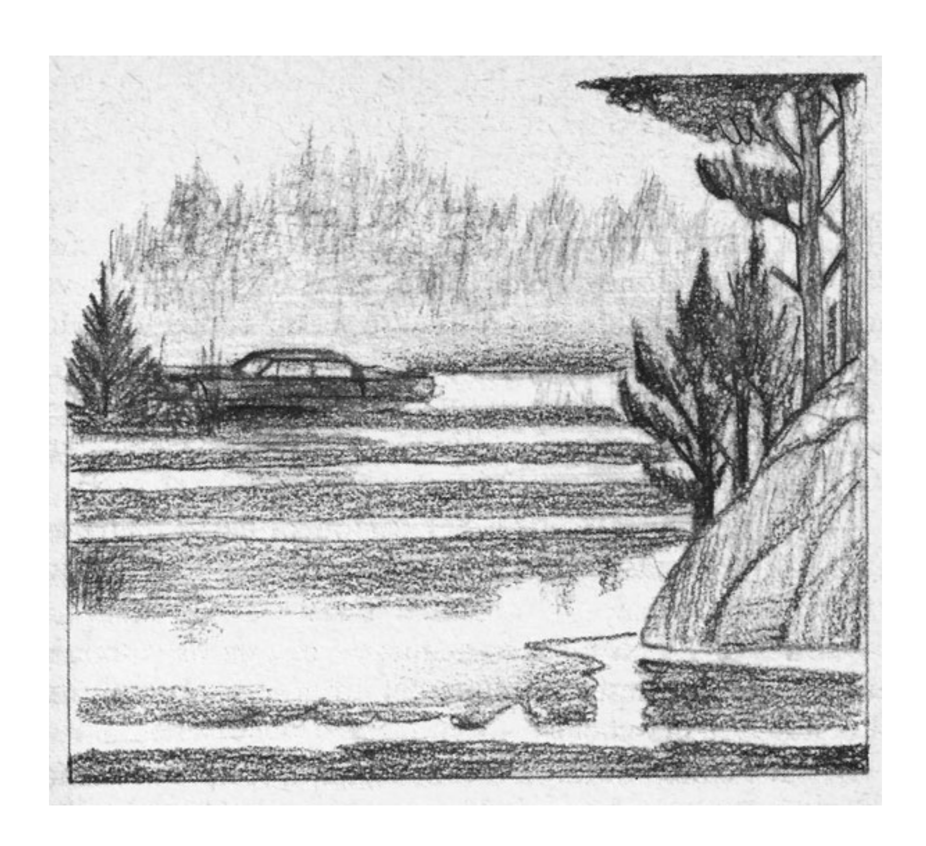
Trixie Belden 18

ePub r1.0
Titivillus 03.06.15

Título original: *The Mystery of the Galloping Ghost*
Kathryn Kenny, 1986

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





El jinete del crepúsculo • 1

—¡NO PUEDO CREER que estemos en Minnesota! —exclamó Trixie Belden, mientras miraba a través de la ventanilla del coche. Luego se inclinó apoyando los brazos en el respaldo del asiento que tenía delante.

—Si todavía no te lo crees, abre los ojos y verás… ahí tienes otro lago —dijo Honey Wheeler desde su asiento—. Minnesota es la tierra de los diez mil lagos, y apuesto a que ya hemos visto un millar desde que salimos del aeropuerto de Wadena.

—Y desde la avioneta seguramente vimos los otros nueve mil —añadió Trixie—. Ha sido tan hermoso contemplar esos estanques de agua azulísima, rodeados de campos y bosques tan verdes…

Se recostó contra el respaldo de su asiento y cerró los ojos, intentando recordar el viaje desde Sleepyside, la ciudad en la que Honey y ella vivían, en el Estado de Nueva York. Pero enseguida los abrió para seguir contemplando aquel maravilloso paisaje.

—La ventaja de viajar en una avioneta como la que tiene la Compañía de papá —dijo Honey—, es que vuela tan bajo que todo se ve mucho mejor.

—Lo que más me gusta de la avioneta de tu padre es que sin ella jamás habría podido venir hasta aquí —dijo Trixie.

—Pues lo que a mí me encantaría es que os callarais mientras manejo esta máquina del infierno —dijo, al fin, el conductor del coche.

Las dos chicas miraron a Bill Regan, que apenas había abierto la boca desde que habían abandonado el aeropuerto en ese coche alquilado. Aunque el mozo de cuadras de los Wheeler sabía todo lo referente a los caballos, siempre había admitido que los coches ni le gustaban ni los entendía. Así que, conduciendo un auto extraño por carreteras desconocidas, no estaba como para demostrar su simpatía natural.

Honey se llevó el dedo a los labios para indicar a Trixie que se callara. Ésta se hundió en su asiento mientras pensaba: *De acuerdo, no le estropearé las vacaciones*.

Todo había ocurrido tan deprisa… empezó con una llamada telefónica de Honey Wheeler, diciéndole:

—Tengo que darte una sorpresa. ¡Nos vamos a Minnesota dos semanas!

Honey estaba tan emocionada que según se lo iba explicando, se interrumpía cada dos por tres expresando su alegría con toda clase de exclamaciones.

—Todo es por los Murrow —le había dicho Honey—. Son criadores de caballos, y viven junto al lago del Arce, en Minnesota. ¿No es estupendo poder ir a un sitio así? Los Murrow no son ricos, y no pueden permitirse el lujo de adquirir los últimos productos del mercado para alimentar a los caballos, ni contratar a los domadores más experimentados; sin embargo, consiguen criar unos caballos

árabes magníficos. Papá conoció a los Murrow en una exhibición de caballos, y quedó impresionado. De modo que va a enviar a Regan para que efectúe la compra de algún caballo, y yo he aprovechado para pedir a papá que nos deje ir también. ¿Qué te parece la idea?

—¡Formidable! —había dicho Trixie dando un salto de alegría —. Pero no sé lo que dirán mis padres. Ya sabes que no les hace ninguna gracia que me aproveche de la generosidad de los tuyos, y yo en la vida podría pagarme un viaje de ensueño como ése.

—Ya sabía yo que ibas a decirme algo así —le había replicado Honey—. Pero, escucha, Regan volará con la avioneta de la Compañía de mi padre. Que vaya un pasajero o que vayan tres no supondrá ninguna diferencia en el coste del vuelo. Y una vez allí, seremos los invitados de los Murrow, así que no creo que se trate de aprovecharte o no de mis padres.

Trixie sabía perfectamente que Honey hablaba con el corazón en la mano. Después de mucho insistir, llegó a convencer a sus padres y, dos días después, las dos amigas se encontraban en el norte de Minnesota.

Yo tampoco iría a ninguna parte sin Honey —pensó Trixie—. *Aunque tampoco corro ningún peligro de que así sea. Siendo tantos hermanos como somos, no podemos permitirnos el lujo de ir de vacaciones muy a menudo*.

Aparte de sus padres, Trixie tenía dos hermanos mayores (Brian y Mart) y uno más pequeño, Bobby. Los Belden eran también una familia muy unida. Trixie reñía con frecuencia con sus hermanos mayores, pero ellos nunca ponían en duda su lealtad o cariño. Y aunque no parara de quejarse de tener que hacer de niñera de su hermanito de seis años, se lo pasaba estupendamente leyéndole cuentos o, casi siempre, contestando a sus interminables preguntas.

Cálmate, nena —se recomendó—, *no querrás pasarte todas las vacaciones sintiendo morriña*.

—¡Mira! —exclamó Honey en ese momento, señalando al frente.

Al mirar, Trixie vio un ave gigantesca volando. Era gris, y tenía una cabeza pequeña y un cuello largo y delgado. Su aspecto hubiera resultado cómico, de no ser por el grácil movimiento de sus impresionantes alas.

—Si Ichabod Crane se reencarnase en un pájaro, sería igualito a ése —dijo Trixie.

Honey se echó a reír.

Trixie volvió a mirar por la ventanilla del coche y sintió que el momento de la nostalgia había pasado.

Es casi como si Honey hubiera adivinado que necesitaba distraerme —pensó Trixie—. *Ella es única para saber cómo se sienten los demás*.

Después, miró con cariño a su mejor amiga mientras sus ojos azules brillaban de una manera especial.

Honey era también muy sensible, pero esto no solía traducirse en su mirada. Cuando los Wheeler se fueron a vivir a Manor House, justo al lado de Crabapple Farm, que era donde vivía Trixie, Honey parecía una chica melindrosa, frágil y tímida. Al ser hija única, se había pasado la niñez en internados y campamentos de verano, mientras sus padres, que eran millonarios, viajaban por todo el mundo.

Manor House sería el primer hogar auténtico para Honey. Una de sus profesoras preferidas, la señorita Trask, había sido contratada como ama de llaves. Allí se permitía su padre, Matthew Wheeler, dar rienda suelta a sus aficiones, como criar caballos pura sangre o tener una reserva forestal privada, de cientos de acres, alrededor de la casa.

Con tales atractivos, Manor House había contribuido en favor de la niña. Pero la amistad que había hecho con Trixie y sus hermanos la había cambiado por completo. Al poco tiempo, Trixie y Honey se habían hecho buenas amigas de un huérfano, Jim Frayne, que había huido de su cruel y despiadado tío. Los Wheeler acabaron adoptándolo como hijo suyo, dando a Honey el hermano mayor que ella siempre había deseado tener.

Al pensar en Jim, Trixie volvió a sentir nostalgia. *Ojalá hubieran podido venir los chicos* —pensó—. *Pero ¿cómo iban a venir si tenían que trabajar de monitores en un campamento de verano y hacer todos los trabajos que nuestros padres les habían asignado?*

Diana Lynch y Dan Mangan tenían, asimismo, otros planes para el verano. Di y Dan, junto con Trixie y sus dos hermanos mayores, Mart y Brian, y también Honey y Jim, eran miembros del club de los «Bob-Whites de Glen», un club en el que pretendían divertirse y ayudar a los demás.

Bobby Belden, sin lugar a duda, hubiera estado dispuesto a acompañarlas, pero ninguna de las dos tenían ganas de pasarse las

vacaciones cuidando de un travieso de seis años.

Así que, por una vez, estaremos las dos solas —concluyó Trixie en silencio. Luego, dijo en voz alta—: ¿Falta mucho para llegar?

Regan se encogió de hombros y, con un esfuerzo, dejó de aferrar con fuerza el volante, que temblaba.

—Ya debemos estar cerca —dijo, como dando a entender que ya tenía ganas de llegar a su destino.

—Ahí está nuestra salida —exclamó Honey, estudiando con cuidado las direcciones que los Murrow les habían enviado.

Regan dejó la autopista, metiéndose por una carretera de dos direcciones con árboles altísimos alineados a ambos lados.

—Dará gusto ver todo esto en el otoño, cuando las hojas de los árboles cambian de color —dijo Trixie.

—Ya lo creo. ¡Tendremos que volver entonces, para verlo! —dijo Honey riéndose.

Finalmente vieron una señal que decía RANCHO DEL BUEN REFUGIO, y doblaron por un camino de gravilla.

Todavía tuvieron que recorrer otro cuarto de milla antes de llegar a un claro en el que se veía la casa, las cuadras, y el corral, así como las otras edificaciones que componían el rancho. Regan dejó el coche en un lugar, donde no estorbara (*donde no estorbe a otros vehículos y no le haga parecer un tonto* —pensó Trixie) durante las dos próximas semanas.

En cuanto el coche paró, salió un perro que vino hacia ellos, ladrando y moviendo la cola al mismo tiempo.

Detrás del perro vino un hombre alto y delgado, que debía rondar los cincuenta años. Tenía la piel curtida y llevaba el sombrero de paja al estilo de los vaqueros. La parte del cuello que la camisa azul dejaba descubierta tenía un color rojizo.

—Andaos con cuidado; este perro muerde más que ladra —dijo el hombre bromeando—. Pero chicas, vosotras no tenéis por qué preocuparos. Con lo flacas que estáis, no tendría dónde agarrarse —añadió mientras guiñaba un ojo y alargaba a Regan su mano grande y callosa—. Yo soy Bill Murrow.

Regan se presentó a sí mismo y presentó a las chicas. El anfitrión le preguntó qué tal les había ido el viaje. Pero Regan sólo fue capaz de decir:

—Preferiría haber venido a caballo.

Bill Murrow sonrió al joven pelirrojo con cara de dominar la situación, mientras decía:

—Supongo que te gustan los caballos de uno en uno y ensillados, y no cien a la vez, y con motor, ¿eh? Igual que aquí. Te daré una taza de café, bien fuerte, que mi mujer está preparando. ¡Te levantará el ánimo de tal modo que el viaje se te olvidará en un santiamén!

Trixie miró a Honey y las dos se rieron. Efectivamente, el viaje tenía todas las trazas de ser memorable.

Charlene Murrow y su marido no podían ser más diferentes. Ella era la calma personificada; él, un puro nervio. Inmediatamente, la señora acomodó a todo el mundo. Para las chicas, preparó un dormitorio con dos camas que había pertenecido a su hija, antes de casarse. A Regan le dijo:

—A ti te dejo elegir entre el cuarto de los huéspedes o las habitaciones que tenemos encima de las cuadras, que compartirías con Pat.

Regan, como era previsible, optó sin titubeo por las habitaciones de arriba de las cuadras. Honey preguntó:

—¿Quién es Pat? ¿El capataz?

—No —replicó Bill—. Es el esclavo.

—¡Bill! —exclamó la señora Murrow, escandalizada. Volviéndose inmediatamente dijo a las chicas—: Es nuestro hijo. Y si de algo es esclavo, es de su pasión por los caballos. Fijaos cómo será que el día que cumplió los dieciséis años anunció que se mudaba a la casa que se había construido encima de las cuadras. Desde entonces, me cuesta una barbaridad meterlo en casa, a no ser a la hora de las comidas.

Al acordarse del tema culinario, la señora Murrow salió disparada hacia la cocina.

Regan y Bill se fueron a las cuadras, y Trixe y Honey se fueron a su cuarto, a deshacer las maletas.

—Este Bill es increíble —dijo Trixie en voz baja.

Honey asintió mientras sonreía acordándose de sus bromas.

—Y la señora Murrow también, a su manera. Finge escandalizarse por la actitud de su marido, pero yo creo que los dos juegan a lo mismo.

—Estoy impaciente por conocer a Pat —dijo Trixie.

—Le gustan tanto los caballos, que lo más probable es que parezca uno de ellos… con una buena dentadura, ojos castaños y enormes, y el pelo cayéndole por la frente.

La descripción que Honey había hecho de Pat hizo imaginar a Trixie a un caballo sentado a la mesa de la enorme cocina de los Murrow. Soltó una carcajada, y las dos se tiraron en las camas revolcándose de risa.

—Ay, ay, y ahora, ¿qué cara vamos a poner cuando nos presenten a Pat Murrow? —pregunto Trixie.

En cuanto recobraron la calma, fueron a la cocina y se ofrecieron a ayudar a la señora Murrow a preparar la cena. Ella les encargó de pelar zanahorias, lavar apio, cortar el pan, y poner la mesa. Al cabo de un rato, todo quedó impregnado de un exquisito aroma.

La señora Murrow salió al porche de atrás, y tocó una vieja campana. Trixie y Honey se miraron, sonriendo maliciosamente, pero no osaron pronunciar el nombre de Pat Murrow ni siquiera en voz baja, por temor a que les entrara la risa.

Minutos más tarde, las chicas oyeron las pisadas de unas fuertes botas, en el porche. La puerta se abrió, y Regan entró, seguido por Bill Murrow, que acompañó a su invitado hasta el fondo del pasillo, para indicarle dónde podía lavarse. El último en entrar fue un jovencito alto, demasiado musculoso como para considerarlo delgado. Tenía unos pómulos muy marcados y una nariz romana. Sus ojos, castaños, eran muy grandes, y el pelo, del mismo color, le caía sobre la frente. Pero no se parecía en nada a un caballo.

—Pat, te presento a Trixie Belden —dijo la señora Murrow.

—Hola —dijo Trixie.

Pat saludó inclinando la cabeza.

—Y esta otra señorita es Honey, la hija de Matt Wheeler —añadió la señora Murrow.

Honey dio un paso al frente y le tendió la mano. Pat se quedó mirándola, pero no hizo ningún ademán de darle la mano por lo que Honey, después de unos segundos, dejó caer la suya, desconcertada… justo cuando Pat se la estaba ofreciendo. Al darse cuenta de que ya era demasiado tarde, Pat también dejó caer la suya… justo cuando Honey volvía a intentarlo. Ella se encogió de hombros, sonriendo, mientras Pat se volvía y se iba por el pasillo,

hacia el baño.

Trixie, al volverse hacia Honey, vio con sorpresa que su amiga, aunque solía dominar cualquier situación, se había ruborizado. Sin embargo, el incidente quedó relegado a un segundo término cuando la señora Murrow asignó a cada uno un lugar en la mesa y se puso a servir una abundante comida.

Los jóvenes no hablaron mucho durante la cena. Tampoco tuvieron muchas oportunidades, ya que Regan y los Murrow sostuvieron una animada discusión sobre caballos… sobre su selección, crianza, doma y exhibición. Trixie atendió a la conversación, pero sin dejar de mirar a Honey y a Pat. Su amiga fingía escuchar con gran interés, pero Trixie en más de una ocasión la sorprendió mirando de reojo al hijo de los Murrow. Pat parecía concentrarse en su comida.

Después de cenar, los hombres salieron al porche. Trixie y Honey ayudaron a la señora Murrow a lavar la vajilla y a limpiar la cocina; luego, también salieron al porche.

—¡Huy, si todavía es de día! —exclamó Trixie—. ¡Pero si ya deben ser las ocho!

—Son las ocho y media —la corrigió Bill Murrow, mirando la hora en su reloj—. En esta parte del país, al estar tan al norte, los días son muy largos y no suele oscurecer del todo hasta las diez de la noche.

—En cambio, en diciembre anochece a partir de las cinco de la tarde y no amanece hasta las siete de la mañana —dijo Charlene.

—Por lo menos el frío del invierno mata a los mosquitos —dijo Bill, matando a uno que se había colado por la mosquitera—. Y tampoco hay abejorros, que ahora no dejan en paz a los caballos. ¡Pero, a pesar de todo, esto es un paraíso… si es que la idea de estar bajo cero os atrae!

Pat no tardó en pedir disculpas, y se fue a su cuarto seguido de Regan.

De pronto, Trixie notó que estaba agotada.

—Es un poco raro esto de irse a la cama cuando aún es de día, pero es justamente lo que pienso hacer.

—Habéis tenido un día muy duro —dijo la señora Murrow, comprendiendo la situación—. Y todavía tenéis dos semanas enteras por delante para disfrutar.

Las chicas aprovecharon para irse al dormitorio.

A los pocos minutos, Trixie se estaba poniendo el camisón.

—Ni siquiera hemos visto los caballos —dijo, bostezando.

—Mañana nos sobrará tiempo para eso —le dijo Honey, metiéndose en la cama.

Trixie retiró las colchas y se quedó sentada un momento, apoyando la espalda contra el cabecero, mientras pensaba en los sucesos del día. De pronto, algo de fuera atrajo su atención. Trixie miró hacia la ventana, que estaba casi a su nivel. Al principio no vio nada pero, al mirar más detenidamente, vio una luz que llegaba débilmente hasta el marco de la ventana.

Rápidamente, se destapó y, levantándose, se fue a la ventana. Todavía era de día, pero la luz ya era mucho más suave, difuminada, propia del crepúsculo. Trixie contempló la enorme extensión de hierba que terminaba en una densa hilera de árboles que, a su vez, se perdía en el horizonte. *A estas horas, los árboles parecen sombras coloreadas* —pensó Trixie—. *Da un poco de miedo*.

Algo volvió a atraer su atención. Esta vez vio algo que se movía. Entornó los ojos, hasta que logró distinguir un jinete montado a caballo, cabalgando a un trote lento y callado por un sendero paralelo a los árboles.

El jinete llevaba un sombrero de paja y tenía la cabeza gacha, con la barbilla contra el pecho. También el caballo iba cabizbajo, y a cada paso oscilaba de un lado a otro. No dejaba de ser una escena triste.



Trixie se quedó perpleja, mirando. Después, se retiró de la ventana.

—Honey, acércate un momento —dijo en voz baja—. ¿Para qué? —le preguntó, mientras se asomaba.

—¡Mira aquello! —dijo Trixie, señalando el punto donde había visto al jinete. Pero éste ya había desaparecido.

Una explicación lógica • 2

—¿Y QUÉ SE SUPONE que tengo que ver? —preguntó Honey medio dormida.

—Había un jinete —dijo Trixie, señalando a la ventana—. ¿Adónde habrá ido?

—Pues, seguramente, a su casa a dormir —respondió Honey mientras se metía de nuevo en la cama.

—¿No te parece un poco raro? —preguntó Trixie—. Ha desaparecido como por arte de magia. Y parecía tan triste, tan sólo… y tan misterioso…

—¿Misterioso? —repitió Honey despejándose un poco. Le gustaban los misterios tanto como a Trixie, y las dos chicas se habían visto metidas en multitud de casos. Pero Honey estaba muerta de sueño y terminó diciendo:

—Mira, Trixie, perdona, pero estoy hecha polvo, y esta noche no me impedirá dormir ni el misterio más oscuro del mundo. Puede que por la mañana podamos encontrar las huellas de los pies del fantasma. O mejor dicho, las de las pezuñas del fantasma… ay, no, las de las pezuñas del caballo del fantasma… bueno, tú ya me entiendes. Buenas noches.

—Y, dándole la espalda, se arropó con la sábana y hundió la cabeza en la almohada, para que a Trixie no se le ocurriera seguir hablando.

Trixie se quedó mirando por la ventana, pero ya no halló ni rastro del caballo ni del jinete. Tampoco vio luces extrañas. *Pero hubo un jinete, y una especie de relámpago, estoy segura* —pensó—. *Tendremos que investigarlo*. —Y dando un bostezo, añadió—: *Y empezaremos mañana por la mañana, bien temprano*. Después se metió en la cama y quedó sumida en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Trixie procuró idear un modo sutil de mencionar al misterioso jinete, pero no se le

ocurrió nada. Miró a Honey, a quien tenía sentada enfrente, confiando en que ésta supiese sacar el tema con habilidad. Pero Honey tenía otras cosas en que pensar.

—¿Vamos a ir a las cuadras? —preguntó Honey—. Me apetece muchísimo ver los caballos, y cómo trabajáis con ellos —dijo mirando alternativamente a Bill y a Pat, pero al terminar se quedó mirando a Pat a los ojos.

—Ve si te apetece —dijo Pat Murrow.

Luego bajó la vista y se concentró en sus tortas de arándanos, como si fueran a desaparecer del plato si no las vigilaba escrupulosamente.

Las mejillas de Honey se sonrojaron levemente. Al notarlo, Bill Murrow le guiñó el ojo a Honey y dijo:

—¿A que el bribón de mi hijo está hecho todo un caballero? No hagas caso; claro que puedes ir a las cuadras.

—Y yo no iba a dejar que os apartaseis de ellas mucho tiempo —añadió Regan—. Estamos aquí para ver si aprendemos algo de las técnicas que los Murrow utilizan para domar caballos, ¿os acordáis? —dijo subiendo el tono de voz al terminar la frase para atraer la atención de Honey, que parecía que tenía su mente en otro sitio.

Acabado el desayuno, todos, excepto la señora Murrow, salieron hacia las cuadras. Era un edificio viejo, que estaba deteriorado a causa del calor y la nieve, pero lo habían pintado cuidadosamente, y lo tenían limpísimo. Bill acompañó a Trixie y a Honey adentro, «presentándoles» a los caballos. Eran todos de raza pura sangre árabe, con esos rostros inteligentes, delicados, característicos de su raza. Algunos de ellos estiraban el cuello, para que los acariciasen. Otros se apartaban, levantando la cabeza hasta donde no pudieran alcanzarlos y volviendo los ojos hasta ponerlos en blanco.

—Cada cual tiene su carácter —observó Bill—. Eso es lo que más me gusta de ellos. Y ése es el reto que siento al domarlos.

—¿Podemos ver cómo lo hace? —preguntó Honey.

Por toda respuesta, Bill señaló con un gesto el primer establo. Pat Murrow estaba sacando un semental negro, de aspecto fiero, bien formado.

—Aquél es Aladín —dijo Bill con orgullo—. Es el caballo que he estado buscando desde que nací… al menos, eso creo.

Y sin más explicaciones, salió afuera, mientras Pat y Regan

metían al caballo en el corral. Las chicas los siguieron.

Utilizando un ronzal, con una larga cuerda atada a él, Pat trató de tranquilizar al caballo, conduciéndole en círculos amplios, suaves, alrededor del corral. De ese modo el caballo se acostumbraría a la mano humana, según había aprendido Trixie al ver hacer lo mismo a Regan con los caballos de los Wheeler.

Estaba claro que a Pat no le faltaba paciencia. Sus ojos no se apartaban del caballo jamás, y sabía imponerle una calma ajena a su naturaleza salvaje. Por medio de una vara flexible dirigía el rumbo del animal, con un toque suave, gentil.

Trixie se volvió para decirle algo a Honey, pero desistió al ver que su amiga estaba contemplando la escena, fascinada.

Al mirar hacia el corral, a Trixie se le subió el corazón a la garganta. Un jinete, con un sombrero de paja, venía cabalgando muy despacio hacia ellos, por el terreno abierto al otro lado del corral.

—¡Es él! —susurró, pellizcándole a Honey en el brazo. Nada más hablar, el jinete azuzó a su caballo, hasta que éste emprendió un medio galope.

Al ver los andares joviales del caballo, Honey dijo:

—Pues a mí no me parece nada triste, ni solitario. Y no tiene nada de misterioso.

Antes de que Trixie pudiera defenderse, Bill Murrow gritó:

—¡Eh, Gus! —y explicó, volviéndose a las chicas—: Gus es el capataz. Lleva viviendo por esta zona desde antes de que yo naciera, si es que podéis creer que haya alguien tan viejo. Y todavía sigue montando a su bayo; con él va a todas partes. De los coches no quiere oír ni hablar… les tiene más manía que Regan.

Gus amarró su caballo a la valla del corral y observó a Pat, que iba desbravando a Aladín poco a poco. Cuando Pat terminó, Gus tomó las riendas y se llevó al semental para darle de comer, mientras Pat se ponía a trabajar con una potra que estaba algo flaca.

Trixie se vio obligaba a admitir que no había nada misterioso respecto a Gus. Era bajito y robusto, con una barba incipiente y una sonrisa ancha que dejaba a la vista el hueco de los dientes que le faltaban.

—Pero ¿cómo haría para desaparecer tan súbitamente? —se

preguntó en voz alta.

—Puede que se metiera en alguna parte. A la luz del crepúsculo no se ve con tanta nitidez —repuso Honey.

Parecía lógico. Observó en silencio a Pat, que montó a la potra y la hizo corretear por el corral, primero al trote, y luego al medio galope. Como con Aladín, quedaban patentes la paciencia y destreza de Pat.

Él ponía toda su alma en lo que hacía, sin dejar que le distrajeran ninguna de las personas que estaban mirándolo. Hasta Regan, que tanto adoraba a los caballos, parecía conformarse con ser un simple espectador. Se había apoyado contra la valla del corral y contemplaba todo con una sonrisa de satisfacción.

—Es hermoso ver algo así, ¿no? —preguntó Charlene, que se había acercado al corral y estaba detrás de las dos chicas.

—Lo de Aladín ha sido aún más impresionante, si cabe —dijo Trixie.

—Por supuesto —replicó la señora Murrow—. Bill y Pat han hecho milagros con caballos torpes. Pero esta vez lo milagroso es el caballo. Hemos estado ahorrando durante años, sólo para comprarlo. Si conseguimos educarlo, y transformar esa bravura en gallardía, tal vez la gente se fije en nosotros y logremos dar el empujón definitivo en este negocio. ¿Sabéis? —dijo, bajando la voz para que no la oyeran—. ¡Algunas noches tengo pesadillas! ¡Tengo miedo de que le pase algo al caballo!

—¿Y qué puede sucederle? —preguntó Honey desconcertada—. Han trabajado en él con empeño, y ahora merecen ustedes toda la suerte del mundo.

Pero la preocupación de la señora Murrow pareció aumentar. Sin decir más, se apartó de las chicas y volvió a la casa.

En aquel momento, Trixie miró a Honey y comprendió la verdadera causa de que la señora Murrow se marchara tan repentinamente: un camión de reparto, de un rojo brillante, con unas ruedas gigantescas y neumáticos de lujo, acababa de meterse por el camino de acceso al rancho.

Honey miró hacia donde Trixie miraba, y las dos observaron cómo se abría la puerta del camión y bajaba el conductor. El hombre llevaba un traje que hacía juego con su camión: botas camperas, pantalones de vaquero ajustados, una camisa roja con

botones de perla, un lazo negro en el cuello, y un sombrero de fieltro también negro, con unas plumas adosadas. Se quedó allí plantado un momento, como esperando que todos los allí presentes se pusieran a aplaudirle, y entonces fue hacia el corral.

Pat Murrow se bajó de la potra y la metió en los establos sin decir palabra. Su partida no habría sido tan abrupta como la de su madre, pero, según entendió Trixie, no menos significativa. Bill Murrow se quedó apoyado con naturalidad contra la valla del corral.

—Hola, Bill —le dijo el hombre en tono jovial, quedando así demostrado que, al fin y al cabo, no era ningún extraño.

—Buenas, Burke —respondió con indiferencia.

—¿Qué tal te va? —preguntó el otro.

—Me va —fue todo lo que dijo Bill aunque solía ser un hombre muy hablador. Burke llegó al corral y puso un pie en el palo inferior de la valla, apoyando los antebrazos en el palo de arriba. Bill permaneció de espaldas al corral, de manera que los dos hombres estuvieran uno al lado del otro y al mismo tiempo frente a frente.

—¿Has pensado en lo que hablamos? —preguntó Burke.

—Mira, Burke, yo no suelo pensar mucho —dijo Bill—. Me da dolor de cabeza, y tengo el presentimiento de que si uno cavila más de la cuenta acaba quedándose calvo.

Bill exhibía el buen humor que le acompañaba siempre en sus palabras, pero esta vez con un tono de voz y una mirada que hacían que Trixie no tuviera el menor deseo de reír.

John Burke, que era un joven con cara de niño, se puso nervioso.

—Pues mira por donde, yo creo que vale la pena pensar en ello —dijo.

—Ah, sin duda, sin lugar a duda —replicó Bill—. Lo malo es que si me pongo a pensar una cosa, esta cosa me hará pensar en otra, y la otra en otra más, y será el cuento de nunca acabar. Terminaría tan calvo como una cebolla, y presentándome al Congreso. Así que ya ves, prefiero que todo siga igual.

—¿Significa eso que tu respuesta es «no»? —preguntó Burke.

—Digamos que estoy esperando una pregunta mejor —dijo Bill mientras se tocaba el ala del sombrero a modo de despedida y se metía después en los establos.

Burke lanzó a Trixie y a Honey una mirada desdeñosa, les dio la espalda y regresó a su camión. Arrancó el motor y se alejó levantando una gran polvareda.

—Supongo que no tendremos el valor de pedir a nadie explicaciones sobre lo que ha pasado —dijo Trixie.

—¡De ningún modo! —exclamó Honey.

—Entonces ya tenemos otro misterio —dijo Trixie.

—¿Otro? No estarás contando como misterio al jinete que viste anoche, ¿verdad? No era otro que Gus —dijo Honey completamente convencida.

—Supongo. Pero es que hoy no parecía él mismo. ¡Por cierto, Honey, eso me recuerda que tenemos que buscar huellas! —dijo mientras se alejaba acompañada de su amiga.

Trixie llegó enseguida al lugar en el que había visto al jinete por primera vez.

—¿Seré tonta? —dijo—. ¿Qué me haría creer que podríamos seguir el rastro a un caballo en un rancho? Hay huellas de pezuñas en cada palmo de terreno.

—Pues sí —reconoció Honey—. Pensemos por ahora que el jinete era Gus, al menos hasta que ocurra algo que pueda hacernos cambiar de opinión. —Al ver que su amiga arrugaba la nariz, añadió—: Ya sé que la cosa pierde emoción, pero estas dos semanas ya nos tienen reservadas suficientes sorpresas, sin necesidad de meternos en misterios.

—Tú sí que pareces haberte encontrado con una sorpresa —dijo Trixie con una sonrisa maliciosa.

—¿Yo? No… no sé de qué me hablas —dijo Honey, esquivando la mirada de su amiga.

—Lo sabes de sobra —le dijo Trixie.

Honey confesó sus sentimientos, y dejó escapar un profundo suspiro.

—Ay, Trixie, ¿verdad que Pat Murrow es el chico más guapo que has visto?

—No —dijo Trixie—. Pero eso es igual… si tú estás tan segura…

—¿Qué? —exclamó Honey llena de asombro—. ¿Que no es guapo? Con esos ojos tan bonitos, y esas manos tan sensibles…

—Yo no he dicho que no fuera guapo —recalcó Trixie—. Sólo dije que no es el más guapo que conozco. Aunque tampoco me

había fijado en sus manos —añadió con una sonrisa—. La próxima vez, lo miraré más de cerca.

—¡Ni se te ocurra! —dijo Honey, sonriéndole. El revelar sus sentimientos a Trixie la había tranquilizado enormemente. Quiso seguir hablando pero la campana que anunciaba el almuerzo no dejó tiempo para ello.

La llegada de todos provocó una aglomeración en la cocina. Pat y su padre se lavaron las manos en la pila, mientras que Charlene iba y venía, llevando la comida a la mesa. Trixie, Honey, Regan y Gus fueron, de uno en uno, a lavarse las manos al baño, que estaba al final del pasillo. Los tres que esperaban su turno permanecían junto a la puerta, procurando estorbar lo menos posible.

—Charlene ha estado ahorrando durante años para comprar ese comedor de lujo —dijo Bill, levantando las manos por encima de su cabeza, en un intento exagerado de no estorbar a su mujer—. Pero claro, eso no significa que tengamos que usarlo. Ah, no… es mejor invitar a todo el mundo en la cocina. Se está tan bien…

—La verdad es que sí se está bien —dijo Honey.



Bill levantó los ojos al cielo, mientras echaba la servilleta a un lado, y se sentó.

—¡Mujeres! —murmuró.

Honey ya había vuelto a centrar su atención en Pat Murrow. En cambio, a Trixie le pareció mucho más interesante el viejo capataz. Lo que le chocó fue que cada vez que le preguntaba algo a Gus era Bill Murrow el que respondía.

Gus vivía solo, en una cabaña a la que se podía llegar muy bien a caballo, desde el rancho. Todas las mañanas, llegaba al rancho montado en su viejo caballo, almorzaba con la familia y se marchaba bien entrada la tarde. Había seguido esa misma rutina desde que Bill era muy pequeño, cuando el dueño del rancho era su padre.

—No me explico por qué sigue por aquí —dijo Bill con malicia —. El trabajo es duro, la paga miserable y los beneficios nulos.

—Ja —exclamó Gus, mostrando su acuerdo con todo lo que Bill había dicho. Gus tenía un leve acento noruego—. ¡Pero la comida es tan buena! —añadió y trinchó otro buen pedazo de carne, metiéndoselo en la boca como para demostrar lo mucho que le gustaba.

Charlene sonrió.

—Buena o no, es lo único que comes que no haya salido de una lata. Y cuando digo «de una lata» —añadió, mirando a las chicas—, quiero decir directamente de la lata. Él la calienta, come lo que puede sin servírselo en un plato y lo que no quiere lo mete en la nevera.

—Así, sólo tengo que lavar el tenedor —dijo Gus con orgullo.

Honey pareció algo sorprendida, pero Trixie dijo:

—Creo que ése era el método que andaba yo buscando. Si alguna vez me voy de casa, despidiéndome de los maravillosos platos de mi madre, eso es probablemente lo que haré.

Todos sonrieron, menos Gus, que, aparentemente, se tomó muy a pecho el comentario de Trixie.

—Ja —dijo, asintiendo gravemente—. Pero te recomiendo que te busques una buena cocinera para la que trabajar. —Luego miró a su alrededor con timidez, porque todos se habían echado a reír.

La tarde pasó muy deprisa, con más demostraciones de la magnífica destreza con que los Murrow adiestraban a los caballos…

y sin que se mencionara ni una sola vez el nombre de Jon Burke. Las chicas apenas tuvieron tiempo para explorar los alrededores, aunque descubrieron que los árboles que había al sur del rancho se levantaban junto a un río. Por un lado, el rancho estaba rodeado de árboles, y ese límite venía marcado por cartelitos en los que ponía RESERVA ESTATAL. Al otro lado se extendía la pradera hasta el horizonte y se veía tan sólo un roble muerto que recortaba, con sus ramas rotas, el cielo.

Por la noche, cenaron en el patio. Bill Murrow, con un delantal de un rojo brillante, delante de la parrilla, pasaba por un lado y otro unos filetes gordos, jugosísimos. Acabada la cena, se sentaron en torno a una mesa que había allí fuera, disfrutando de la brisa fresca y de la larga noche de verano, a pesar de los mosquitos.

—Bueno, ¿qué tal os lo estáis pasando? —preguntó Bill Murrow, aunque sin dirigir la pregunta a nadie en particular.

—Fenomenal —respondió Honey con toda sinceridad.

—Si Honey se deja impresionar un poquitín más por… mmm, por todo esto, es posible que no quiera marcharse nunca de aquí —dijo Trixie, incapaz de resistir la tentación de tomarle el pelo a su amiga.

Honey le lanzó una mirada cargada de buen humor y dijo, también con ánimo de tomarle el pelo:

—Por otro lado, Trixie se va a marchar muy pronto de Minnesota, si sigue viendo fantasmas.

—¿Fantasmas? —repitió Bill—. Pues la señorita Belden no tiene pinta de haber visto ningún fantasma.

—La verdad es que no era un fantasma. Parece ser que era Gus… al menos, eso creo. Pero anoche, en el crepúsculo, daba miedo; parecía una visión del pasado —afirmó Trixie.

—Seguro que fue Gus —replicó Bill con una calma exagerada—. Aunque al principio pensé que hablabas del Jinete Fantasma.

—¡El Jinete Fantasma! ¿Eso qué es? —preguntó Trixie.

—Nada —dijo Charlene Murrow con firmeza—. Una estúpida leyenda —y lanzó a su marido una mirada seria.

—Eso es —dijo tranquilamente—. Sólo estaba bromeando. No os preocupéis.

Una hora después, ya en su dormitorio, Trixie preguntó a Honey:

—¿Qué te parece? ¿Tú crees que Bill Murrow sólo estaba

bromeando?

—Desde luego, es un bromista de cuidado —repuso Honey.

—Sí, pero ¿y esta vez…? ¿Seguro que lo decía en broma?

—No creo —reconoció Honey.

—Ni yo tampoco. El Jinete Fantasma no es un personaje que se haya inventado sobre la marcha. Hay algo más, y yo voy a averiguarlo.

—Me parece muy bien, pero yo me voy a dormir —dijo Honey.

Sin embargo, Trixie se quedó tendida en la cama, despierta. Afuera todavía no estaba oscuro del todo, así que se puso a observar la pálida luz que se filtraba por la ventana.

De pronto, volvió a verlo… el mismo relámpago de luz que había visto la noche anterior. Contuvo la respiración y esperó. ¡Sí! ¡Ahí estaba!

Trixie se levantó y fue a la ventana. Dos minutos más tarde, volvió el relámpago. Fue de puntillas hasta la cómoda y encontró los binoculares que Brian había insistido en que se llevara consigo, para ver pájaros. Luego volvió a la ventana y miró a través de ellos el punto de los árboles de donde había surgido la luz.

¡Pero lo que vio fue otra persona mirándola a ella con otros binoculares!

Un hallazgo en el crepúsculo • 3

LA PRIMERA REACCIÓN de Trixie fue la de soltar los anteojos, como si de esa forma evitara que la vieran. Pero enseguida volvió a mirar, por temor a que la otra persona hubiese desaparecido.

Tardó un par de segundos, pero al final localizó de nuevo a la figura sombría. Esta vez, mientras Trixie la miraba, la persona giró despacio, explorando con sus prismáticos una gran extensión. Trixie dio un suspiro de alivio al pensar que, posiblemente, el curioso no la había visto, después de todo. *Lo que ha pasado es que lo vi justo en el momento en que miraba hacia aquí* —pensó.

—¡Honey! —dijo Trixie en un susurro alto. Acordándose de lo ocurrido la noche anterior, prefirió no apartar la vista de la figura.

—¿Es el fantasma? —preguntó Honey, incorporándose; aunque aún estaba medio dormida, sentía una irresistible curiosidad.

—No, pero algo sí que es —repuso Trixie—. Ven aquí y echa un vistazo.

Honey se destapó, fue al lado de Trixie, y cogió los binoculares. Perdió unos segundos tratando de encontrar, siguiendo las indicaciones de Trixie, a la figura que se escondía entre la espesura del bosque; ya se iba haciendo de noche.

—¡Ya lo tengo! —exclamó por fin—. Lo veo… pero muy mal. ¿Tú has visto algo más? ¿Cuánto tiempo estuviste mirando antes de que yo me despertara?

Honey apartó un poco los binoculares para mirar a Trixie, y se llevó un buen susto al ver que su amiga ya no estaba a su lado. Al volverse, vio que Trixie se había puesto los pantalones vaqueros encima del camisón. Ahora estaba sentada en la cama, poniéndose las zapatillas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Honey.

—Prepararme para ir allí a ver qué pasa —dijo Trixie—. Date prisa. No querrás ir descalza por ahí fuera.

—No estoy segura de querer salir afuera, ni mucho menos —replicó Honey—. ¿No será mejor despertar a alguien y contárselo?

—No hay tiempo —dijo Trixie—. El mirón podría marcharse en cualquier momento. ¡Vamos!

A Honey no le hacía demasiada gracia la idea de salir, con lo oscuro que estaba, pero también sabía que jamás podría convencer a Trixie de que lo más prudente era quedarse en el cuarto. Se puso los vaqueros, se calzó las zapatillas y salió de la habitación detrás de su amiga.

Desde el dormitorio de los Murrow les llegó el murmullo de una conversación sigilosa. Trixie se sintió culpable al pasar de puntillas por la puerta. *Aún en el caso de que pudiera convencerles de que hay alguien ahí fuera, perderíamos demasiado tiempo. Y para entonces ya habría oscurecido tanto que no saldríamos* —reflexionó.

En aquella casa extraña, Trixie creyó que estaban haciendo ruido como para que se las oyera desde Sleepyside. Las baldosas crujían bajo sus pies. Trixie tropezó con un armario de la cocina y estuvo a punto de gritar. Finalmente, llegó hasta la puerta de atrás; tardó unos minutos en abrirla evitando que se produjera el menor chirrido. Una vez que la puerta se abrió y salieron fuera, Honey volvió a cerrarla muy despacio, con cuidado.

Allí, en el porche de atrás, las dos amigas respiraron hondamente y esperaron a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Todavía era posible ver con bastante claridad a corta distancia, pero los objetos lejanos se habían difuminado y ya no eran más que sombras indefinidas.

—Ahora la oscuridad nos favorece —susurró Trixie, guiando a su amiga hasta fuera del porche—. Nos será más sencillo acercarnos al espía sin que él nos vea. Podemos cruzar por allí, pasando las cuadras, y luego avanzar a la sombra de los árboles.

Honey asintió y se dirigió hacia las cuadras detrás de su amiga.

Del apartamento de arriba de las cuadras les llegaron la música de una radio y una voces graves. Regan y Pat Murrow, aparentemente, habían encontrado temas comunes. Trixie se llevó un dedo a los labios, ordenando a Honey que no hiciera ningún ruido. *Si Regan nos sorprendiese saliendo a hurtadillas de la casa, lo más probable es que nos mandara de vuelta a Sleepyside con el primer avión* —pensó sintiéndose, en cierto modo, culpable.

Cruzar el patio abierto fue la parte más fácil de la aventura, pese a que el terreno era blando e irregular. Cuando las chicas siguieron la fila de árboles, no pararon de engancharse los pantalones con las ramas bajas, y las ramitas se les enredaban en el pelo.

Por muy incómodo que fuera el camino, no podían sino mantenerse ocultas a la sombra de los árboles. ¡Tenían que encontrar al espía antes de que éste las encontrara a ellas!

Cuando Trixie lo vio, paró de una forma tan brusca que Honey tropezó con ella. Trixie se llevó un dedo a los labios una vez más, temiendo que Honey fuera a disculparse. Luego señaló hacia adelante.

Trixie, entonces, súbitamente, se percató de que no había planeado su próximo paso. Al sentir que se le encogía el corazón, pensó: *Más vale que nos pongamos manos a la obra antes de que el miedo nos domine*.

—Hola —dijo.

En medio de aquel silencio, la palabra sonó como un grito. El espía lanzó un gritito y soltó los binoculares, que cayeron al suelo.

¡Es una mujer! —comprobó Trixie, asombrada, cuando la espía se volvió hacia ella.

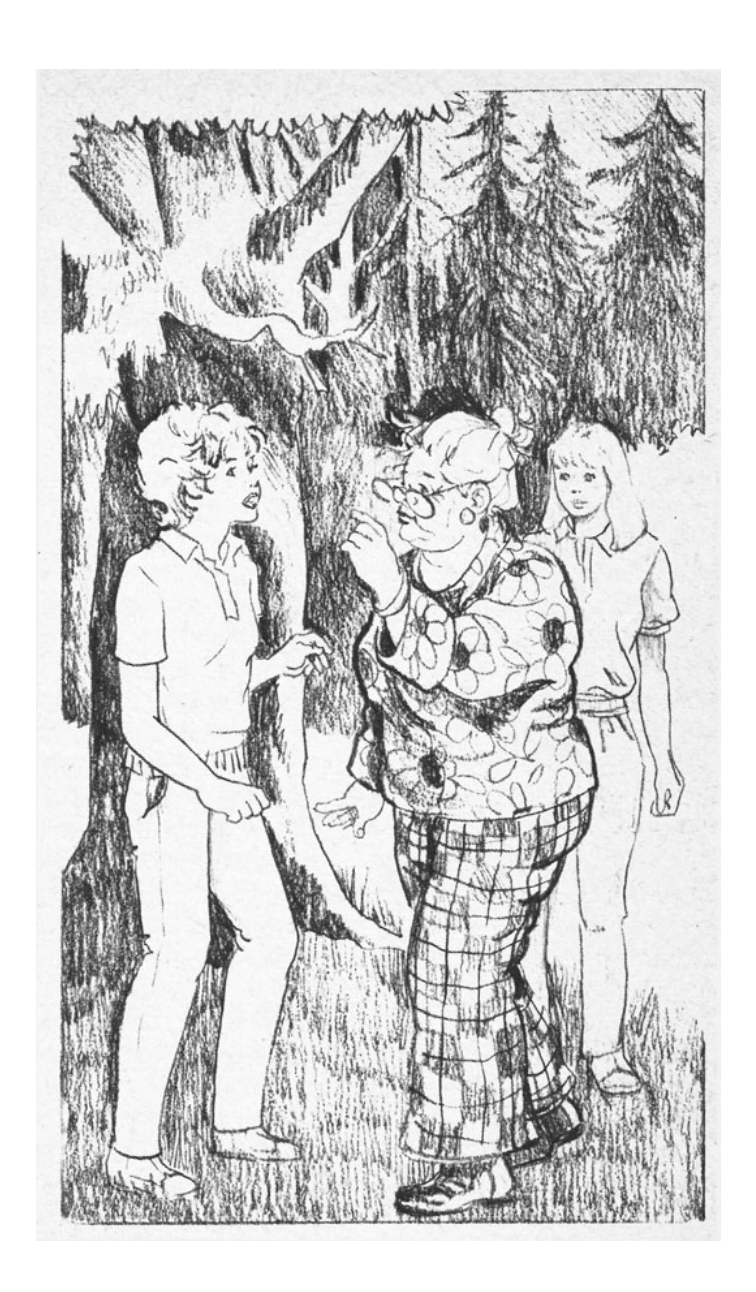
Era una mujer distinta de todas cuantas conocía Trixie. Era pequeña… apenas algo más alta que ella… y estaba tan gorda que parecía un muñeco de nieve. Llevaba unos pantalones holgados, a cuadros, y hasta en aquella oscuridad Trixie pudo darse cuenta de que no hacían ningún juego con su blusa a flores, de manga larga. Tenía el pelo canoso recogido en un moño del que escapaban numerosos mechones. Su apariencia desarreglada venía reforzada por unas gafotas grandísimas que se le habían caído hasta la punta de la nariz.

—¿Quién es usted? —preguntó Trixie.

—Observando los pájaros —respondió la mujer sin contestar la pregunta que Trixie había formulado.

Debe de haber ensayado esa respuesta, por si acaso alguien la sorprendía —pensó Trixie.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Trixie en voz alta.



La mujer pareció darse cuenta de que todos los ensayos no le habían servido de nada, y que habría de enfrentarse con esa jovencita. Abrió la boca como si fuera a decir algo pero la cerró, y se subió las gafas. Y las gafas se le cayeron, resbalándose, hasta la punta de la nariz.

—Soy Wilhelmina James —dijo, con intención de seguir al pie de la letra el guión, pasara lo que pasara.

—Es un poco tarde para andar mirando a los pájaros; ¿no? —preguntó Honey.

—A mí sólo me interesan las aves nocturnas —dijo Wilhelmina James a la defensiva.

—¿Como cuáles? —preguntó Trixie.

Wilhelmina hizo un gesto vago, circular, con la mano.

—Ah, pues… búhos —dijo—. O como, pues… como aquel pájaro de allá —señaló uno que revoloteaba alrededor de las cuadras.

Trixie volvió la cabeza hacia Wilhelmina.

—Es un murciélago —dijo Honey.

Inmediatamente, la mujer se llevó las manos a la cabeza, como si el murciélago pudiera echársele encima en cualquier momento.

—¿De veras? —preguntó, asustada.

—Se sabe por el vuelo —dijo Honey—. Es único. Se puede distinguir fácilmente.

—Sobre todo por una persona que se dedica a observar noche tras noche —añadió Trixie.

Era una deducción lógica, basada en escasos datos: tan sólo en el relámpago de luz que había visto la noche anterior. Por la cara que puso Wilhelmina, comprobó que había acertado.

—Puede que no reconociera usted al murciélago sin los binoculares —dijo Honey.

Se agachó y los recogió.

Wilhelmina los tomó dando tímidamente las gracias, y después se pasó mucho más tiempo del necesario comprobando si estaban rotos o no. Evidentemente, deseaba evitar en lo posible seguir hablando.

Trixie se volvió hacia Honey.

—Me imagino que el señor Murrow tiene derecho a saber esto. Digo yo… nosotras somos sus huéspedes, y no estaría bien ocultarles una cosa así… alguien que se mete en su propiedad

ilegalmente…

Trixie había confiado en que la amenaza implícita obligara a Wilhelmina a decir la verdad. En lugar de eso, la mujer se enfrentó, dispuesta a defenderse.

—¡Yo no estoy en ninguna propiedad privada! —dijo—. Este terreno es propiedad del Estado… es una reserva forestal del Estado, y sus límites bordean el río a lo largo de otras diez millas.

Wilhelmina tenía una voz clara y dulce. A Trixie le pareció una persona educada y culta.

—Entonces, quizá no valga la pena decirle nada a los señores Murrow —dijo Honey.

Con mucho tacto, con habilidad, estaba intentando ganarse la confianza de la señora Wilhelmina, para que se sincerase con ellas.

Pero ella tampoco se ha tragado el cuento de que Wilhelmina estaba mirando pájaros —se dijo Trixie. Y añadió en voz alta—: Yo quisiera no tener que decirles nada. Lo más seguro es que Bill se meta conmigo por tener una imaginación tan desbordante, después de lo que vi anoche.

Esto último interesó a Wilhelmina.

—¿Qué viste tú anoche? —preguntó, arrugando la nariz para impedir que se le cayeran las gafas.

—Bah, un hombre a caballo; eso es todo —dijo Trixie con mucha calma. Al darse cuenta de que eso no era motivo para acusarla de tener esa imaginación, añadió—: Al final, resultó ser eso. Cuando lo vi, me pareció un poco… ¿cómo diría yo…?

—¿Fantasmagórico? —concluyó Wilhelmina.

—Bueno… —dijo Trixie encogiéndose de hombros. Después de haber pasado todo el día tratando de convencerse a sí misma de que el jinete que había visto no era más que el viejo Gus, le pareció difícil aceptar su primera teoría.

Wilhelmina se apartó bruscamente de Trixie y de Honey. Dio unos cuantos pasos hacia adelante, y luego se enfrentó a ellas, apretando los labios con fuerza.

—Me llamo Wilhelmina James —dijo como dispuesta a empezar desde el principio, y revelarles la verdad—. Colaboro con el Instituto de Investigaciones Paranormales. ¿Habéis oído hablar de nosotros?

Honey dijo que no. Trixie tartamudeó al querer pronunciar la

palabreja:
—Parano… parano ¿qué?
—Paranormales —repitió Wilhelmina muy despacio.
—Hay gente que prefiere llamarla parapsicología —continuó—. A nosotros, en el Instituto, ese término nos parece incorrecto y poco científico porque sugiere ya unas conclusiones, y la ciencia debe estar siempre abierta.
Trixie se quedó asombrada.
—Bueno, disculpadme… otra vez me he puesto a hablar en plan técnico, ¿no? —preguntó Wilhelmina—. Es tan difícil hablar con exactitud y claridad a la vez… Mirad, nosotros investigamos lo que la gente vulgarmente llama «fantasmas» —y dijo «fantasmas» como si para ella tuviese un sentido peyorativo.
—¡Fantasmas! —repitieron Trixie y Honey al unísono.
Wilhelmina las miró con un cierto desprecio.
—Ya está, ¿lo veis? El término pone a la gente tan nerviosa… En resumidas cuentas, ¿qué significa? Maldiciones, apariciones, fenómenos extraños, y hasta simples experiencias telepáticas… todos incluidos en una palabrita.
Al ver que había vuelto a emplear un vocabulario demasiado especializado, hizo una pausa breve.
—«Fantasma» es una palabra, igual que «verdura» —dijo marcando las tres sílabas—. Se refiere a tantos objetos que es preciso utilizar el término específico en cada caso concreto. Si yo digo, por ejemplo «verdura», refiriéndome a la zanahoria, tú puedes entender que estoy hablando de lechugas. Por tanto, habrá un malentendido, así que lo mejor es evitar la dichosa palabrita y llamar a cada cosa por su nombre. ¿Entendéis?
—¿Quiere decir que hay más de una clase de fantasmas? —se atrevió a preguntar Trixie.
Wilhelmina suspiró.
—Casi casi —dijo—. Al menos no os estáis riendo de mí, como la mayoría.
—Entonces, ¿está usted aquí en busca de un fantasma… quiero decir… de un fenómeno extraño? —preguntó Honey.
—Exacto —dijo Wilhelmina con firmeza—. Mejor será que confíe en vosotras, ya que estoy en vuestras manos. Bueno, yo no, en concreto. Más bien, lo que depende de vosotras es mi proyecto

de investigación para el verano. Preferiría no correr el riesgo de fracasar.

—¿Cuál es su proyecto? —preguntó Trixie, harta ya de la manía de Wilhelmina de precisarlo todo.

—Estoy investigando un extraño fenómeno local llamado el Jinete Fantasma —dijo Wilhelmina.

—Entonces es verdad que existe —murmuró Trixie.

—Bah, es demasiado pronto como para emitir un juicio sobre la existencia del fenómeno —empezó a decir Wilhelmina. Luego se calló y miró a Trixie.

—¿Quieres decir que ya has oído algo sobre este fenómeno? —preguntó.

—Hace sólo un par de horas —contestó Trixie.

Brevemente, le explicó lo del jinete misterioso, lo del viejo Gus, y lo que Bill había dicho sobre el Jinete Fantasma.

—Muy interesante —dijo Wilhelmina—. Es bueno saber que la leyenda sigue viva. El caso está documentado, parece ser que desde hace unos cincuenta o cien años.

—¿Documentado? —preguntó Trixie.

—Bueno, me refiero a unas cuantas reseñas en el periódico local —dijo Wilhelmina—. Fue así como me enteré del fenómeno. Estaba yo catalogando los papeles de uno de los fundadores del Instituto. Él tenía varios recortes sobre el Jinete Fantasma, aunque me parece que jamás comentó el caso con nadie.

—Entonces no creo que yo viera al Jinete Fantasma —dijo Trixie—. El jinete que yo vi no iba galopando.

—Eso parece una conclusión lógica, pero es errónea —dijo Wilhelmina—. Es esa una de las facetas del fenómeno que encuentro más interesante. Aproximadamente, la mitad de los testimonios señalan que el fantasma galopaba a toda velocidad. La otra mitad se refiere a ese trote lento que tú observaste. Supongo que se le llama «Jinete Fantasma» porque suena mejor que «Fantasma a cámara lenta». De todos modos, me pregunto si los dos fenómenos estarán relacionados o no, y, si es así, de qué forma.

—¿Y los recortes no le han servido de nada? —preguntó Honey.

—Por desgracia, no —contestó Wilhelmina dando un suspiro—. Todos llegaron a la conclusión de que se trataba de un mismo fenómeno.

—¿Y por qué no interroga a alguien? —preguntó Trixie—. Bill parecía muy enterado del asunto.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Wilhelmina con parsimonia—. Las encuestas son parte imprescindible de toda investigación científica.

—Sin embargo, la prueba definitiva no llega hasta que el experto se aproxima al fenómeno con la mente abierta.

—O sea, que quiere ver al fantasma con sus propios ojos antes de comentarlo con nadie —dijo Trixie.

—Eso es —reconoció Wilhelmina—. De otro modo, no sabría si lo que veo está allí realmente, o tan sólo me lo imagino.

—Supongo que todavía no lo ha visto —dijo Trixie. Al ver que Wilhelmina lo negaba, preguntó—: ¿Anoche vio usted a Gus?

Wilhelmina lo negó también.

A Trixie se le estaba poniendo la carne de gallina.

—¿Y cómo es que yo lo vi, y usted no? —preguntó.

—Eso mismo me estaba preguntando yo. Pero no encuentro, por ahora, una explicación convincente.

—¿Y una persona pue-puede ver un… un fantasma, al mismo tiempo que hay otra mirando hacia el mismo lugar? —preguntó Trixie.

—Sí —dijo Wilhelmina, absolutamente convencida—. Unas veces todo el mundo observará el fenómeno; otras, sólo una o dos personas; otras veces, alguien oirá algo, pero sin ver nada, o al revés.

—Entonces pudo haber sido… —dijo Trixie sin atreverse a terminar la frase.

—Pudo haber sido el viejo Gus —concluyó Wilhelmina—. Tal vez yo no lo viera porque en ese momento estaba sirviéndome café, o mirando hacia otro lado. También suele pasar que la gente que sale en busca de apariciones rara vez las ve. Ésa es otra razón por la que he preferido esconderme para llevar a cabo esta parte de la investigación.

—¿Pero es posible esconderse de un fantasma? —preguntó Trixie con escepticismo.

—Probablemente no, pero una hace lo que está en su mano para minimizar la alteración del aura —dijo Wilhelmina.

—¿Podemos ayudarla con su investigación? —preguntó Honey

tímidamente.

—Me sería muy útil, siempre que guardaseis el secreto —dijo la mujer.

Las dos chicas asintieron, y ella añadió:

—En fin, todo lo que podáis sacarles a los lugareños sobre el Jinete Fantasma podría servirme. Pero hacedlo sutilmente; si no, os dirán sólo lo que ellos piensen que queréis oír.

—¿Cómo podemos ponernos en contacto con usted? —preguntó Trixie—. ¿Está en la ciudad? ¿Tiene teléfono?

—Estoy aquí, en mi puesto de observación, todas las tardes, a las cuatro.

Y dicho esto, Wilhelmina, volviéndose para explorar el horizonte con sus binoculares, se despidió «discretamente» de ellas.

Trixie ni siquiera estuvo segura de que Wilhelmina le oyese decir:

—La tendremos al tanto de cualquier cosa que averigüemos.

Las dos regresaron a casa en silencio, preocupadas de abrirse paso en medio de aquella oscuridad, así que no hablaron.

Al llegar a la casa, Trixie recordó algo que quería preguntarle a Honey.

—Lo de las cuadras… —dijo con aire de misterio— ¿era de verdad un murciélago?

—Y yo qué sé —contestó Honey, sonriendo irónicamente—. Yo sería incapaz de distinguir un gorrión de un águila.

Un paseo a caballo • 4

LAS DOS CHICAS durmieron sólo a intervalos esa noche. Cuando se sentaron a la mesa, para tomar el desayuno, tenían los ojos hinchados como de no haber dormido.

—¡Pero si a las diez ya os habíais metido en la cama! —dijo con voz burlona Bill Murrow—. ¿Y a las siete de la mañana todavía tenéis sueño?

Trixie se puso colorada y se quedó mirando fijamente el plato, recordando que ella y Honey habían vuelto de su encuentro con Wilhelmina James hacia la medianoche. *¿Y si se está metiendo con nosotras porque sospecha algo?* —pensó.

Si así era, disimulaba mucho.

—La vida de Minnesota os debe aburrir como ostras —dijo rotundamente. Ante las protestas de las chicas, se limitó a levantar una mano y añadió en el mismo tono—: No me discutáis. Conozco los síntomas, y vosotras los tenéis todos. Por suerte, también conozco el remedio. Cuatro horas dando botes encima de un caballo, y se os pasará el aburrimiento.

—¡Un paseo a caballo! —exclamó Trixie, dando un salto en la silla—. ¡Me encantaría!

—¡Ya mí! —añadió Honey—. Pero tendrá que dibujarnos un mapa. No conocemos los caminos de esta zona.

—Ah, haré algo mejor que eso. Iréis con un guía —dijo mirando a su hijo, que estaba comiendo enfrente de él sin atender a la conversación.

Hubo un largo silencio antes de que Pat se diera cuenta de que todos lo estaban mirando. Entonces, levantó la vista.

—¿Quién, yo? —preguntó desconcertado.

Bill Murrow retiró su silla y se levantó de la mesa.

—Sí, voluntario —dijo, mientras alcanzaba la puerta en dos zancadas.

—Pero si yo… —empezó a decir Pat pero se calló al ver que su padre ya no podía oír sus protestas—. Bueno, supongo que los caballos necesitan hacer ejercicio. Los tendré listos enseguida.

—Por favor, deja que te ayudemos —dijo Honey.

Pat se quedó mirándola extrañado.

—En casa tenemos una regla: «el que no trabaja, no cabalga» —le dijo Regan a Pat—. Si empiezas a mimarlas, lo voy a tener difícil cuando regresemos a Sleepyside.

La intervención de Regan hizo que Pat cambiara de opinión.

—Muy bien —dijo. Echó hacia atrás su silla, fue hacia la puerta, y la sujetó para que pasaran Trixie y Honey.

Las dos chicas saltaron de la mesa, impacientes. *La diferencia está en que yo quiero ir por ver si puedo sacar el tema del Jinete Fantasma* —pensó Trixie—. *¡Honey, en cambio, sólo piensa en el «Gallardo Jinete»!*

En las cuadras, Pat asignó a las chicas dos yeguas,
Mur-Elda
y
Mur-Jadi
. Por los prefijos, Trixie supo que los caballos habían sido criados en el rancho de los Murrow. Con eso quedaba garantizada la doma de los animales, aunque su temple árabe no les hubiera abandonado.

Pat no se fiaba del todo de la destreza de las chicas con los caballos. Quiso ponerles él mismo la brida y sacarlos al corral, y a ellas sólo les dejó la tarea de cepillarlos. Cuando regresó con las mantas y las sillas de montar, acarició a los animales en el lomo, por si había quedado algún resto de barro o algún pelo suelto, antes de permitir que ellas los ensillaran.

¡Como si no supiésemos que el barro, debajo de la manta, provoca heridas! —pensó Trixie con rabia mientras le colocaba la manta al caballo.

—Lo que pasa es que quiere mucho a los caballos —dijo Honey, leyéndole el pensamiento a su amiga—. No sabe lo estricto que Regan ha sido con nosotras.

—Sí, eso es lo que pasa, supongo —dijo Trixie, aunque no muy convencida.

Pat volvió a salir de los establos con Aladín ensillado y embridado. Amarró al caballo a un poste de la valla y se acercó

para comprobar el estado de las cinchas. Al no encontrar ninguna falta al trabajo de las chicas, soltó un gruñido que bien podría ser de sorpresa o de aprobación; fue a su caballo y se subió a su silla sin ningún esfuerzo.

—¡Menuda sorpresa! ¡No nos ha ayudado a montar! —murmuró Trixie, subiéndose a lomos de
Mur-Jadi
.

—¡Trixie! —dijo Honey echando a su amiga una mirada de advertencia.

—Vale, vale —replicó Trixie—. Seré buena.

Ya que a Honey le gusta tanto Pat, haré lo posible por que me guste a mí también —se dijo.

—¡Un momento! —gritó la señora Murrow, mientras iba hacia ellas con una bolsa de papel en una mano y un termo en la otra.

Se lo pasó a Pat, diciendo:

—He metido galletas y unas manzanas, y he preparado un poco de limonada.

—¡Pero si vamos a estar sólo unas horas, no semanas! —dijo Pat, que tan bien conocía los instintos maternales de su madre.

—No dejéis de parar a descansar en el camino —le dijo la señora Murrow—. Seguramente, las chicas no estarán acostumbradas a pasarse todo el día a caballo, como tú.

—Muchísimas gracias —dijo Honey.

—Vosotras dadle con la fusta si veis que no para —les recomendó la señora Murrow.

Trixie había creído que darían el paseo bordeando el río. Sin embargo, Pat las condujo por el camino de gravilla hasta la carretera, y fueron a un trote suave por el arcén.

A ese paso tan placentero, Trixie consiguió relajarse y disfrutar del paisaje. Había por todas partes colinas bajas, de suaves pendientes. Todo… los árboles, la hierba, los cultivos… tenía el verde tierno del verano temprano. En el cielo no había nubes, y el sol brillaba con fuerza. Una brisa suave soplaba esparciendo aromas frescos, dulzones.

Embriagada por todo aquello, Trixie no supo en qué momento oyó el ruido de un motor. Ya se oía bastante cerca cuando Pat soltó las riendas y obligó a su caballo a ir a un medio galope. Trixie hizo

lo mismo, y vio un cartel enorme, en el mismo lado de la carretera que el rancho de los Murrow. En el cartel podía leerse TERRENO DE BURKE. Más allá del cartel, la tierra era estéril y marrón, con una gran cantidad de árboles talados. Fuera de la tierra desnuda se levantaba el forjado de un edificio en el que trabajaban afanosamente los albañiles. Había grúas excavando los cimientos para edificar nuevas construcciones. En un extremo del claro había un remolque con un letrero a un lado que decía RESERVE AHORA. ABIERTO TODOS LOS DÍAS, de 9 a 4.

Al otro lado del terreno de Burke había un camino de gravilla. Se metieron por allí y pronto llegaron a un lago bordeado por un camino de tierra. Dieron una vuelta al lago, un rato al trote, y después al galope.

Era un placer cabalgar a lomos de Mur-Jadi, según descubrió Trixie. La yegua obedecía dócilmente al menor de sus gestos. Por su tamaño, algo pequeño, Trixie se sentía muy cómoda con ella; en cambio, con otros caballos más grandes Trixie solía sentirse agobiada.

Pat Murrow no se volvió ni una sola vez para mirar a las chicas, aunque de vez en cuando volvía la cabeza hacia un lado, como para comprobar por el ruido de las pisadas de los caballos que todavía estaban allí.

En una ocasión, al llegar a un camino recto, sin curvas, puso al caballo a todo galope. Honey, que iba tras él, vaciló un segundo antes de seguirlo pero Trixie no se lo pensó ni un momento, y azuzó a Mur-Jadi; de todos modos, la feroz yegua no iba a permitir que la dejaran atrás.

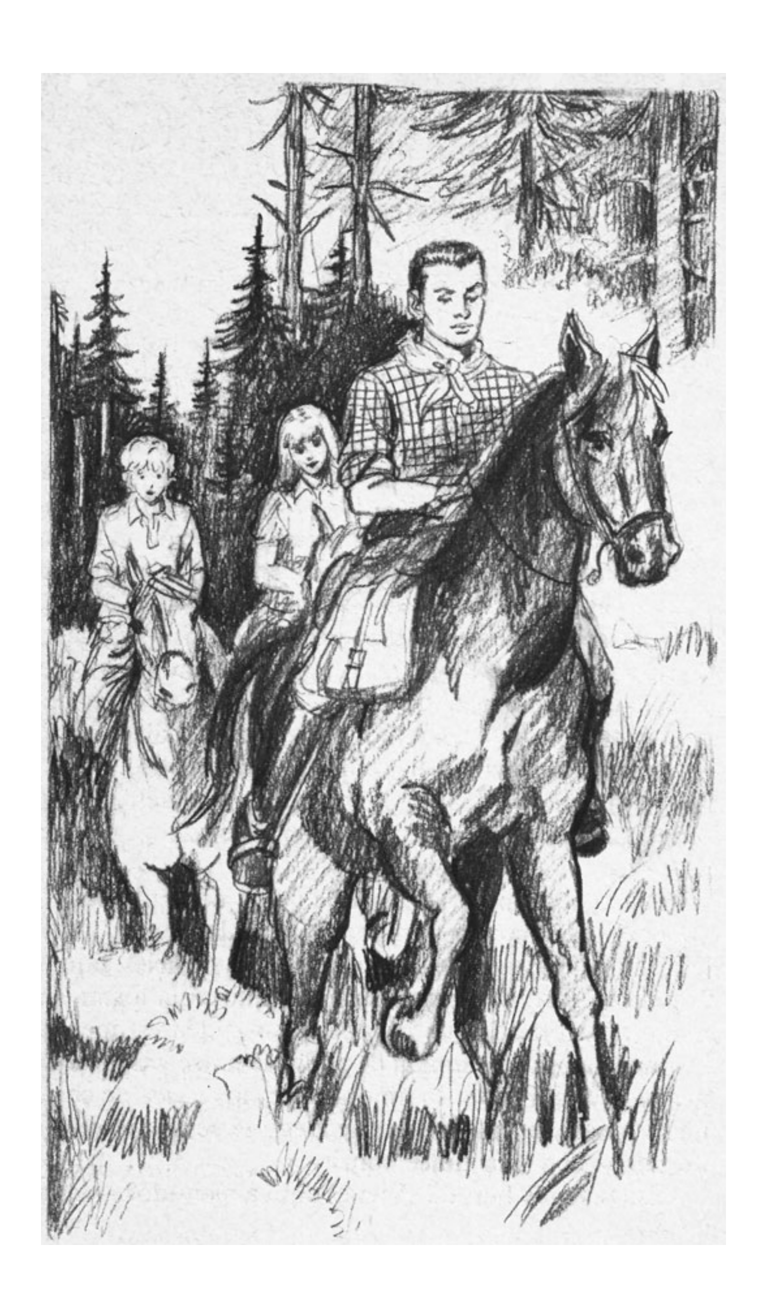
Trixie sintió el viento azotándole el rostro. Sujetó las riendas firmemente, y se agarró a la silla doblando las piernas. Era una sensación magnífica, deliciosa, pero terminó demasiado pronto. El camino llegó a una pendiente, y Pat disminuyó la velocidad hasta un galope medio, luego al trote, y finalmente al paso. Al cabo de unos metros, se salió del camino; Trixie notó que había llegado la hora del almuerzo.

Pat sacó el termo y la bolsa de papel de la alforja, fue a una

mesa de madera y empezó a sacar la comida. A Trixie le dio rabia que hubiese parado sin pedirles siquiera la opinión. Pero al desmontar sintió que tenía los músculos tan agarrotados que le pareció una idea estupenda.

Honey parecía encantada de poder sentarse y charlar con Pat. Le ayudó a servir la limonada en los vasos de cartón que su madre les había dado, y luego se sentó frente a él, mirándolo con una dulce sonrisa.

—Esto es muy bonito. ¿Vienes aquí a menudo? —le preguntó.



Pat asintió mientras bebía la limonada.

—Me sorprendió que no fuéramos a pasear junto al río —dijo Honey.

—No hay ningún sitio adonde ir —contestó Pat—. A la otra orilla del río hay un bosque… pero en esta época del año está lleno de abejorros; los caballos se volverían locos y al otro lado de nuestro rancho el terreno… es privado —dijo mientras cogía una manzana y le sacaba brillo con la manga de su camisa.

—Sí, estaban construyendo, ¿no? —dijo Honey—. ¿Qué están haciendo?

—Mucho daño, eso es lo que están haciendo —dijo Pat Murrow con amargura.

—¡Oye! —exclamó Trixie—. ¿No era Burke el hombre con el que tu padre estuvo hablando ayer?

Pat Murrow la miró como si fuera a echarle el mal de ojo; a Trixie se le aceleró el pulso.

—Perdona —dijo—. Tenía curiosidad, nada más.

Pat se tranquilizó un poco.

—Tú no tienes la culpa —admitió—. Lo que pasa es que ese Burke y su proyecto del diablo me sacan de quicio.

—Me figuro que el proyecto se refiere a eso de «Terreno de Burke». ¿Qué es eso? —preguntó Honey.

Pat hizo un gesto de desagrado.

—Es lo que se llama un complejo hotelero, o algo así —dijo—. La gente de la ciudad se gasta una fortuna con tal de pasar aquí dos semanas al año, junto a la Madre Naturaleza. Pero lo hacen metiditos en sus apartamentos de lujo, con todas las comodidades modernas. Y para que les resulte rentable, construyen unos edificios monstruosos, que parecen avisperos.

—¡Aj! —exclamó Trixie.

Pat la miró y, por primera vez, esbozó una ligera sonrisa.

—Yo mismo no habría sabido expresarlo mejor —dijo.

—Ya entiendo por qué te molesta tener algo así a tu lado —dijo Honey—. ¿Y no puedes hacer nada?

—Absolutamente nada —le dijo Pat—. Burke, en persona, nos ha dado la solución perfecta: le vendemos a él nuestras tierras y nos vamos a vivir a algún lugar solitario.

—Eso es lo que le propuso a tu padre —dijo Trixie, al recordar

la conversación que habían mantenido en el corral—. Pero tu padre no parece estar muy de acuerdo con la oferta.

—Por supuesto que no. Es nuestra tierra —protestó Pat, como si esa frase lo explicara todo—. Mi padre nació aquí. Su padre trajo un caballo árabe al rancho, del Este, cuando los tipos de por aquí no habían ni oído hablar de esos animales. El caballo tiró al suelo al abuelo: éste se rompió el cuello y murió. Papá pudo haberlo matado de un disparo, pero con eso no iba a resucitar al abuelo. En lugar de eso, lo domó. Lo hizo en homenaje a su padre. Y el rancho también —dijo Pat casi llorando de emoción.

¡Qué sorpresa! —pensó Trixie—. *Y yo que creía que no era más que un payaso insensible.*

Al ver la cara de asombro que tenían las dos, Pat continuó hablando con su frialdad habitual.

—Además, el mudarnos supondría perder seis meses. Los caballos se olvidarían de casi todo; son demasiado sensibles. Sería una locura hacer una cosa así justo cuando estamos a punto de dar el gran paso —dijo recuperando su tono de voz.

—Él no puede obligaros a vender, ¿verdad? —preguntó Honey.

—Si pudiera, lo habría hecho ya —dijo Pat con cara de desprecio—. Así que me imagino que no puede.

Por un momento, la ironía le hizo parecerse a su padre. A Honey le dedicó una sonrisa amplia que dejó ver sus dientes, blancos, perfectos, y hasta se le hizo un hoyito en la mejilla.

Oh, no —pensó Trixie—. *Ahora Honey va a estar en las nubes el resto del viaje.*

—En fin, más vale que nos pongamos en marcha —dijo Pat—. Tengo que cuidar de los caballos esta tarde.

Dicho esto, recogió los papeles en los que habían envuelto la comida y los vasos de papel y los metió en las alforjas de Aladín.

—Me temo que hemos agotado su cuota diaria de conversación sin haberle sacado ni una palabra sobre el Jinete Fantasma —le susurró Trixie a Honey mientras iban hacia sus caballos.

—En cambio, hemos resuelto el misterio de Burke. Ayer tenías curiosidad —dijo Honey.

—Eso fue ayer —dijo Trixie— antes de enterarme de que había un fenómeno por aquí.

Honey se echó a reír al ver cómo Trixie había escogido la

palabra apropiada.

—Anteayer, todo lo que te preocupaba era un fantasmucho —dijo bromeando.

—Sí, y tú creías que Pat Murrow tendría cara de caballo —dijo Trixie gastándole otra broma.

Honey miró a Pat y suspiró alegrándose de que no fuera así.

—Todavía es temprano, Trixie. Ya averiguaremos algo sobre el Jinete Fantasma, de un modo u otro.

Mientras paseaban a la orilla del lago, a Trixie le pareció increíble que un lugar tan maravilloso pudiera estar maldito.

Los ruidos de las grúas volvieron a romper la paz del lugar al acercarse al Terreno de Burke, camino de casa. *Ojalá que el fantasma maldiga ese lugar, para hacer que todo se acabe* —pensó Trixie mientras observaba cómo estaban montándolo todo—. *Una vez que hayan construido esto, habrá un montón de gente y de tráfico. Será difícil cabalgar por esta carretera sin que algún coche se te eche encima. Y que te maten a un caballo es peor que perder seis meses de entrenamiento*. Pero afortunadamente, no era ella la que tenía que tomar la decisión, lo cual le alegraba sobremanera.

Cuando los tres jóvenes entraron a medio galope en el rancho, vieron a Regan y a Bill Murrow trabajando con la pequeña yegua, mientras Gus lo observaba todo. Pat se bajó del caballo y le dio las riendas al anciano.

—¿Por qué no le enseñas a las chicas dónde tienen que dejar los caballos? —le pidió, mientras él se iba con su padre y con Regan.

Gus asintió y le sonrió a Pat; luego se volvió y saludó a las chicas con otra sonrisa.

—¿Ha sido bonito el paseo? —preguntó.

—Precioso —respondió Honey—. Todo esto es una maravilla.

Gus asintió, lleno de contento.

—Ya lo creo que lo es —dijo—. Venid por aquí.

Dio la vuelta y metió a Aladín en el establo; las chicas lo siguieron. Una vez dentro, él se ocupó de Aladín, dándoles a Trixie y a Honey los trastos que necesitaban para limpiar y dar de comer y beber a sus yeguas.

—¿Ha trabajado usted siempre con caballos? —preguntó Honey con dulzura.

—Ah, ja, ja —dijo Gus—. Papá… cuidaba de su granja a caballo.

Nunca tuvo un tractor. Y yo hubiera tenido una granja, también, pero llegó la crisis, y la perdimos. Entonces, el papá de Bill… pues me dio trabajo. Y aquí me tenéis, desde entonces.

—Me pareció verle montando a caballo la noche que llegamos —dijo Trixie.

—Podría ser, ¿por qué no? —reconoció Gus—. Me gusta montar después de la cena. Es bueno para la digestión.

—Pues menudo susto me llevé —dijo Trixie—. En Sleepyside la gente no sale a cabalgar con el crepúsculo.

—Te asustaste, ¿eh? —preguntó Gus riéndose mientras subía y bajaba los hombros—. ¡Apuesto a que creíste que era el Jinete Fantasma!

Trixie dejó bruscamente de cepillar a
Mur-Jadi
.



—¿Usted ha oído hablar del Jinete Fantasma? —preguntó.

—Ah, naturalmente —exclamó Gus—. ¿Y quién no lo conoce,

por estas tierras? —dijo moviendo la cabeza—. ¿Pero no queda un poco ridículo llamar al viejo Gunnar Bjorkland de ese modo?

Trixie abrió los ojos como platos. Su amiga y ella se miraron asombradas. Estaban a punto de enterarse de toda la historia. Y nadie sabía hacer esas cosas mejor que Honey.

—Gunnar Bjorkland —repitió Honey muy despacio—. ¿Ése es el verdadero nombre del fantasma?

—Bjorkland, ja —dijo Gus—. En noruego, la «j» la pronunciamos igual que la «y». Por esta región, hay muchos que se cambian el nombre, para que sea más fácil de pronunciar. Yo por ejemplo… Gustav —dijo pronunciando «Gustaf»—. Como a la gente le cuesta una barbaridad pronunciarlo, me empezaron a llamar «Gus». Gunnar Bjorkland jamás se cambió el nombre. Era demasiado perezoso para eso, supongo —y volvió a reír, en silencio.

—Entonces, ¿ese Gunnar era un vago? —dijo Honey, tratando de apartar al viejo del tema de los nombres noruegos.

—Ah, ja, ja —dijo Gus—. No servía para nada. Eso es lo que siempre decía papá. Yo no llegué a conocerlo. Cuando yo nací, ya lo habían ahorcado.

Otra versión de la leyenda • 5

TRIXIE Y HONEY se quedaron perplejas, sin apartar la vista de Gus.

—¿Que lo… que lo ahorcaron? —preguntó Trixie.

—¿Y sólo porque era un vago? —preguntó Honey, horrorizada.

—No, no. Quiero decir, ja, lo colgaron, pero no por vago —dijo; se calló unos segundos mientras acariciaba la barba de dos días. Después añadió—: Aunque sí, la verdad, en parte fue por eso, porque es de vagos robarle a otro hombre su mejor vaca por no molestarse en criar una.

—Entonces, ¿todo lo que hizo fue robar una vaca? ¿Y por eso lo ahorcaron? —preguntó Trixie.

Gus se encogió de hombros.

—Bueno, las cosas eran distintas entonces. Todo lo que tenía uno eran sus vacas. Si alguien te robaba una, no podías ir a comprar otra, de ninguna manera. Te quedabas sin carne y sin leche, tú y tu familia. Y eso era muy grave… casi un asesinato, podría decirse.

—Pero ¡ahorcarlo! —exclamó Honey.

—Eh, yo no estoy defendiendo su forma de actuar. A mi padre no le gustó, y él estuvo allí. Hasta intentó convencer a los demás para que no lo hiciesen —dijo Gus.

—¿Quiere decir que testificó a favor de Gunnar delante del jurado? —preguntó Trixie.

—No hubo jurado, ni testigos, ni nada. Sólo un grupo de granjeros y una buena cuerda. Y un árbol, claro está —añadió Gus, reconstruyendo los hechos con detalle—. Concretamente, aquel viejo roble de allí atrás.

—¡Un linchamiento! —dijo Trixie, sintiendo rabia ante el crimen—. ¡No me extraña que el espíritu de Gunnar regresara a este mundo!

—Ja, bueno, la gente creyó ver a un fantasma. Papá siempre decía que eran las conciencias de los culpables las que lo atraían.

Según él, por eso el fantasma se aparecía de forma distinta a cada persona. Algunos lo veían galopando por el campo, como si sus verdugos siguiesen persiguiéndolo. Otros lo veían cabalgando muy despacio, triste, cabizbajo, como si al cuerpo no le quedara ni un soplo de vida.

—Ése es el que yo vi… el muerto… —dijo Trixie—. A menos que fuera usted. Digo… —y de repente se calló, sonrojándose.

Gus le sonrió.

—En mí todavía queda un poquitín de vida —dijo con amabilidad—. Pero hay noches en que cabalgo muy despacio.

—Entones Trixie, ¿a quién vio, a usted o al fantasma? —preguntó Honey.

Gus se quedó pensativo.

—Yo nunca he visto al fantasma. Pero hay gente que sí… o que creen haberlo visto. Yo no estoy seguro.

Trixie se estremeció.

—A una se le ponen los pelos de punta, ¿no?, de pensar que algo así ha sucedido aquí mismo. Quiero decir, con o sin fantasma, hubo un linchamiento. Eso sólo ya produce bastante miedo. Me sorprende que todos los implicados no hicieran las maletas y se largaran, para huir del recuerdo.

—Hubo algunos que sí lo hicieron —le dijo Gus—. Por eso el papá de Bill pudo comprar este terreno tan barato. Y nadie aguantó mucho tiempo en el rancho de al lado. Ese jovenzuelo, Burke, lo compró por cuatro perras, según he oído. El lugar donde vivía el viejo Gunnar es una reserva forestal ahora, así que no pertenece a nadie. Pero, verdaderamente, aquél fue un hecho triste. No cabe duda.

—Seguramente fue por eso por lo que la señora Murrow no quería que Bill hablara del tema —observó Honey.

—¡Ay, ay, ay! No se te habrá ocurrido mencionar al fantasma delante de la señora Murrow, ¿eh? —preguntó Gus—. Apuesto a que casi le da un ataque, ¿no?

—Casi —reconoció Trixie.

—Esas historias de fantasmas la sacan de quicio. Le preocupa lo que la gente pueda pensar. Los ricos, ya sabéis, son los que se pueden permitir el lujo de comprar caballos. ¿Y si se enteran de que sus caballos vienen de un rancho maldito? Ah, pero a Bill le da lo

mismo. Él deja que la gente diga lo que quiera: sus caballos hablan por sí mismos. Pero con la señora Murrow es distinto. No, señor. No se os ocurra hablar de fantasmas delante de ella.

—Ya nos hemos dado cuenta, ya —dijo Honey, arrepentida—. Entonces no teníamos ni idea, pero ahora ya lo sabemos. Gracias —añadió mientras Trixie guardaba el cepillo en el cuarto de los trastos.

Después, salieron las dos de las cuadras.

—¿No te parece fascinante esa historia? —preguntó Honey.

—Sí —dijo Trixie rotundamente—. Estoy deseando contársela a Wilhelmina James.

—Pues tendrás que esperar. Todavía faltan unas horas para que acuda a su puesto —le dijo Honey.

—Tienes razón. Además, tendremos que pensar en alguna buena excusa para salir las dos solas, porque es preciso no delatarla. ¡A ver si se te ocurre alguna de tus brillantes ideas! —dijo Trixie.

Fue Honey la que inventó la excusa, y así lo expuso durante la cena, esa misma noche:

—Trixie y yo todavía no hemos visto el río por la otra parte. Hemos pensado ir a dar un paseo por allí después de ayudarle a lavar los platos, señora Murrow.

Ha hablado con toda naturalidad… y en el momento apropiado —juzgó Trixie— *pero sin tener en cuenta los instintos maternales de la señora Murrow*.

—Ese río es muy traicionero —dijo la mujer—. Y con el viento que hace, cualquiera podría caerse dentro. Y hay unas corrientes fortísimas; además, ahora viene crecido, por el deshielo, y las aguas están heladitas, hasta el punto de que, si te caes, se te corta hasta la respiración.

Toda aquella retahíla de advertencias la dejó extenuada. En ese momento Bill preguntó:

—¿Vosotras tenéis algún río por donde vivís?

—El río Hudson pasa por nuestra ciudad —se apresuró a decir Trixie—. Por eso se llama Sleepyside del Hudson.

—¿Y vuestros padres os sueltan todo este rollo cada vez que os apetece dar un paseo por el río? —preguntó Bill.

Las chicas se miraron, esforzándose por reprimir la risa.

—Pues ahí lo tienes, Charlene —dijo Bill—. Son demasiado listas

como para responder a una pregunta así. De forma que también serán lo bastante listas como para pasear junto al río sin caerse dentro y ahogarse.

—Bueno, está bien, podéis ir —dijo Charlene dando un profundo suspiro—. Pero volved antes de que oscurezca.

—Sí, señora, gracias —dijo Trixie mirando de reojo a Bill que, en ese momento, le estaba guiñando el ojo.

Tal y como hicieron la noche anterior, las chicas fueron campo a través, siguiendo río abajo hasta el escondite de Wilhelmina. Como aún era de día, no quisieron ir por la arboleda. En vez de eso, tuvieron que meterse en la espesura del bosque, en medio de la maleza, hasta la orilla del río, y luego continuar río arriba hasta el puesto de observación de Wilhelmina.

El río venía crecido, con un enorme caudal, debido a las lluvias primaverales y a la nieve derretida. Las chicas descubrieron que había zonas en la orilla donde era fácil resbalar, por el barro.

—¡Mira dónde pisas! —dijo Trixie—. No sabría cómo explicárselo a la señora Murrow si volvemos de nuestro paseo con lodo hasta las rodillas.

—Peor sería que nos ahogáramos —dijo Honey, cruzando los dedos. Se agarró a la rama de un árbol y saltó un tramo que el río había cubierto completamente.

Trixie se alegró de haber salido tan pronto. Así podrían también regresar temprano como habían prometido.

—Espero que Wilhelmina ya esté allí esperándonos —dijo.

En efecto, la extraña mujer estaba en su pequeña choza cuando las chicas llegaron. Esta vez, a la luz del día, Trixie se dio cuenta de que Wilhelmina se había rodeado de unas cuantas comodidades. Había puesto una lona impermeable en el suelo, con una manta roja extendida encima. Había un termo y una taza, una bolsa marrón con la merienda o algo así, y una pequeña radio portátil. Muy cerca tenía una mochila de color naranja en la que había algunas cosas dentro.

También Trixie y Honey pudieron examinar más de cerca a la propia Wilhelmina. Trixie no había notado, por ejemplo, que había diamantes falsos en la montura de sus grotescas gafas, y unas arrugas permanentes en los pómulos de la mujer, debidas al constante esfuerzo por sujetarlas.

Wilhelmina llevaba puestos sus típicos pantalones exageradamente anchos. Esta noche, sin embargo, el diseño de los pantalones consistía en unas franjas amplísimas de color calabaza y marrón, colores que, combinados con la blusa a cuadros azules y verdes, hacían daño a la vista.

Cuando se siente en esa manta a cuadros rojos, ¡menuda pinta! Parecerá que ha explotado una fábrica de pinturas —pensó Trixie.

La idea le hizo reír, pero se mordió los labios, al percatarse de lo grosera que estaba siendo. *Wilhelmina está demasiado pendiente de las apariciones como para preocuparse de su apariencia* —reflexionó Trixie—. Pero al fijarse en ella de nuevo, le entraron ganas de reírse otra vez. Para evitarlo, dijo en voz alta:

—Tenemos unas cuantas noticias de interés.

Entre ella y Honey contaron la historia de Gunnar Bjorkland, tal y como Gus se la había contado.

Wilhelmina había sacado un cuadernillo y un lápiz del bolsillo, y estaba escribiendo sin parar mientras las chicas hablaban. A veces las interrumpía con alguna pregunta, para aclarar algún punto del relato. A Trixie le avergonzó que en varias ocasiones no pudieran responderle correctamente.

Por ejemplo, había preguntado:

—¿Y ese Gunnar era culpable, con seguridad, de haber robado la vaca? ¿Le sorprendieron con ella? ¿Se demostró su culpabilidad?

—Pues… pues no lo sé —dijo Trixie—. ¿Es importante?

—Para Gunnar, seguro que lo fue —dijo Wilhelmina, dando muestra de un desacostumbrado sentido del humor—. Tened en cuenta que, de haber sido inocente el tal Gunnar, la teoría que atribuye las apariciones al sentimiento de culpabilidad cobraría fuerza.

Honey se cruzó de brazos, estremeciéndose de miedo.

—Ni siquiera se me había ocurrido que Gunnar pudiese ser inocente —dijo con voz grave.

La historia ya era lo bastante horrible considerando que era culpable.

—Por desgracia, el sacar conclusiones sin tener pruebas suficientes ha sido siempre una mala costumbre de los hombres —dijo Wilhelmina—. Y lo normal es que esta costumbre dé malos frutos. Por eso nosotros, en el Instituto, trabajamos con tanto

empeño… para paliar este vicio.

Luego, cerró su cuaderno de golpe y dijo con énfasis:

—¡Muy bien, chicas! ¡Os felicito! En un día os habéis enterado de la vida y milagros de todo el pueblo. ¿Sospechará alguien de mí, después de tantas preguntas?

—Sólo le hemos preguntado a Gus, y a él pareció gustarle contarnos la historia —dijo Trixie.

—Bien. Si averiguáis alguna otra cosa, me avisáis, por favor —dijo Wilhelmina guardándose el cuadernillo y cogiendo en sus manos los binoculares, que colgaban de un cordel que tenía en torno a su cuello. Todo ello daba la impresión de ser una despedida; las chicas le estorbaban para seguir buscando al fantasma.

—Tenemos que irnos —dijo Honey por cortesía—. Prometimos llegar a casa antes de que oscureciese, y si no cumplimos la promesa, ya no nos dejarán salir solas nunca más. Adiós. Volveremos para darle más noticias.

Wilhelmina asintió y les dijo adiós con la mano, distraídamente, como si tuviera la mente muy lejos de allí.

Las sombras se iban alargando formando siluetas fantasmagóricas. Trixie y Honey fueron por la orilla hasta un punto seguro para poder atravesar el campo situado detrás de las cuadras de los Murrow. Trixie, de pronto, tuvo miedo. En un mundo en el que a un hombre podían ahorcarlo por la mera sospecha de haber robado una vaca, cualquier cosa podría ocurrir.

Por el modo en que Honey se arrimaba a ella, Trixie presintió que su amiga estaba pensando lo mismo.

—Claro, que no hay razón para afirmar que Gunnar fuese inocente —dijo Trixie.

—Eso es verdad. Quiero decir que Wilhelmina quiere saber las cosas con tanta precisión que busca explicación a todo y a todo le saca punta —explicó Honey quien, por el tono de su voz, parecía como si intentara convencerse a sí misma de sus propias palabras.

No hablaron mucho más durante el camino. Tenían demasiadas ganas de alejarse de la orilla del río como para entretenerse a charlar. Al cruzar el campo hasta llegar a la casa, evitaron hablar del tema así como mirar el viejo roble carcomido.

Cuando ya estaban cerca de las cuadras, se percataron de que dentro había gente que estaba discutiendo acaloradamente.

—Bueno, ¿y por qué no enciendes una cerilla y quemas todo esto de una vez, si tantas ganas tienes de destruirlo? —dijo un hombre.

—Yo jamás haría una cosa así, y tú lo sabes —contestó la otra voz.

Trixie miró a Honey desconcertada, pero ésta se limitó a encogerse de hombros. Tampoco estaba segura de haber reconocido las voces. *No hay tantas posibilidades* —pensó Trixie—. Resultaría extraño que Regan entablara una discusión con ninguno de sus anfitriones. Cualquiera reconocería, por otro lado, el acento de Gus. *Deben de ser Pat y Bill* —dedujo.

—Si nos vamos del Rancho del Buen Refugio, todo esto acabará perdiéndose —dijo uno de ellos.

—¿Y qué? No es más que un grupo insignificante de casas edificadas sobre un trozo de tierra. Madera y polvo, nada más. Y eso lo podemos encontrar en cualquier otro sitio —repuso el otro.

—No sería lo mismo.

—Puede que fuera aún mejor. Tú eres muy joven todavía y un poco romántico. Crees que aquí nunca ha sucedido nada malo, y que todo seguirá igual por los siglos de los siglos. Pero las cosas no son así. Aquí habrá problemas, como en todas partes.

—¡Pero si los dos hemos nacido aquí!

—¿Y eso quiere decir que tenemos que morir aquí?

Hubo una larga pausa; el otro no quiso contestar a algo que no tenía respuesta. Entonces con una voz más calmada, menos colérica, continuó diciendo:

—Mira, yo no estoy hablando de firmar los documentos de venta mañana mismo. Sólo quiero saber cuánto dinero nos ofrece Burke. Si no es bastante, rechazaré su oferta.

—Pues habla con él. Ésta es tu casa. Nadie puede detenerte.

En aquel momento se oyó el ruido de las botas subiendo las escaleras y acto seguido un portazo. Pat Murrow, obviamente, había dado por concluida la conversación con su padre.

Las chicas se dieron cuenta de que habían estado cotilleando. Y ahora corrían el riesgo de que Bill Murrow las sorprendiera. Rápidamente, se levantaron, doblaron la esquina de los establos… y estuvieron a punto de darse de bruces con Gus, que venía en sentido contrario.

El viejo parecía triste. Tenía las mejillas hundidas y la boca torcida. Sin dirigirles ni una palabra a ellas, se alejó de allí.

—Parece que Gus también lo ha oído todo —dijo Trixie.

—Qué pena —dijo Honey—. Bill y Pat deben ser para él como su hijo y su nieto.

—Y también le dolerá que Bill hable de vender esto —dijo Trixie —. Lleva trabajando en este rancho más de medio siglo.

—Es Pat el que se lo ha tomado más a pecho —señaló Honey.

—Es cierto, pero Bill no es el que tiene todas las de perder; si destruyen el rancho, no se quedará solo —dijo Trixie.

—¡Es verdad! —exclamó Honey, comprendiendo lo que su amiga quería decir—. ¡Pobre Gus!

—Más vale que entremos enseguida en casa, antes de que alguien nos sorprenda aquí fuera, porque entonces sería «pobres de nosotras» —dijo Trixie. Y las dos amigas se encaminaron hacia la casa con paso ligero.

Fenómenos extraños • 6

—¿CÓMO ES POSIBLE que Bill haya llegado a pensar en venderle el rancho al necio de Burke? —preguntó Honey.

Las dos amigas estaban en su dormitorio, a punto de meterse en la cama. Hasta entonces, no habían hecho comentario respecto a la conversación que habían oído.

—Con ese complejo turístico al lado, ya nada será igual por aquí —dijo Trixie—. A lo mejor, no hay más remedio que venderlo.

Honey se quedó mirándola como si no estuviese en su sano juicio.

—¡Pero cómo puedes decir una cosa así! —exclamó.



Honey va a darle la razón a Pat, en esto, pase lo que pase —pensó Trixie—. *Por el bien de nuestra amistad, más vale que este tema no nos afecte directamente*. Luego dijo en voz alta:

—Ninguno de los Murrow nos ha pedido opinión en este asunto, ¿no? Yo creo que será mejor que nos dediquemos a buscar al Jinete Fantasma. Por lo menos, para eso sí que han solicitado nuestra ayuda.

—Vale —accedió enseguida Honey—. Pero tampoco hace falta que nos rompamos la cabeza. Acuérdate de que Wilhelmina James nos dijo que los fantasmas no suelen aparecer cuando alguien los invoca.

—¡Uf! Pues si no podemos pensar en el problema de los Murrow con el rancho y tampoco en el fantasma… ¡no sé qué vamos a hacer! —protestó Trixie.

—Sin ir más lejos, podríamos aprender las técnicas que siguen los Murrow para entrenar sus caballos, para practicarlas en Sleepyside —sugirió Honey.

Trixie asintió, resignada. Tres días antes, el proyecto le habría parecido fascinante pero ahora se moría de aburrimiento sólo de pensarlo.

—Eso es todo lo que nos queda —le dijo a Honey.

A la mañana siguiente, después del desayuno, las chicas fueron a los establos dispuestas a trabajar.

—¿Habéis venido aquí para mirar, o para trabajar? —les preguntó Bill Murrow secamente.

—Para trabajar —contestó enseguida Trixie.

—Bien; entonces id a buscar los cepillos y los peines. Ya sabéis dónde están —dijo Bill.

Trixie y Honey fueron al armario del cuarto de las herramientas y abrieron la puerta. El armario estaba vacío. Trixie parpadeó, como esperando que aparecieran los utensilios como por arte de magia, pero no fue así. Buscaron en el cuarto, preguntándose si tal vez se habrían equivocado de armario. Pero ése era el único armario del cuarto de las herramientas. Honey también estaba asombrada, y las dos volvieron al establo.

—No hemos encontrado los cepillos —le dijo Trixie a Bill.

—Venga, venga —dijo, creyendo que era una broma.

—Es verdad. No están en el armario —ratificó Honey.

—No será el truco del cubo de agua, ¿eh? —dijo Bill.

—¿Qué? —dijo Trixie sin saber a qué se estaba refiriendo.

—Habéis puesto un cubo lleno de agua arriba, en la puerta del armario, y cuando yo lo abra… ¡zas! ¡empapado! Mis chiquillos me han gastado esa broma un par de veces.

—Yo abriré la puerta, si eso le tranquiliza —dijo Trixie.

Bill decidió seguirles el juego.

—Vale —dijo—. A ver.

Al abrir Trixie la puerta, Bill se quedó tan asombrado como ellas.

—¡Pero qué…! —exclamó mirando alternativamente a las dos chicas resistiéndose a creer que aquello estaba lejos de ser una broma.

—¿A Regan le gusta gastar bromas? —preguntó, sin perder aún el sentido del humor. Las dos chicas negaron con la cabeza.

—Eso me temía —admitió Bill—. Y a Pat tampoco —comentó entristecido, pero pronto cambió de expresión y dijo alegremente—: Bueno, las cosas no desaparecen así como así. Si volvemos a nuestro trabajo, el que se las llevó se cansará de tenerlas y las volverá a meter aquí. Yo sé cómo funciona la mente del bromista —añadió guiñándole el ojo.

—Es lo más lógico —dijo Trixie con una sonrisa.

Luego Bill fue a un rincón del cuarto y cogió una horca que le entregó a Trixie mientras decía:

—¿Eso de trabajar lo decíais en serio?

—Pues… sí, supongo que sí —dijo Trixie a regañadientes, tomándola en sus manos. El limpiar establos era el trabajo que menos le gustaba.

—Ahora entiendo por qué las horcas no han desaparecido —dijo Honey riéndose cuando Bill le pasó otra.

Bill y Gus sacaron a todos los caballos al corral, mientras Trixie y Honey se ponían a trabajar. Trixie ya había caído en la cuenta de que Regan y Pat, y dos de los caballos, se habían ido.

Un buen paseo a caballo le sentará a Pat de maravilla, esta mañana —pensó Trixie—. *Si confía en Regan, y le cuenta sus problemas, lo agradecerá. Regan sabe escuchar a la gente…*

Trixie hundió la horca en la paja sucia del primer establo, tratando de olvidar todos los problemas haciendo un poco de

ejercicio. Cuando vació el establo, fue a buscar el montón de paja limpia que había en un rincón. Normalmente, limpiaba todos los establos antes de rellenarlos de paja. Hoy, sin embargo, tenía interés en ver cómo iba avanzando.

Al hundir la horca en la paja, se asustó: había dado contra algo duro. Arrodillándose, apartó la paja.

—¡Un cepillo! —exclamó—. Lo echó a un lado y se puso a rebuscar con las manos por entre la paja.

—¿Decías algo? —preguntó Honey, al oírla—. ¿Qué estás haciendo?

Trixie le enseñó una almohaza.

—¡Mira! —dijo muy nerviosa—. ¡Todos los trastos que faltaban! ¡Están aquí, en este montón de heno!

Honey la ayudó a buscar, y pronto las dos encontraron todos los cepillos y almohazas que recordaban haber visto en el armario, así como dos botellas de linimento.

—¿Quién habrá hecho esto? —preguntó Honey.

—Supongo que Bill. Ya sabes lo bromista que es —dijo Trixie.

—Pero si él creía que éramos nosotras las que le estábamos gastando una broma a él —dijo Honey.

—Ahí está la gracia —dijo Trixie—. Pero todavía podemos reírnos las últimas. Vamos a guardarlo todo en el armario y fingir que no sabemos nada del asunto.

Las chicas guardaron en su lugar las herramientas, y ya casi habían terminado de limpiar las cuadras cuando oyeron que Bill Murrow entraba en el establo.

—Como lo oyes, Gus —estaba diciendo Bill—. No sé adónde han ido a parar las herramientas. La última vez que las vi, estaban aquí en… —de pronto se calló en mitad de la frase.

Trixie reprimió una carcajada, al imaginar la cara que habría puesto Bill al abrir la puerta del armario y ver todas las herramientas en su sitio.

Bill no tardó en asomarse a la puerta del establo. Acto seguido, se puso a hacerle cosquillas a Trixe en la nariz, con un cepillo.

—Muy divertido —dijo con ironía—. Pero os habéis equivocado. Deberíais haber vuelto a ponerlo todo antes de limpiar las cuadras.

—No tendríamos que haberlas limpiado si usted no hubiese escondido los cepillos —replicó Trixie.

Bill frunció el ceño, mientras preguntaba:

—Pero entonces, ¿no las escondisteis vosotras?

—¡No! —dijeron al unísono Trixie y Honey.

Bill se quedó mirándolas fijamente a los ojos. Al ver que ellas se habían quedado tan perplejas añadió:

—Venga, dejaos de tonterías… fuisteis vosotras. Muy graciosas. ¡Voy a tener que vigilaros de cerca!

—No se fía de nosotras —dijo Honey muy ofendida cuando Bill se marchó.

—Claro que sí —le dijo Trixie—. Lo que pasa es que está tanteando para sacarle el jugo al asunto. De todos modos, ahora podemos cepillar a los caballos. ¡Y a eso llamo yo progresar en un oficio! —dijo mientras clavaba con rabia la horca en un montón de heno que quedaba en el establo.

Desde luego, Bill Murrow era un auténtico bromista. Durante el almuerzo, les contó el incidente a Charlene, Pat, Regan y a Gus. Llegó a levantarse de la mesa al llegar a la escena final, para representarla con los exagerados ademanes que la comicidad del relato requería. Abrió un armario de la cocina, que hacía las veces del armario del establo, y puso la misma cara de asombro.

Charlene se rió a carcajadas, Regan y Pat sonrieron, y también Gus con su risa silenciosa, y Trixie y Honey estuvieron riéndose hasta que se les saltaron las lágrimas.

—Sólo… sólo hay un problema —dijo Trixie entre carcajadas—. Nosotras no escondimos esos trastos en el heno.

—¡De verdad, se lo aseguro! —añadió Honey.

Pero bien sabían las dos que con todas esas risas no convencerían a nadie.

—Sí, claro —dijo Bill.

No pudieron seguir discutiendo, porque un golpe en el salón les interrumpió. Charlene se levantó rápidamente de la mesa y fue a ver qué había pasado. Volvió con cara de sorpresa, llevando en la mano una foto enmarcada.

—La foto de Júpiter… ¡se ha caído de la pared! —exclamó sin voz—. El cristal se ha roto, pero la foto está bien —sostuvo la foto, para que Bill la viera.

Él la estudió con cuidado.

—Júpiter siempre fue un caballo bravo —dijo, tranquilamente y,

pasándole la foto a Regan, añadió—: Fue el primer caballo árabe de los Murrow. Mi padre se lo trajo desde el Estado de Nueva York.

Trixie y Honey miraron a Pat, quien asintió, confirmándoles que ése era el caballo del que les había hablado durante la merienda.

—Realmente, parece bravo —dijo Regan—. Me figuro que no querrá que lo cuelguen en una pared.

Charlene alargó la mano, para quitarle la foto a Regan.

—Hasta ahora se había portado muy bien. Esta foto lleva ahí colgada veinte años. No sé qué puede haber pasado para que se haya caído.

Bill se levantó de la mesa, dejándose casi toda la comida en el plato. Se acercó a su mujer y la besó en la frente.

—Nos estamos haciendo viejos —dijo—. A todos nos cuesta aguantar la embestida de los años.

Y salió de la casa sin mirar atrás.

Charlene Murrow miró a su hijo.

—Para él tampoco es fácil, ¿sabes? —dijo con dulzura.

Pat miró a su madre como dándole la razón.

—Ya lo sé —dijo, y, levantándose de la mesa, siguió a su padre hasta los establos.

Trixie sintió unas enormes ganas de llorar, pero esta vez las lágrimas serían de pena.

Son gente tan agradable —pensó—. *Seguro que todo acaba saliéndoles bien. Es preciso*.

El que se cayera la fotografía de Júpiter pareció restablecer la armonía entre Pat y su padre. Aquella tarde, se les vio trabajando hombro con hombro, dándose consejos y ánimos mutuamente.

Regan, que había trabajado duramente los dos últimos días, con los Murrow, se alegró de poder quedarse en un segundo plano, observando y aprendiendo. Trixie y Honey fueron a su lado.

—No pienso preguntaros cómo lo hicisteis —dijo Regan.

—¿Hacer qué? —preguntó Trixie.

—Que la foto se cayera de la pared —respondió Regan—. Ahora, lo que sí puedo decir es que el chico con el que me fui a pasear a caballo esta mañana estaba furioso y dolido. Y ahora no lo está. Aunque —añadió Regan— vosotras no pudisteis prever este resultado. Eso es lo malo que tienen las bromas. Pueden volverse contra uno mismo.

Trixie protestó diciendo:

—Nosotras no tuvimos nada que ver con la caída de la foto. ¡Te lo juro! Y tampoco escondimos los cepillos. Lo único que hicimos fue volver a guardarlo todo y esperar a que Bill lo encontrara.

—Es cierto —insistió Honey.

Regan las miró a los ojos, perplejo.

—No es vuestro estilo, desde luego —afirmó—. Y menos, sin que esté Mart por aquí, dándoos ideas.

—Nosotras no fuimos —repitió Trixie furiosa.

—Bueno, puede que fuera sólo una casualidad —admitió Regan.

—Un incidente afortunado —añadió Honey, al ver a Pat y a su padre.

Esa noche, después de la cena, Pat no se marchó a su apartamento enseguida. Se quedó sentado a la mesa incluso después de que Regan se marchara tras haber pedido permiso para abandonarlos. Al percibir que los Murrow tenían cosas de que hablar, Trixie y Honey también les presentaron disculpas y se fueron a su cuarto. Leyeron, charlaron, y contemplaron el paisaje por la ventana… todo tan verde y tan hermoso. Y el murmullo de las voces de la familia Murrow les siguió llegando. No pudieron distinguir con claridad lo que decían, pero se notaba perfectamente que no estaban discutiendo.

Además, el que se quedaran hablando durante tanto tiempo era una buena señal.

Estaban las dos sentadas en la cama, escribiendo cartas, cuando un repentino golpe de viento abrió la ventana. Las cortinas se hincharon como la vela de un barco, y el papel de la carta de Trixie cruzó la habitación volando.

—¡Se avecina una tormenta! —dijo Trixie, apresurándose a cerrar la ventana. Pero al asomarse, se quedó paralizada, apoyada en el marco de la ventana. No había ni una nube en el cielo oscuro de la noche, ni un soplo de brisa.

—¡Honey, mira! —dijo estremeciéndose.

Su amiga fue hasta donde ella estaba.

—Yo no veo nada —dijo.

—Precisamente —le dijo Trixie—. Las hojas de ese álamo están totalmente quietas. Entonces, ¿de dónde crees que ha venido ese golpe de viento?

Honey se encogió de hombros.

—Cosas que pasan —dijo sin inmutarse.

—Hoy ya ha habido bastantes «cosas que pasan», ¿no te parece? —dijo Trixie.

Honey se sentó en la cama y le puso la capucha al bolígrafo.

—Pues, ahora que lo dices, es verdad. Trixie, no creerás que se trata de fenómenos «paranosecuantos» —preguntó Honey, temiéndose lo peor.

—Lo que me parece —dijo Trixie— es que valdría la pena hacerle otra visita a Wilhelmina James mañana, para ver qué opina ella.

Al día siguiente no hubo ningún suceso misterioso, aparte de una visita de John Burke. En esta ocasión, Charlene, Bill y Pat se agruparon en torno al camión y hablaron un rato. Debieron llegar a algún acuerdo, porque Burke se marchó con la sonrisa en los labios. O eso creyó interpretar Trixie. No obstante, también notó que, cuando Burke les dio la mano, los tres Murrow fingieron no darse por enterados.

Esa noche, durante la cena, dijo Bill:

—Bueno, señorita Wheeler, cuando llegue el momento de regresar a casa, puede que tenga buenas noticias para tu padre.

—¿Cuáles? —preguntó Honey.

—Él me pidió que le entrenase y criase algunos caballos, y yo me negué, porque no tenía sitio. Pero es posible que nos mudemos a un terreno mucho mayor.

Trixie no pudo evitar mirar a Pat que, indudablemente, se había puesto muy serio.

Esto le está costando sudor y lágrimas, pero la procesión va por dentro —pensó Trixie.

—Pero aún no hay nada seguro —añadió Bill—. Todo depende de la clase de oferta que nos haga nuestro vecino del Sur. No nos gusta que nos echen a patadas de nuestras tierras, pero tampoco vamos a rechazar una buena oportunidad.

—Papá se pondrá más contento que unas pascuas, si ustedes pudieran entrenar a alguno de sus caballos —dijo Honey, con mucho tacto.

—¿Tu padre tiene caballos árabes? —preguntó Pat.

—Él tiene pura sangre, sobre todo —respondió Honey.

—Bueno, los pura sangre tienen una buena parte de sangre árabe. Las dos razas tienen un temperamento similar… así que no nos costará trabajo adaptarnos a ellos —dijo Pat con gran confianza.

—De eso estoy absolutamente convencida —dijo enseguida Honey—. Aunque, después de lo que he visto estos últimos días, voy a intentar convencerle para que compre algún caballo árabe.

Ella le sonrió a Pat y, para asombro de Trixie, Pat devolvió su sonrisa.

Está cambiando el chico a pasos agigantados —pensó Trixie—. *¡Y, además, para mejor!*



Por la tarde, Pat pudo comprobar lo que Trixie había notado. Habló con ella a menudo, y con mayor frecuencia habló con Honey. La actitud de Pat hizo que Honey se olvidara por completo de todos los misterios del mundo, y Trixie se alegró de que su amiga recibiera las atenciones que tanto había deseado.

Honey estaba contenta por Pat, y Trixie se alegraba de verlo. En lugar de dormirse a la caída de la tarde, como había ocurrido hasta entonces, las chicas estuvieron hasta muy tarde charlando en su dormitorio. Repasaron los sucesos que hasta entonces habían ocurrido, preguntándose cuál de todos hubiera agradado más a Brian, a Mart y a Jim, y con cuáles hubiera disfrutado más Bobby.

Para Honey, las aventuras más apasionantes tenían a Pat como principal protagonista.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —dijo sin venir a cuento.

—¿Qué? —preguntó Trixie.

—Yo diría que todo este asunto ha servido para que Pat se diera cuenta de que estaba totalmente encerrado en su mundo. El miedo de que la venta del rancho pudiera separarlo de su padre le ha hecho reaccionar. Creo que ahora sabe que tiene que prestar un poco de atención a la gente que tiene a su alrededor —dijo Honey con ojos soñadores.

Por primera vez, Trixie se percató de que había ido oscureciendo en el cuarto. Silenciosamente, para no perturbar la paz en la que su amiga se había sumido, se levantó y atravesó la habitación para encender una lámpara. Pero de pronto un ruido la dejó paralizada cuando ya tenía la mano en el interruptor.

—¡Pisadas de caballo! —dijo Trixie alarmada, y fue corriendo hacia la ventana.

No había nadie.

—¿Quién estará montando a caballo a estas horas de la noche? —preguntó Honey.

Trixie se apartó de la ventana y se sentó al pie de la cama de Honey; le temblaban las piernas.

—Yo he oído como si un caballo galopara, y ahí fuera no hay nadie. Honey, sólo puede haber sido… —no quiso acabar la frase, por no decir en voz alta lo que sospechaba.

—El Jinete Fantasma —susurró Honey estremeciéndose de arriba abajo, como por un repentino escalofrío.

—No hay otra explicación posible —dijo Trixie con voz entrecortada.

—¡Hay que decírselo a Wilhelmina! —añadió Honey levantando la voz.

Pero Trixie no era de la misma opinión.

—Yo no saldría ahí fuera esta noche ni por todo el oro del mundo —dijo sigilosamente—. Y tampoco sabemos dónde encontrarla de día. Supongo que tendremos que esperar a mañana por la noche.

—¡Pues a mí me apetece muchísimo contárselo! —dijo Honey.

¡No hay trato! • 7

A LA MAÑANA SIGUIENTE, al despertarse, Trixie y Honey estaban convencidas de que sería el día más largo de sus vidas. Pero pronto se distrajeron con la llegada del famoso camión rojo, así como de una furgoneta que llevaba a un lado impresas las palabras «D. & K. AGRIMENSORES».

Burke se paseaba por el rancho dando instrucciones a los dos agrimensores que había traído consigo.

Trixie y Honey observaban con antipatía a Burke, sin quitar ojo a Pat. El chico estaba en buenas relaciones con su padre, pero no había modo de saber qué podría hacerle pasar al otro lado del cerco.

Todos procuraron no hacer caso a Burke y a sus hombres y disfrutar con la sesión de entrenamiento de los caballos. Pero no resultaba nada fácil. Algo más tarde, Burke se marchó con el camión, dejando a los dos agrimensores. Uno se fue a un extremo de la propiedad, mientras el otro se quedó con una especie de telescopio montado en un trípode. Regan les había explicado que ese aparato era un teodolito, y permitiría a los agrimensores determinar los límites exactos de la propiedad de los Murrow.

—No sé qué falta le hace saber todo eso para hacer la oferta —dijo Trixie con rabia.

Regan apretó los labios; él también estaba furioso.

—No creo que le haga falta —afirmó—. En mi opinión, no es más que un truco. Los Murrow, de esa forma, se van acostumbrando a ver a Burke por aquí, y a la idea de vender. Luego, cuando les haga la oferta, estarán más dispuestos a aceptarla.

Trixie miró a Regan fijamente; la sorpresa y la pena se reflejaban claramente en sus ojos, que hasta parecían más azules.

—¡Pero eso es terrible! Tienes que avisar a Bill, para que no caiga en la trampa —dijo Trixie preocupada.

Regan sonrió.

—¿Y por quién crees que me enterado de todo esto? —preguntó —. No debéis preocuparos por nuestro amigo Bill. Él sabe cuidar de sí mismo. Si Burke se empeña en hacerse el listo, terminará arrepintiéndose.

Justo entonces, uno de los agrimensores dio un grito. Al volverse, vieron que desmontaba el trípode y se iba corriendo con él a la furgoneta.

El hombre se metió en la furgoneta, arrancó y cruzó el rancho para recoger a su socio, saliendo luego en dirección al Terreno de Burke.

—¿Qué mosca le habrá picado? —se preguntó Regan en voz alta.

Bill Murrow se acercó a donde él estaba con la sonrisa en los labios.

—Puede que Burke sólo les haya pagado dos horas —dijo, mirando el reloj—. Supongo que se les acabó el tiempo.

—Mmm —murmuró Trixie—. Ese tipo se largó demasiado deprisa… como si alguien fuera persiguiéndolos.

Bill se encogió de hombros y regresó a las cuadras. A fin de cuentas, le tenían sin cuidado las preocupaciones de los hombres de Burke.

En cuanto los dos extraños se fueron, un viejo espíritu de camaradería volvió a apoderarse de todos en la sesión de entrenamiento de los caballos. Regan entró en el corral con una vara, para ayudar a Bill y a Pat. Trixie y Honey, apoyadas contra la valla, lo observaban todo, maravillándose de la elegancia de los caballos y la destreza de los tres hombres. Hasta el viejo Gus quiso participar en el espectáculo.

Pero el clima de paz y armonía no duró mucho. A los veinte minutos oyeron el estrépito de gravilla y el ruido de motores que siempre anunciaba la llegada del camión de Burke. Efectivamente, Burke llegó y bajó del camión; cerró la puerta con gran violencia, y vino hacia el corral a grandes zancadas.

Bill Murrow lo vio venir, pero se tomó todo el tiempo del mundo antes de salir a recibirlo.

—¿Qué puedo hacer por usted, Burke? —preguntó.

Burke tenía el rostro congestionado por la ira.

—¿Qué historia es esa del fantasma? —preguntó furioso.

Trixie, al oír la pregunta, sintió como si el tiempo se hubiera detenido. Luego esperó con ansiedad a oír la respuesta.

Entonces Bill dijo:

—No tengo ni idea de lo que me está diciendo.

—Los agrimensores se han presentado en mi terreno con los ojos desencajados, como si los persiguiera el diablo. Uno de ellos me dijo que estaba mirando por el teodolito cuando de pronto observó un rostro de lo más horrible. Una «cabeza arrancada», según dice él. Está convencido de que es el Jinete Fantasma, y se niega a volver a hacer su trabajo.

—Mire, lo siento mucho. A lo mejor consigue usted que le devuelvan el dinero —dijo Bill con un interés fingido.

—¡No se trata de eso! —dijo Burke a grito pelado—. ¡Estoy construyendo un complejo turístico, Murrow! ¡Y si se extiende el rumor de que este lugar está maldito, no venderé ni una pulgada de terreno!

—Es posible. Eso podría causarle unos cuantos problemas —admitió Bill.

—Sabe muy bien que sí. Apuesto a que ha sido uno de sus trucos. Pero le advierto una cosa: no sueñe que con estas bromitas me va a buscar la ruina para quedarse con sus tierras.

Bill levantó las manos.

—¿Yo? No, no. Yo no he tenido que ver en eso.

A Bill le está pasando lo mismo que a mí cuando intenté convencerle de que no había escondido los cepillos —pensó Trixie.

Pero esta vez el que no se dejó convencer fue Burke.

—Considere que nuestro trato sigue en pie, Murrow. Y si el cuento del fantasma se extiende por ahí, no habrá trato… ¡y lo llevaré a los tribunales!

Todos vieron en silencio cómo se alejaba Burke. Después, centraron su atención en Bill. Tan pronto como se dio cuenta de que todo el mundo lo estaba mirando, gritó:

—¿Qué os habéis creído que es esto? ¿Un circo? ¡Vamos, a trabajar!

Pat metió enseguida su caballo en el establo, y lo mismo hizo Regan. Bill entró en casa, seguramente para contar a Charlene que su optimismo, una vez más, estaba por los suelos.

Trixie y Honey no tenían muy claro qué es lo que tenían que hacer, ya que a ellas no les habían encargado ninguna tarea. Al ver a Gus en el corral, se acercaron a él.

—¿Todavía tiene dudas sobre el Jinete Fantasma? —le preguntó Trixie.

Gus ladeó la cabeza hacia la derecha, luego hacia la izquierda, sin pronunciarse ni a favor ni en contra.

—Desde luego, aquí pasa algo muy raro; ah, sí. Puede que sean los abejorros —dijo distraídamente.

—¿Los abejorros? —preguntaron Trixie y Honey sin saber a qué venía eso.

—Perdone —dijo Trixie—. Tendrá que explicarse.

—Los abejorros deben incordiar mucho en esta época del año, en la vieja cabaña de Gunnar —dijo Gus—. A lo mejor por eso anda por ahí zumbando, porque los abejorros le han echado de casa.

¿Estaría bromeando Gus? Sonreía, pero, después de todo, ¿cuándo no estaba sonriendo el viejo?

—¿Está diciendo que Gunnar tenía una cabaña cerca de aquí… y que todavía sigue en pie? —preguntó Trixie.

—Eso es —dijo Gus—. Ahora es una reserva forestal, del Estado, pero la vieja cabaña aún está allí, a una media milla del río. Tiene sólo una habitación, muy pequeña, pero es la única casa que hay por allí. No tiene pérdida, la reconoceríais enseguida. Ahora, yo que vosotras no iría, porque debe estar atestada de abejorros.

Trixie asintió vagamente al oír la advertencia. Y, prudentemente, se alejó del corral, acompañada por Trixie. En cuanto comprobó que Gus no podía oírlas, Trixie le susurró:

—¡Esta misma tarde nos vamos a esa cabaña! Cuantas más cosas podamos contarle a Wilhelmina esta noche, mejor. Aquí están pasando las cosas más extrañas, y yo necesito conocer la opinión de una experta, para que nos diga lo que sucederá a continuación.

Antes de que pudieran elaborar un plan para la escapada, sonó la campana del almuerzo.

Durante la comida, todo el mundo había cambiado. A Bill se le veía abatido, triste… señal inequívoca de lo mucho que le había afectado el trato con Burke. La alegría de Charlene se debía más bien a los nervios. Regan estaba más callado que nunca. En cambio, Pat estaba más contento que unas pascuas.

—Si me tropiezo alguna vez con ese fantasma, le daré la mano —dijo Pat—. Y si consigue echar de estas tierras a John Burke, se la estrecharé con todas mis fuerzas.

—Si me meten en pleitos por culpa de ese fantasma, le retuerzo el cuello en cuanto lo vea —dijo Bill.

Pat dijo en tono burlón:

—¿De verdad crees que Burke te denunciaría por invocar a un fantasma para que espantara a sus turistas? ¡Ni en un millón de años ganaría el juicio!

—No le haría falta. Nos gastaríamos tanto dinero defendiéndonos de una estupidez semejante que nos arruinaría antes de que llegara la sentencia —dijo Bill.

—Pues yo no pienso preocuparme por lo que pueda suceder —dijo Pat—. Y la cara que puso Burke al bajar del camión me va a dar pie para reírme durante años.

—La verdad es que estuvo muy gracioso —admitió Bill, que empezó a sonreír levemente hasta llegar a doblarse de la risa, y muy pronto todos estaban retorciéndose de risa, incluyendo a Charlene, que sólo conocía el incidente de oídas.

El almuerzo terminó, pues, con esa nota alegre, y todos salieron a trabajar. Trixie y Honey se las arreglaron para no lavar los platos, haciéndole ver a Charlene que iban a ayudar a los hombres en las cuadras. Poco después, se fueron con cautela procurando que no las viera nadie. Cruzaron el patio muy despacio, como si no fueran a ningún lugar en concreto. Cuando llegaron a donde estaban los árboles, se metieron en el bosque lo más deprisa que pudieron.

Y una vez dentro, rodeadas por la espesura, pudieron comprobar que Gus no les había mentido respecto a los abejorros. Continuamente se oía su zumbido, y Trixie y Honey no dejaban de apartarlos a manotazos. Aun así, no pudieron evitar que los abejorros chocaran contra sus brazos, sus piernas, o sus orejas.

—Menos mal que llevamos puestas las botas de montar —dijo Honey—. A los bichos, normalmente, les da por picarme en las piernas.

—Sí, aunque estas botas no son las más apropiadas para andar —dijo Trixie, a punto de caerse al tropezar con una raíz.

Fue el recorrido más largo que habían hecho hasta entonces, pero al final distinguieron la silueta de la cabaña de Gunnar.

Ciertamente era pequeña… debía medir unos tres metros de lado aproximadamente, y casi había que agacharse para entrar, si no quería uno pegarse con el techo. Estaba hecha de madera, y entre madero y madero habían metido barro, para rellenar los huecos. Buena parte del barro se había ido cayendo con los años y el que quedaba contrastaba de una manera muy espectacular con el gris ajado de las maderas.

La puerta consistía en cuatro tablones con dos maderas cruzadas. Como la lluvia la había hinchado por un lado, era imposible cerrarla del todo. Trixie espió por la abertura, pero con la oscuridad no pudo ver nada.

—Bueno, allá vamos —dijo, dispuesta a abrir la puerta de un empujón—. Seguramente, no habrá mucho que ver, después de tantos años.

Trixie irguió la cabeza, respiró hondo, y empujó con fuerza. La puerta se abrió con un crujido, y ella se apresuró a entrar, antes de que la abandonara el coraje.

En el interior, conforme sus ojos fueron acostumbrándose a la penumbra, sintió que el corazón se le subía a la garganta, y que luego le dejaba de latir.

—Pe… pero si parece que aquí ha estado alguien —susurró Honey a su espalda.

Trixie asintió.

—Alguien ha estado viviendo aquí —contestó, también en un susurro.

La cabaña estaba muy sucia, llena de polvo. Eso coincidía con cuanto les habían dicho sobre el viejo Gunnar Bjorkland. Sin embargo, sobre el camastro alguien había extendido un edredón a cuadros. Un viejo sombrero, tan descolorido que no había forma de reconocer el color, colgaba de la pared. Y lo más curioso de todo era que en la mesa había restos de comida en un plato de metal azulado, en el que se veían guisantes y un pedazo de pan. También había una taza de latón, con café… y el café todavía humeaba… ¡hasta podían aspirar el aroma! Trixie puso la mano sobre el plato. También los guisantes estaban calientes.

—No veo ningún cubierto —dijo Trixie.

—Aquí —dijo Honey mientras se agachaba a recoger un tenedor que había en el suelo, entre la mesa y la puerta de la cabaña—. Por

poco lo pisas —añadió, y lo dejó en la mesa.

Trixie inspeccionó lo más deprisa que pudo el resto de la habitación, con ganas de terminar cuanto antes. Por suerte, no había mucho que ver, tan sólo una vieja pila, seca, bajo una de las ventanas. A la izquierda de la ventana, un armarito, y debajo de él, una estufa de hierro forjado.

Trixie abrió la puerta del armario; estaba vacío. Al ir a cerrarla oyó cómo un cuervo graznaba en el bosque. Asustada, se dio un golpe en la rodilla contra el mango de la estufa.

—¡Ay! —gritó espontáneamente.

—Por primera vez, desde que entrara en la cabaña, había levantado la voz. Al frotarse la rodilla notó que ya se le estaba formando un bulto.

—Ya he visto bastante —dijo Honey—. ¡Vámonos!

Trixie accedió de muy buena gana.

Cuando regresaban por el bosque, Trixie dijo:

—Deberíamos haber traído papel y lápiz, para ir anotando todo. Eso es lo que Wilhelmina habría hecho. En cuanto volvamos, lo haremos.



Las chicas se alegraron de estar ocupadas hasta la puesta del sol. Entonces, salieron de la casa a hurtadillas y corrieron al mismo lugar.

—Además —dijo Trixie—, ¡después de ver esa cabaña, el bosque no produce ningún miedo!

Cuando encontraron a Wilhelmina, siguieron el plan que se habían trazado en casa. Relataron los incidentes de los días pasados por orden, incluyendo lo de los cepillos desaparecidos, la foto caída, el misterioso golpe de viento, las pisadas de caballo a la medianoche, y la aparición que había asustado al agrimensor.

Wilhelmina lo escuchó todo con interés, fríamente, tomando notas. Les reprochó que hubieran vuelto a poner en su sitio los cepillos.

Al hacerlo, ese punto pierde toda su validez científica —dijo, estirando el cuello.

Lo del caballo de la medianoche le interesó mucho, pero aún más la historia de la aparición que había espantado al agrimensor…

Trixie se frotó las manos, emocionada. Todo estaba saliendo a las mil maravillas. Y ahora quedaba lo mejor, lo que habían reservado para el final.

Sin embargo, Wilhelmina no reaccionó ante la historia de la cabaña de Gunnar tal y como ellas habían supuesto.

—Llevadme allí enseguida —dijo.

Las chicas miraron a la mujer, y luego observaron la oscuridad que las rodeaba. Si había algo que querían evitar a toda costa era volver a esa cabaña en plena noche.

—Venga, venga —dijo Wilhelmina—. Si el fantasma fuera peligroso, ya habría dado muestras de su violencia. No hay nada que temer. Os doy mi palabra de investigadora.

La seguridad con que hablaba Wilhelmina tranquilizó a Trixie.

Cuando habla así, será porque conoce bien el asunto —pensó.

—Muy bien —dijo Trixie—. La llevaremos a la cabaña.

—Pero no podemos quedarnos mucho tiempo —advirtió Honey —. Tenemos que volver antes de que alguien note nuestra ausencia.

Wilhelmina miró en el bolsillo de su camisa para comprobar que tenía el papel y el lápiz. Luego señaló con el dedo el camino por donde tenían que ir.

Las chicas se habían puesto unas zapatillas de deporte, y se

habían untado las partes descubiertas con crema para protegerse de los insectos, antes de volver a donde estaba Wilhelmina. Así se les hizo menos molesta la excursión a la cabaña.

Al cabo de un rato, Trixie agarró a Wilhelmina del brazo, diciéndole:

—Ahí está.

Y se quedó parada, sin querer. Pero Wilhelmina fue hasta la puerta, y no les dejó otra opción que seguirla.

Wilhelmina sacó una linterna del bolsillo. Pulsó el botón, pero no funcionaba. Luego abrió la puerta de un empujón y entró. Honey y Trixie esperaron fuera, escuchando el zumbido de los mosquitos.

A los pocos segundos, la linterna se encendió y Wilhelmina dijo:

—¿Queréis pasar, por favor?

Trixie entró en la cabaña y miró a su alrededor. Al hacerlo, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

¡Lo que vio fue una habitación sucia y llena de polvo, y… completamente vacía!

Wilhelmina investiga los hechos • 8

TRIXIE buscó desesperadamente todo cuanto había visto anteriormente. Pero no quedaba nada. Ni el plato, ni la comida, ni la taza. La mesa, vacía, estaba cubierta por una gruesa capa de grasa. No había ningún sombrero colgado en la pared. La puerta del armario colgaba solamente de uno de sus goznes. Y el camastro no era sino un montón de muelles oxidados.

Tan sólo después de unas horas, la cabaña estaba sucia, llena de polvo y completamente abandonada. Ahora, a la luz de la linterna de Wilhelmina, Trixie veía telarañas en todos los rincones, y una película de polvo cubriéndolo todo. Las pisadas de dos personas en el suelo parecían ser los únicos indicios de que algo había alterado la paz ancestral de aquel lugar tenebroso.

Trixie intentó cruzar una mirada con Honey. Las chicas ya habían contrariado a Wilhelmina al volver a poner los cepillos en el armario. Ahora iba a creer que esto no era más que otra de sus bromas pesadas.

Ya no nos va a creer ni una palabra —pensó Trixie—. *Y por supuesto no nos enseñará nada más sobre los fenómenos psíquicos*.

Se volvió hacia Wilhelmina, con ánimo de disculparse, pero la mujer la interrumpió antes de que pudiese decir una palabra.

—¡Fascinante! —exclamó Wilhelmina James con los ojos brillándole detrás de las gruesas gafas—. Chicas, os habéis dado de bruces con una experiencia psíquica extraordinaria.

—¿Cómo? —dijo Trixie, perpleja.

Era increíble; Wilhelmina estaba completamente emocionada.

—Esto tiene todo el aspecto de ser una retrocognición —dijo Wilhelmina. Al ver la cara de asombro de las chicas, les explicó—: Es un término técnico, que significa «viajar al pasado».

Las dos amigas escucharon en silencio intentando relacionar la afirmación de Wilhelmina con su propia experiencia.

—¿Quiere decir que cuando estuvimos aquí esta tarde la casa estaba habitada, sólo que en realidad no ha sucedido esta tarde? —preguntó Trixie, algo confusa.

Wilhelmina la miró.

—Si tú te aclaras así, bueno. Como con todos los fenómenos psíquicos, la retrocognición no se comprende muy bien.

—Todo lo que sabemos es que, de vez en cuando, una persona puede encontrarse de pronto en un lugar, ante un suceso, que existió u ocurrió hace tiempo, pero que ya no existe. Son cosas difíciles de demostrar, porque es imposible probar que lo que se ha visto o escuchado es idéntico a lo ocurrido en el pasado. Pero al menos podemos comprobar que esas voces, esas visiones, no han sucedido en el presente.

—Me temo que he perdido el hilo —dijo Honey.

—Mmm —exclamó Wilhelmina James tratando de encontrar una explicación más sencilla—. Vamos a ver, aquí tenéis un ejemplo: hace poco, unos turistas manifestaron que habían escuchado los mismos sonidos, durante un viaje al norte de Francia, que aquellos que se oyeron durante la Batalla de Dieppe, en 1942, en aquel mismo lugar. Describían los mismos sonidos… los disparos de los cañones, los gritos de la gente… comenzando y terminando más o menos al mismo tiempo, aunque en noches diferentes. Por supuesto, a nadie se le ocurrió grabar en un magnetófono los sonidos de la Batalla de Dieppe, de modo que no podemos estar seguros de que fueran idénticos. Lo que sí podemos asegurar es que la batalla comenzó y terminó a las horas aproximadas en que los turistas declararon haber oído el fragor de la batalla. Y también cabe decir que nadie ha sabido darle otra explicación al suceso. Por ejemplo, el océano no suena igual a un campo de batalla, y no había nadie por allí, dando gritos. Y lo que es más, todos los turistas dicen que no sabían nada de la Batalla de Dieppe. Eso, naturalmente, no hay modo de probarlo.

—¿Y a nadie se le ha ocurrido que podrían haberse inventado todo eso? —preguntó Trixie con ansiedad.

—Eso es exactamente lo que piensa casi todo el mundo —le dijo Wilhelmina—, y es por lo que no están dispuestos a admitir que los fenómenos psíquicos existen. De todas formas, quienes han investigado el caso lo han hecho seriamente, y se fían de ellos. Los

turistas suelen contar el incidente de un modo casual, sobreentendiendo que eso le pasa a todo el mundo. Sólo cuando se enteran de que nadie más ha oído esos ruidos se dan cuenta de que han experimentado un hecho único, insólito.

—¿No podríamos hablar de estas cosas ahí fuera, por favor? —suplicó Honey.

Trixie miró en torno suyo; ella también prefería estar en cualquier otra parte.

—Bueno, chicas, vosotras podéis esperar fuera —dijo Wilhelmina—. Tengo que tomar un par de notas de lo que estoy observando con mis propios ojos. —Acto seguido, sacó su cuaderno y se concentró en su trabajo.

El bosque, fuera, tenía un aspecto tan siniestro como la cabaña, pero el aire fresco las alivió un poco.

—¿En serio crees que hemos experimentado algo ocurrido hace tiempo? —preguntó Honey.

—No lo sé —le dijo Trixie—. Hasta hace un minuto no he sabido que existiese tal posibilidad, fuera de las novelas o de las películas. Wilhelmina parece creerlo así, y de todo esto sabe bastante.

—¿Y si nos vuelve a pasar? —insistió Honey—. ¿Y si nos pasamos el resto de nuestras vidas visitando lugares y viendo cosas del pasado? ¡Ay, qué horror!

Trixie abrazó a su amiga, intentando decirle algo que la tranquilizase. Lo que acababa de decir Honey era terrible. Una cosa era resolver misterios, y otra tener visiones de un tiempo y lugar desconocidos. *Sobre todo si nadie te va a creer cuando lo cuentes* —pensó Trixie, que ya estaba acostumbrada a sufrirlo por propia experiencia.

—Habrá que preguntarle a Wilhelmina —le dijo a Honey.

La investigadora de fenómenos extraños salió de la cabaña minutos después.

—¡Muy interesante! —dijo con cara de satisfacción. Y, sin dar más explicaciones, tomó el camino de vuelta, seguida de Trixie y Honey.

—¿Hay más ejemplos de retrocognición? —preguntó Trixie intentando ir a su paso.

—Por supuesto —le dijo Wilhelmina—. El más famoso ocurrió en Versalles, en Francia. Dos profesoras británicas, muy respetables,

visitaron Versalles el 10 de agosto de 1901. Se metieron, por equivocación, por un sitio al que no tenía acceso el público y, según parece, pasaron casi toda la tarde trasladadas al año 1789. Pudieron observar las costumbres y modas de la época, incluso reconocieron a algún personaje que después vieron en los retratos de la Corte, por ejemplo, a Maria Antonieta, reina de Francia.

—Y esas mujeres… ¿volvieron a experimentar la retrocognición esa alguna otra vez? —le preguntó Honey.

—No. Volvieron a Versalles muchas veces, pero nunca consiguieron que se repitiera. En lugar de eso, pasaron el resto de su vida tratando de convencer a la gente de la veracidad de su experiencia. Todo aquello llegó a obsesionarlas, hasta tal punto que terminaron trastornadas, arruinando así su vida.

Trixie y Honey cruzaron miradas de verdadero pánico.

Wilhelmina, al darse cuenta de lo mucho que les había impresionado el relato, añadió:

—Aunque es posible que esas mujeres ya estuvieran un poco locas cuando les sobrevino aquello. Muchas otras personas han experimentado la retrocognición… sin consecuencias tan fatales.

Trixie suspiró profundamente, pero Honey seguía dándole vueltas a una cosa.

—Todavía no entiendo la causa de que ocurran esas cosas —dijo —. Me pregunto por qué les ocurre solamente a unas cuantas personas y por qué sólo sucede en ciertos lugares.

—Existen teorías al respecto —le dijo Wilhelmina—. Según la más popular, en tiempos de crisis, hay tanta energía emocional que se impregna en una zona. Y no hay tantos lugares que sean escenarios de crisis semejantes, por lo que la retrocognición sólo tiene lugar en esos sitios.

—En cuanto a la gente que las experimenta —prosiguió Wilhelmina—, parece ser, por alguna razón, que esas personas atraen esa energía psíquica. Y además están en el mismo lugar, en el momento justo. Los ruidos del fragor de la Batalla de Dieppe sólo se pueden oír en las mismas horas y en el mismo día del mismo mes en que aconteció.

—Ya lo entiendo —dijo Trixie—. La Revolución Francesa fue en 1789, y eso fue una crisis, ¡y menuda crisis!

—Exacto —dijo Wilhelmina—. Maria Antonieta… y,

seguramente, la mayor parte de los nobles del Palacio de Versalles… estaban a punto de ser detenidos y guillotinados. Eran tiempos de inestabilidad social, de radicalismo.

—Y, naturalmente, había una gran cantidad de energía concentrada —dijo Trixie, llevándose la mano a la garganta.

—Mmm —añadió Honey, reflexionando—. La verdad es que cada vez que me acerco a alguien que está enfadado o triste, yo lo percibo. Si hubiese un montón de gente preocupada por algo, ese algo permanecería en el aire… durante años, tal vez.

—Así es —dijo Wilhelmina, orgullosa de sus alumnas—. Esa clase de sensibilidad puede haberte hecho capaz de experimentar la retrocognición.

A Honey no parecía agradarle que le sucedieran cosas de este tipo.

—Lo que no comprendo —continuó—, es por qué Trixie y yo tuvimos la experiencia en esa cabaña. Allí no había nadie…

—Ahora no, pero entonces sí —dijo Wilhelmina, levantando los ojos—. Yo diría que entrasteis en esa cabaña momentos después de que Gunnar Bjorkland saliera corriendo, perseguido por los linchadores.

Dicho eso, ya no parecía que faltara nada por explicar. Entonces las chicas dejaron sola a Wilhelmina y regresaron a la casa.

Honey estaba pálida, asustada. No volvió a pronunciar ni una sola palabra hasta que Trixie alargó una mano, para apagar la luz del cuarto, antes de dormirse. Entonces, exclamó:

—¡Ay, Trixie, me muero de miedo!

—¿Miedo de qué? —preguntó Trixie tranquilamente.

—De regresar al pasado otra vez —contestó Honey con un nudo en la garganta.

—No es para tanto —replicó su amiga.

—Sí, pero ahora que sabemos de qué se trata… —añadió Honey.

—Mira, no tenemos por qué volver a esa cabaña nunca más —concluyó Trixie con ánimo de tranquilizarla.

—¡Eso no tiene nada que ver! Yo creo que podría ocurrirme en cualquier momento, en cualquier sitio. ¡Me siento indefensa! —dijo Honey tapándose con la manta hasta la barbilla. Estaba absolutamente aterrorizada.

Trixie no sabía qué decir. Honey percibía, desde luego, los

sentimientos de los demás con más fuerza que la mayoría. Tal vez eso le hiciera más propensa a la retrocognición.

Es posible que la única razón que explique el que yo la haya experimentado sea por haber estado con Honey en ese momento —pensó Trixie.

—Ojalá supiera por qué ocurrió —dijo Honey—. Y si todo ha sido por mi culpa. Entonces no tendría la impresión de estar a punto de atravesar el túnel del tiempo en cualquier momento.

—Eso lo averiguaremos antes de dejar Minnesota —le dijo Trixie—. Te lo prometo.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, se comportaron con la mayor naturalidad, como si nada fuera de lo común hubiese ocurrido. Nadie observó nada extraño en ellas y nadie les hizo ninguna pregunta que pudiera comprometerlas. Sin embargo, Trixie notó que Honey estaba pálida y retraída, y le pareció que Regan las miraba con recelo, pero al final no hubo comentarios.

No habían acabado de desayunar cuando sonó el teléfono; Bill Murrow descolgó el auricular. Conforme iba hablando, las respuestas se fueron haciendo cada vez más breves. Su última frase, antes de colgar violentamente, fue: «¡Te conozco desde hace más de veinte años, Lars Anderson, y se te han ocurrido cosas absurdas, pero ésta bate todos los récords!».

Bill regresó a la mesa, apartó la silla, y la soltó con tanta fuerza que por poco la destroza. Luego cogió su taza de café y la dejó en la mesa bruscamente. Miró a los demás comensales, y cuando vio que todos le estaban mirando, dijo:

—Lars Anderson espera visita la semana que viene. Vienen de la gran ciudad, y no sabe qué hacer con ellos para no aburrirlos. Así que ha pensado en traerlos aquí alguna noche para que vean a nuestro fantasma.

Pat Murrow soltó una carcajada, pero enseguida agachó la cabeza y se quedó mirando el plato.

Su madre se lo había tomado más a pecho porque se le ocurrió decir:

—¡Es la idea más absurda que he oído en mi vida!

—Eso es lo que le he dicho yo —dijo Bill Murrow.

En ese momento, el teléfono volvió a sonar. Esta vez se levantó Charlene y volvió a la mesa echando chispas.

—Era Mark Onsgard —dijo muy indignada—. Quería saber si sus scouts podían acampar aquí una noche «porque todo el mundo quiere ver al fantasma» —añadió, imitando burlonamente el tono de voz del señor Onsgard.

Después, como queriendo olvidarlo, se puso a quitar la mesa, sin preguntar siquiera si alguien quería más.

Los demás se fueron enseguida, para no estorbar. Bill Murrow seguía enfadadísimo. Pero Pat les dijo a las chicas:

—No es que me guste que esto se llene de cazadores de fantasmas, pero es curioso ver cómo circulan las noticias por aquí. Por estos lugares, lo que le ocurre a uno, le ocurre a todos… es como si la tierra perteneciera a todos por igual.

—Queda muy bonito, dicho de esa manera —dijo Trixie.

—¿Y por qué no intentáis explicárselo a papá y a mamá? —preguntó sonriendo.

—¡Ni hablar! —dijo Trixie con firmeza.

Los tres seguían riéndose cuando oyeron que alguien se acercaba al rancho. Era Burke, que venía en su camión a gran velocidad.

—Mi teléfono no ha parado de sonar —dijo con una sonrisa de oreja a oreja al llegar al corral—. Se ha propagado la noticia del fantasma, y la gente quiere saber de qué va el asunto. ¡Están solicitando los apartamentos para poder verlo! ¿A que es fabuloso? —añadió mirando en torno suyo pero sólo encontró malas caras—. Eh, eh, aguardad… no me he explicado. Esto significa que el trato sigue en pie. Si la gente quiere fantasmas, ¡les daré fantasmas! ¡Toda una ciudad fantasma! No cambiaré ni un solo detalle cuando os hayáis marchado. Dejaré que crezcan las telarañas, y puede que monte un kiosko de recuerdos en los establos. ¡Me voy a forrar! Ya a venir gente de todas partes del Estado… —terminó diciendo a grito pelado.

—Olvídalo —gritó Bill Murrow, interrumpiéndolo—. Yo estaba dispuesto a vender esto y a instalarme en otra región. Estaba dispuesto a dejar que tirases abajo el rancho, en el que nací y crecí, con tus repugnantes grúas. Pero de ninguna manera voy a consentir que conviertas mi casa en un señuelo para turistas, para que unos cuantos chiflados vengan a ver un fantasma que no existe.

Bill se iba acercando a Burke mientras hablaba, y éste retrocedía, para mantenerse fuera de su alcance. Y cuando Bill dio

por concluido su discurso, ya tenía Burke un pie en su camión. Bill le abrió la puerta y le invitó a pasar con una grotesca reverencia.

—Entra —dijo— y lárgate.

Y dándole la espalda, se alejó, enfurecido. Burke arrancó el camión rápidamente.

Trixie y Honey aplaudieron con entusiasmo la actuación de Bill y Pat echó su sombrero al aire.

—¡Así se habla, papá! —exclamó.

—Sí, pero, en resumidas cuentas, serás tú el que herede este rancho, y estarás con deudas hasta el cuello —contestó.

—¡Trato hecho! —dijo Pat.

Después del altercado, las cosas parecieron volver a la normalidad. Honey estaba pendiente del menor gesto de Pat… y al mismo tiempo, según advirtió Trixie, miró con recelo, a su alrededor, antes de entrar en la casa y en los establos.

A la hora de ir a la cama, Trixie creyó por un momento que Honey había superado el miedo. Se pusieron a hablar sobre lo ocurrido ese día, comentando las cosas que les contarían a los demás Bob-Whites a su regreso a Sleepyside. A Trixie se le cerraban los ojos pero ni siquiera esto hacía callar a su amiga.



De un momento a otro tendré que apagar la luz —pensó Trixie, mientras decía en voz alta:

—El ambiente está un poco cargado, aquí dentro… ¿Te importa si abro la puerta que da al pasillo?

Honey accedió de muy buena gana y, al ver que entraba luz del corredor, se durmió enseguida.

Tengo que hacer algo para que Honey recobre la confianza —pensó Trixe—. *¡Sería un desastre si regresa a Sleepyside y vuelve a ser tan miedosa como cuando la conocí!*

Trixie estuvo dando vueltas en la cama un buen rato, tratando de idear algún plan para ayudar a su amiga. Pero no se le ocurría nada.

—Necesito una explicación contundente de esa retrocognición… y pronto —susurró en la oscuridad—. Pero los estudiosos llevan años buscándola… y aún no lo han logrado.

Finalmente, Trixie se durmió. En sus sueños, volvió a revivir su primera visita a la cabaña de Gunnar Bjorkland. Sintió el olor a comida recién hecha, sintió el aroma del café. Olió la humedad del armario al abrirlo. Oyó el graznido del cuervo, y volvió a sentir el dolor en la rodilla, al golpearse contra el mango de la puerta de la estufa.

Entonces se despertó de un sobresalto. Se sentó en la cama.

—¡Claro! —exclamó—. ¡Eso lo explica todo!

Una búsqueda frenética • 9

TRIXIE miró a Honey. Ésta había murmurado algo entre sueños, pero la exclamación de Trixie no la había despertado.

Trixie estuvo a punto de llamarla, pero no lo hizo. Estaba convencida de haber encontrado un argumento que explicaba la retrocognición. De hecho, tenía pruebas de que todo el incidente era falso… y también creía saber quién era su autor.

Pero ¿y si no lograba convencer a Honey? Su amiga estaba tan asustada por la experiencia (y por la posibilidad de que se repitiera algo parecido) que tal vez no atendiera a razones.

Y en tal caso, si la despierto en medio de la oscuridad, lo único que conseguiré será que vuelva a tener miedo —pensó Trixie—. Así que decidió dejarla dormir para que pudiera reponer sus fuerzas.

El resto de la noche lo pasó Trixie metida en un sueño ligerísimo, temerosa de que uno más profundo le hiciera olvidar su descubrimiento. Cada vez que se despertaba, sentía el pánico, pero enseguida lograba coger el sueño, tranquilizándose al recordar que ella conocía el secreto de todo aquello.

Hacia el alba, Trixie cayó en el más profundo de sus sueños… pero unos gritos la despertaron. Se incorporó, desconcertada, tratando de explicarse el motivo del escándalo. En la otra cama, Honey parecía estar haciendo lo mismo.

Pat Murrow era el que más gritaba. Trixie sólo distinguía las palabras más altisonantes de cada frase:

—… desapareció… claro que estaba cerrada… la tiró abajo de una coz… un caballo fuerte.

—¡Oh, no! —exclamó Trixie, saltando de la cama y abriendo bruscamente el cajón de la cómoda—. ¡Aladín se ha escapado!

Las chicas se vistieron tan deprisa como pudieron. Al irrumpir en el recibidor, estuvieron a punto de darse de bruces contra Bill Murrow, que se estaba subiendo las mangas de la camisa al salir de

su dormitorio. Fuera, en la cocina, Charlene estaba friendo el tocino. Salió con la espumadera en la mano y se quedó de piedra al enterarse de lo que había ocurrido. Pat y Regan, que hasta se habían puesto el sombrero y los guantes, estaban en la entrada de la casa. O bien habían vuelto de buscar al caballo, o bien estaban a punto de salir.

Bill fue a su lado y abrió la puerta de par en par.

—Que cada uno coja un caballo —dijo, volviendo la cabeza—. Nos separaremos en grupos y pondremos patas arriba todo este maldito condado, si es necesario.

Pat, Regan, Trixie y Honey fueron corriendo detrás de Bill. Entraron en los establos, y ensillaron rápidamente los caballos. Antes de que acabaran, ya Charlene se les había unido después de ponerse unos pantalones vaqueros y unas botas de montar. Por la naturalidad con que puso la manta y la silla al caballo, Trixie se dio cuenta de que sabía perfectamente manejar los caballos y que estaba acostumbrada a ello.

Inmediatamente, se separaron en tres grupos… Bill y Charlene, Pat y Honey, y Trixie y Regan.

Por lo menos Honey estará a solas con Pat —pensó Trixie, pero enseguida se avergonzó de haber pensado eso.

Trixie ya sabía, por experiencia, que sería inútil tratar de buscar las huellas del caballo por el rancho. Bill y Pat descartaron el bosque: los abejorros se hubieran encargado de sacar el caballo de allí, si es que se había arriesgado a meterse entre los árboles. Bill tampoco creía que Aladín hubiera vadeado el río.

—Aparte de eso —dijo Bill— yo no os puedo decir nada. Nosotros seguiremos el río hasta más allá del terreno de Burke. Los demás id hasta la carretera y al llegar os separáis.

Entonces azuzó a su caballo y salió a un medio galope, en compañía de Charlene.

Regan siguió el mismo camino por el que Pat había conducido a Trixie y a Honey el día del paseo. Cabalgaron deprisa, pero a un paso que les permitiese ir observando los alrededores, en busca de algún rastro del caballo.

Trixie tenía la boca seca. El hambre hacía que se le encogiera el estómago. Pero dejó de preocuparse de esas sensaciones e intentó ir al paso de Regan. En su cerebro todavía resonaban las palabras de

Charlene Murrow, aquel primer día, en el corral: «Las pesadillas me acosan, advirtiéndome que algo malo va a pasarle a ese caballo».

Trixie trató de alejar de su mente esos pensamientos. No quería que nada la distrajera, que nada le impidiera encontrar a Aladín o algún rastro de sus huellas.

Pero no logró descubrir nada.

El sol ya estaba bien alto en el cielo cuando Regan sujetó con las riendas a su caballo, para que descansara.

—Hemos estado en todos los sitios que yo conozco por este lado. Pero todo ha sido inútil —le dijo a Trixie, mientras se limpiaba el sudor de la frente—. Y no haríamos ningún favor a nadie perdiéndonos, así que más vale que regresemos cuanto antes.

Trixie asintió. Estaba casi desfallecida de hambre, y, aunque jamás lo habría reconocido, agradeció el descanso.

En el rancho, los caballos que Bill y Charlene habían sacado esa mañana estaban amarrados al corral, todavía ensillados y con las bridas puestas. Al llegar, Trixie y Regan ataron los suyos junto a los otros y entraron en la casa.

Bill estaba sentado a la mesa de la cocina, removiendo su café distraídamente. Charlene se había puesto a freír más tocino. Los dos miraron a Regan y a Trixie con ansiedad, cuando entraron. Por sus caras tristes, comprendieron que no se había resuelto nada, así que se limitaron a bajar la vista para que no se notase la decepción que estaban sintiendo.

—¿Pat y Honey siguen fuera? —preguntó Trixie.

—Aunque no creo que vaya a servir de nada —contestó Bill Murrow, dando a entender su pesimismo.

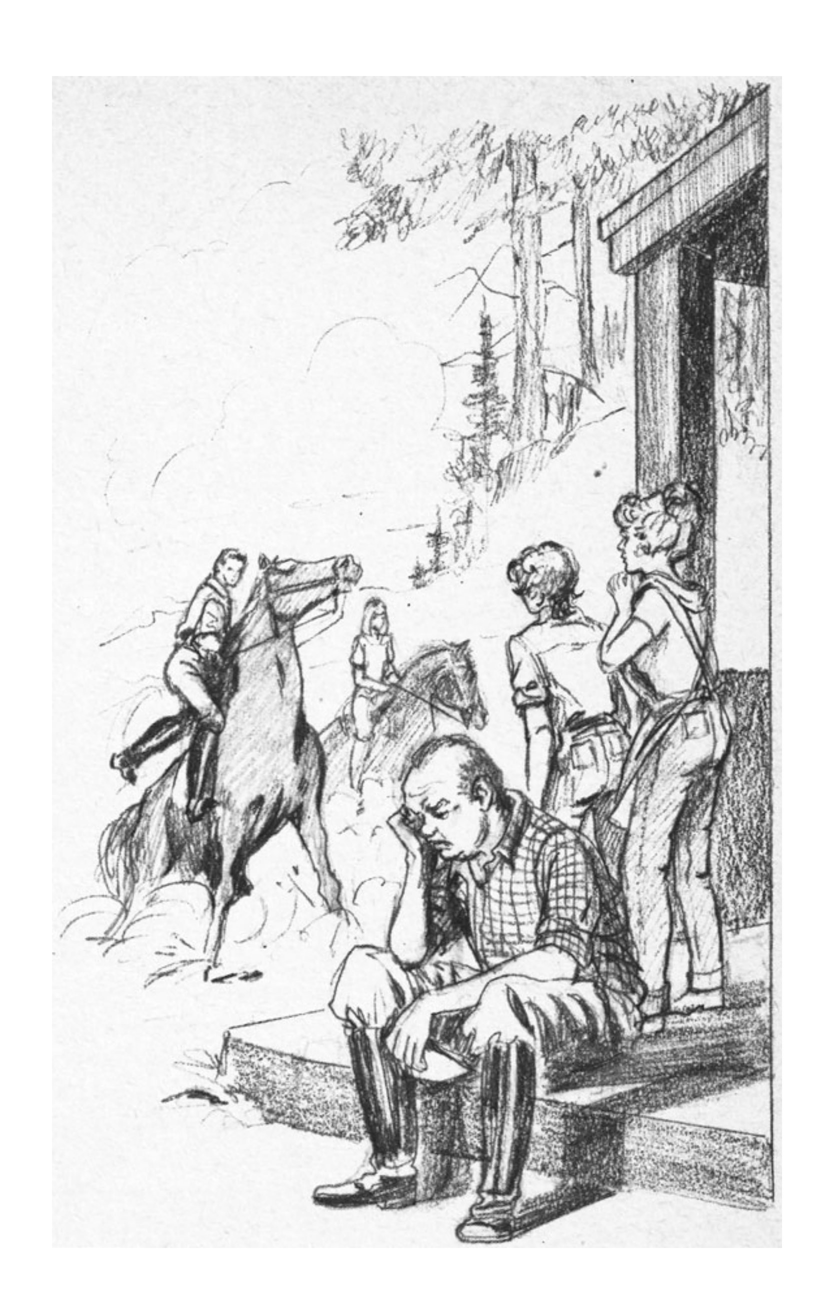
Charlene estaba sirviendo el desayuno cuando llegaron, finalmente, Pat y Honey. Los dos habían perdido el color, y se les veía tristes y cansados. Charlene los acogió como una gallina a sus polluelos, dándoles una taza de café con leche muy caliente y poniendo a freír la tercera tanda de tocino de la mañana.

—No hubo suerte ¿verdad? —preguntó Bill de tal forma que no era necesario responder.

—Hubiera abandonado la búsqueda hace un buen rato, pero Honey se empeñó en seguir —dijo Pat admirando la decisión de la chica.

—Sólo quería asegurarme de que habíamos indagado por todo el

terreno —dijo Honey



—Has hecho lo que has podido —le dijo Pat con dulzura.

Ésta es la mirada más cálida que he visto dirigirle a una mujer —pensó Trixie.

Honey le devolvió la sonrisa a Pat.

—Cuando acabemos de desayunar, iremos a avisar a los vecinos —le dijo Bill a Pat—. Puede que el caballo aparezca en el rancho de alguno de ellos para buscar comida, cuando se canse de buscar el forraje él solito.

—¿Lo tenían asegurado, a Aladín? —preguntó Trixie tímidamente.

Bill se encogió de hombros.

—Está asegurado por lo que nos costó, pero no por lo que él vale. Y para determinar lo que vale sólo tenemos mi palabra y la de Pat. Las compañías de seguros están hartas de reclamaciones exageradas de los rancheros que se han arruinado.

—¡Nosotros no estamos arruinados! —dijo Pat, muy ofendido.

—Bueno, eso depende de que Aladín aparezca en los dos próximos días. Después… después el Rancho del Buen Refugio pasará a ser un rancho fantasma, de un modo u otro —dijo levantándose muy despacio, como si de repente hubiera envejecido —. Gus ya debería estar aquí. Será mejor que vaya a contarle lo que ha pasado. Luego podemos empezar a contárselo a los vecinos.

—¡Gus! —exclamó Trixie de repente en un tono de voz tan alto que todos se quedaron mirándola—. Olvidé que él todavía no sabe nada de lo ocurrido —dijo sonrojándose.

Esa explicación pareció satisfacer a todos excepto a Honey, que siguió mirando fijamente a su amiga. Y eso era exactamente lo que Trixie quería. Con un gesto le indicó que fuera a su dormitorio. Honey pidió disculpas, aduciendo que necesitaba acostarse un rato, y Trixie la acompañó a la habitación.

—¿Qué ocurre, Trixie? —preguntó Honey—. Esa mirada tuya ya la conozco.

Trixie se dejó caer en la cama, pero enseguida se levantó y se puso a recorrer la pequeña habitación una y otra vez, como una fiera enjaulada.

—Ya sé lo de la retrocognición, Honey. Me di cuenta en un sueño, anoche. Eh, eh, ya sé lo que estás pensando… —dijo levantando una mano para impedir que Honey la interrumpiera,

pero en ese instante sintió que le venía a la mente una nueva idea.

—¡Oye, apuesto a que también sé dónde está Aladín! ¡Escucha! —dijo con aire de misterio.

Brevemente, le contó su sueño, la conclusión que había extraído a partir de él, y su teoría sobre la desaparición de Aladín.

—Parece que todo concuerda —dijo Honey—. Pero ¿qué podemos hacer nosotras?

—¡Hacerle frente! —dijo Trixie, entornando los ojos con determinación.

—¿No será mejor decírselo antes a Charlene y a Bill? —sugirió Honey.

—¿A qué te refieres? ¿A lo de la retrocognición? ¿O a lo de nuestras escapadas de todas las noches para ir a ver a Wilhelmina James? Yo creo que eso más vale mantenerlo en secreto, si no queremos que nos manden de regreso a casa en el próximo autobús. Y en casa, nos tendrían un mes castigadas, sin salir. Yo, desde luego, no voy a decirles nada —dijo Trixie.

—Tienes razón —admitió Honey—. Tendremos que arreglárnoslas las dos solitas. Y ojalá no te equivoques con lo de la retrocognición, aunque espero, por otro lado, que lo que sospechas de Aladín no sea cierto.

—Te comprendo —dijo Trixie—. Pero recuerda que lo importante es recuperar el caballo, y rápido.

Y sin más, las chicas salieron del cuarto. Cuando iban camino de la cocina, Charlene les salió al paso.

—¿Ya os habéis levantado? —les preguntó—. Deberíais descansar un poco más. ¡La mañana ha sido tan ajetreada!

—Me pareció que un paseo me haría bien. Si no estiro ahora las piernas un poco, ¡no podré volver a andar nunca más! —dijo Honey con una sonrisa forzada.

—Vale, pero no quiero que os canséis más de la cuenta —les advirtió Charlene.

Cuando llegaron a las cuadras encontraron a Gus solo, cepillando a uno de los caballos que había participado en la búsqueda, esa mañana.

Regan debe de haberse ido con Paty con Bill. Hasta ahora, no nos ha abandonado la suerte —pensó Trixie.

—Hola, Gus —dijo con una naturalidad fingida.

—Hola —repuso Gus intentando sonreír, pero sin lograrlo.

—Lo de Aladín es una pena ¿verdad? —preguntó Trixie—. Y digo yo… ¿y si fue el Jinete Fantasma el que se ha llevado al caballo? Sería muy propio de su forma de actuar, ¿no?

—El viejo Gunnar no robó nunca un caballo —murmuró Gus, sin dejar de cepillar al que tenía delante.

—En eso tienes razón —dijo Trixie—. Me figuro que tú sabes mejor que nadie lo que el fantasma hace o deja de hacer. Lo que quiero decir, Gus, es que tú eres el fantasma, ¿me equivoco?

Gus se incorporó con dificultad, poniéndose las manos en los riñones.

—¿Cómo lo habéis sabido? —preguntó.

—Gracias a un sueño —le dijo Trixie—. Cuando estábamos en la cabaña, nos pareció que el fantasma acababa de salir, porque el café y los guisantes todavía estaban calientes. Pero al soñar con eso anoche, caí en la cuenta de que el horno estaba frío cuando tropecé con él. Y un horno frío nada tiene que ver con un plato caliente… ni siquiera en un mundo de fantasmas. Entonces supe que todo era un montaje. Y eso significa que el fantasma eres tú, ya que eres el único que estaba enterado de que nosotras sabíamos lo de la cabaña.

Gus hundió el talón de su bota en la paja.

—No se me ocurrió que fuerais a mirar por toda la cabaña —dijo mirando al suelo—. Creí que os entraría miedo enseguida y que iríais corriendo a casa a contar a todo el mundo lo del fantasma.

—Y lo mismo pensaste cuando nos gastaste las otras «bromitas» —dijo Trixie, entendiendo que Gus también tenía mucho que ver con ellas.

—Bueno, ¿y por qué creéis que lo hice todo? —dijo Gus con un poco de rabia—. En cuanto os dije que a la señora Murrow no le hacía ninguna gracia que le hablaran de fantasmas, pensé: *«.¡Claro! Y seguramente tiene toda la razón. ¿Quién va a querer un rancho maldito? Ese mezquino de Burke se largará de aquí, en cuanto se entere»*. Y entonces me puse a asustaros.

—Esconder los cepillos y lo demás quizá te haya resultado facilísimo —dijo Trixie—. Pero ¿cómo te las arreglaste con los otros trucos?

—Hacer que se cayera la foto tampoco supuso ningún problema

—dijo Gus—. Cuando iba para el baño, me paré un segundo en la sala de estar. Saqué el clavo un poco… con lo cual el cuadro no tardaría en caerse, al menor soplo de viento o al primer portazo.

—Y a nadie se le ocurrió pensar que pocos minutos antes te habías levantado de la mesa —dijo Trixie lamentando no haber caído en la cuenta entonces—. Después de eso, el fantasma se encabritó un poco, ¿no?

—No tanto —dijo Gus—. Para el golpe de viento, no tuve más que meterme debajo de vuestra ventana con un viejo fuelle de herrero. ¡Fuuuuuú! —exclamó imitando exageradamente el soplo del fuelle—. Luego utilicé un magnetófono para que oyerais la galopada. Había grabado la cinta en mi casa… poniéndola en marcha mientras yo mismo iba cabalgando —añadió sonriendo con malicia al ver que las estaba dejando asombradas—. El que no me gusten los coches no quiere decir que esté chapado a la antigua.

A pesar de todo, Trixie le sonrió al viejo.

—Y debiste quedarte hecho polvo al ver que no íbamos contándole a todo el mundo lo de los fantasmas.

—Exactamente. Reconozco que sois unas chicas duras de pelar —dijo Gus.

—Y entonces decidiste asustar a otras personas, como por ejemplo, al agrimensor —dijo Honey.

—Ja, ja. Ese tipo sí que se asustó de veras —dijo Gus—. Sólo tuve que esconderme entre los matorrales y asomarme al ver que miraba hacia allí con su aparato. ¡Y como podéis comprender, mi cabeza no anda sola por ahí… la tenía encima de los hombros! Pero él tampoco se detuvo a mirarme mucho rato.

—Ése fue el truco más fácil de todos, y el que funcionó mejor —opinó Trixie.

—¡Ya lo creo! Si llego a saber que ese tipejo iba a decirle a todo el mundo que había visto un fantasma, podría haberme ahorrado todo el trabajo de la cabaña —dijo Gus.

—¡Entonces tú fuiste el que organizaste todo lo de la retrocognición! —exclamó Honey, suspirando como si le hubiesen quitado un grandísimo peso de encima.

—Yo de eso no sé nada —dijo Gus, poniéndose muy serio.

—La palabreja ésa sólo significa «hacer el fantasma», más o menos —se apresuró a decir Trixie, con la intención de que Gus no

se mostrara receloso—. ¿Y cómo lo hiciste?

—Bah, fue muy sencillo. Sabía que iríais a la cabaña en cuanto oyeseis hablar de ella, así que esperé a que salierais para allá. Luego tomé un atajo y os adelanté. Puse unos platos, los guisantes, serví el café que había traído en mi termo, y colgué el sombrero. Quería haberlo dejado todo bien calentito, pero me pasé de listo. No me dio tiempo ni a recoger el tenedor al oíros llegar.

Honey estaba decepcionada.

—Eso no debiste haberlo hecho… —le dijo en tono de reproche— ¡y nosotras que pensábamos que era una pista importantísima!

Gus, sin embargo, parecía satisfecho consigo mismo.

—Pero ¿cómo deshiciste todo el lío? —preguntó Trixie—. Cuando volvimos, más tarde…

—¿Que volvisteis? —le interrumpió Gus—. ¡Desde luego, sois el colmo!

—Pues sí; volvimos —se apresuró a decir Trixie, que no estaba dispuesta a explicar por qué o con quién—. Y todo estaba distinto, como si no hubiese habido nadie allí desde hacía muchísimos años. ¿Cómo lo hiciste?

Gus resopló.

—Yo lo único que hice fue recoger todas mis cosas y salir pitando de allí —dijo.

—Pero las telarañas, el polvo en el suelo, la grasa de la mesa… —recordó Trixie, desconcertada.

—Probablemente estaban ya allí cuando entramos la primera vez —dijo Honey— pero no nos fijamos.

—Y eso es lo único que nos pasó desapercibido —dijo Trixie, enigmáticamente—. Si hubiésemos visto las huellas de Gus en el polvo, no habríamos caído nunca en la trampa. Te habrías ahorrado un montón de preocupaciones, de haber sido más observadoras.

Honey le sonrió a su amiga, agradecida.

—Yo también podría habérmelas ahorrado —concluyó.

Trixie estaba experimentando sentimientos en cierto modo contradictorios. Por una parte, sentía rabia hacia Gus, por el miedo que había hecho pasar a su amiga, y por otra parte sentía una enorme tranquilidad, al haber resuelto ese asunto, al menos.

—Y ahora, Gus —dijo con voz solemne—, dinos dónde has metido a Aladín.

Nuevas averiguaciones • 10

AL PRINCIPIO, Gus se quedó sorprendido, pero, al darse cuenta de que se le estaba acusando, se enfadó muchísimo.

—Yo no me he llevado el caballo —dijo.

—¡Pero si acabas de admitir que eras el fantasma! —dijo Trixie.

—Claro. Hice todo eso para echar a Burke de estas tierras. Y casi meto la pata, porque lo único que conseguí fue construir una ciudad fantasma. Menos mal que el pequeño Bill decidió no vender. Eso es lo que yo quería. ¿Para qué iba yo a robar el caballo entonces? —dijo poniéndose cada vez más furioso—. Chicas, sois duras de pelar, pero os falta un poco de sentido común.

—Tiene razón —dijo Honey, al comprender que Gus no tenía ningún motivo para robar el caballo.

—Y entonces… ¿quién se ha llevado a Aladín? —preguntó Trixie.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Gus—. Aladín es un corcel de extraordinaria bravura. Prefirió marcharse. Eso es todo. Son cosas que pasan, de vez en cuando.

—Supongo que sí —dijo Trixie, pero, tratándose de ese caballo, sabía perfectamente que no era cierto.

—Además —añadió Gus, a quien le duraba el enfado lo suficiente como para insistir en su argumentación—, ¿qué ladrón podría haber echado la puerta del establo abajo de una patada? ¡Si arrancó la puerta de los goznes! Mirad —dijo señalando el establo vacío.

Por curiosidad, Trixie se acercó al establo de Aladín. La puerta, destrozada, estaba apoyada contra la pared, prueba de que no tenía a nadie a quien guardar. Las bisagras colgaban de la puerta, con los tornillos en su sitio pero rodeados de trozos de madera astillada.

Trixie se quedó estupefacta, al ver aquellos signos, inequívocos, de violencia. Inspeccionó las jambas, metiendo el dedo en los

profundos agujeros de los cuales habían arrancado las bisagras. Luego fue al otro lado de la puerta del establo, para ver los daños allí.

—¡Eh, aguardad un minuto! —gritó—. ¡Mirad esto!

Honey se acercó y se agachó para ver mejor.

—A mí me parece normal —dijo incorporándose—. Normalísimo.

—Exacto —dijo Trixie mirando a Gus—. Explícame tú cómo es posible que un caballo pueda echar abajo la puerta del establo de una coz, sin dañar el cerrojo.

Volvió a examinar la puerta de nuevo.

—No, esperad —dijo con cierto sarcasmo—, no hace falta que me lo expliquéis. El caballo quitó el cerrojo antes de pegar la coz, ¿no?

Gus examinó la jamba de la puerta en silencio. Entonces le dijo a Trixie:

—Bueno, tendré que retirar lo dicho. ¡Eres la chica más lista que he conocido! El tonto soy yo. Tendría que haberme dado cuenta de eso desde el principio.

Honey procuró tranquilizarlo.

—Estabas nervioso. Todos lo estábamos —le dijo. Luego, volviéndose a Trixie añadió—: El que no fue tan listo fue el ladrón. ¿No sabía él lo sospechoso que resultaría ese detalle?

—Puede que no —repuso Trixie—. O quizá sí, pero no tuvo más remedio que hacerlo de ese modo. Acuérdate de que Pat y Regan duermen aquí arriba. El ladrón no podía arriesgarse a dar más que un par de golpes.

—Está bien; de acuerdo —dijo Honey—, ya sabemos que hay un ladrón. Pero ¿quién ha podido ser?

—Yo no —dijo Gus.

—No —dijo enseguida Trixie—. Tú no. En eso la que metí la pata fui yo. Tú lo que querías es que los Murrow se quedaran aquí, mientras que el ladrón lo que pretende es que vendan. Entonces, ¿quién…?

Trixie ni siquiera terminó la frase: la respuesta estaba clara. Miró a Honey; ella también se había dado cuenta.

Fue Gus quien se atrevió a pronunciar el nombre en voz alta:

—Burke —dijo con resentimiento.

—¡Naturalmente! —dijo Trixie—. Se lleva a Aladín, lo tiene escondido hasta que Bill se resigne a vender, y luego se las arregla para que el caballo vuelva a casa, si es que no lo vende en alguna otra parte del país, donde nadie pueda identificarlo.

—No podría venderlo en ningún sitio —dijo Gus—. Aladín tiene su identificación tatuada en el hocico. El que lo comprara, sabría enseguida quién era su dueño.

Trixie entonces rechazó esa posibilidad.

—Bueno, no lo vendería pero, por ejemplo, podría… —dijo abriendo los ojos como platos.

—Podría meterle una bala entre los ojos —dijo Gus.

—¡Eso no podemos consentirlo! —dijo Honey—. Hay que hacer algo… pero ¿qué?

—Enfrentarnos a Burke —dijo Trixie.

—Un caballo muerto es más fácil de esconder que uno vivo —afirmó Gus— sobre todo si Burke se da cuenta de que todas las sospechas recaen sobre él.

Honey se estremeció.

—Deberíamos decírselo a Charlene y a Bill, para ver qué les parece todo esto. Ellos son los más perjudicados en este asunto.

—Por eso, precisamente, no debemos decirles nada… todavía —dijo Trixie—. Bill se pondría tan furioso que lo estropearía todo… iría a por Burke él mismo… o le pediría al comisario que lo hiciera. Y de una manera u otra, Burke sabría que andaban persiguiéndolo, y entonces es cuando trataría de deshacerse del caballo cuanto antes.

—Pero entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó Honey, impaciente.

—En primer lugar, encontrar al caballo —dijo Trixie—. Una vez que esté a salvo, nos dedicaremos a demostrar la culpabilidad de Burke. Mientras tanto —concluyó, mirando alternativamente a Honey y a Gus—, esto debe quedar en secreto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestaron los dos al unísono.

—Bueno, ¿y cómo nos las arreglamos para encontrar a Aladín? —preguntó Honey.

—Empezaremos dando ese paseo que le prometimos dar a la señora Murrow —dijo Trixie—. Y nos iremos, paso a paso, hasta el Terreno de Burke.

Las chicas se despidieron de Gus y se pusieron a pasear por la carretera.

—Necesitamos toda la información que podamos conseguir —le dijo Trixie a Honey—. Si Burke no está allí, mejor. Alguien habrá con el que podamos hablar junto a las máquinas excavadoras.



Los ruidos de la construcción aumentaron conforme Trixie y Honey fueron acercándose a los terrenos. Para su sorpresa, el remolque no estaba allí, y en su lugar había un letrero donde podía leerse: ABIERTO APARTAMENTO PILOTO.

Las chicas sortearon profundos hoyos excavados, y maderas ya serradas.

—Oye —dijo Trixie—. ¿Por qué habrán sacado la oficina del remolque? Aquí es un desastre.

El apartamento piloto estaba en la planta baja. Estaba abierto, sí, pero aún no estaba terminado del todo. Habían puesto los suelos con láminas de contrachapado, y con cuatro maderas indicaban dónde iba cada habitación. Los únicos muebles que había eran una

mesa y dos sillas plegables, que habían puesto en la sala de estar. Detrás de la mesa se veía un enorme agujero, en la pared, que algún día se convertiría en uno de los ventanales que darían al bosque y al río.

Una joven se levantó de una de las sillas para recibirlas.

—Me llamo Curthey Dahl —dijo, elevando la voz para que la pudieran oír a pesar del ruido que había fuera—. Bienvenidas al Terreno de Burke. Qué, chicas, ¿os interesa un apartamento? —sonrió para que supieran que lo decía en broma.

—A nosotras, no —dijo Honey, sonriendo también para que la joven comprendiera que lo había captado—. Pero a mi padre, tal vez. Le gusta el aire libre, y tengo entendido que esta parte del país es ideal para la caza y la pesca.

Honey habló de una manera sofisticada y la señorita Dahl empezó a creer que la cosa no iba en broma, después de todo. Pasó a darles toda clase de detalles, enseñándoles un plano de los apartamentos de uno de los complejos que ya estaban proyectados. Subrayó lo que ella llamaba «actividades recreativas», tales como una piscina, cuatro pistas de tenis, y una zona de meriendas a la orilla del río.

Trixie tuvo que reconocer que el plan era estupendo. *Si no estuviera al lado del rancho de los Murrow…* —se dijo.

—El año que viene, con la primavera, todo estará construido —afirmó la joven.

Inconscientemente, las dos se sorprendieron mirando, estupefactas, el apartamento piloto y los materiales de construcción, que estaban ya preparados.

—Las cosas irán muy deprisa a partir de ahora —dijo la señorita Dahl—. Por eso insistimos para que la gente haga sus reservas cuanto antes. Si me das el nombre de tu padre, y su número de teléfono, podría…

Trixie la interrumpió, para suplir a Honey en el interrogatorio.

—Siempre he oído decir que lo más importante en una constructora es la firma del constructor… es decir, su experiencia y todo lo demás. ¿Podría decirnos su nombre?

—El señor Burke, una excelente persona. Llevo tres meses trabajando con él, y te puedo asegurar que se ha tomado muy en serio este proyecto.

—¿Ha hecho algún otro proyecto semejante? ¿Alguno que podamos ver? —preguntó Honey.

—Que yo sepa, no. No creo que el señor Burke sea de por aquí, en realidad. Todo lo que sé de él está en la propaganda que hacemos para las ventas —dijo, señalando un montón de folletos que había en la mesa—. Estoy convencida de que el señor Burke hablará, con mucho gusto, con tu padre, y le dará toda clase de explicaciones. Anotad en esta hoja el nombre y la dirección.

La mujer les puso la hoja delante, antes de que Honey pudiera negarse a hacerlo.

Después de rellenar la hoja con todos los datos, dijo:

—Estoy segura de que se quedará encantado.

Al salir, Trixie le preguntó:

—¿No se enfadará tu padre cuando se entere de que vas dando su nombre por ahí de esa forma?

Honey se echó a reír.

—No creo. Pero si hay algún Roger Thompson viviendo en la calle del Olmo, 382, en Minneapolis, ¡le espera una buena sorpresa!

A Trixie le dio un ataque de risa. Luego buscó por allí cerca un lugar seguro en el que Honey y ella pudieran leer detenidamente el folleto de venta. Encontró uno bajo un viejo arce que había a medio camino entre la construcción y el rancho de los Murrow.

—Aquí dice lo mismo que nos han dicho. Hace una buena propaganda de las «actividades recreativas» —dijo Trixie—. Espera un poco… ¡aquí está! Esta página habla del constructor.

Trixie y Honey se inclinaron sobre la página, leyendo rápidamente el breve párrafo. En la parte de arriba, figuraba el retrato de John Burke, sonriendo con su sombrero de vaquero y sus plumas.

Trixie fue la primera que terminó de leer la hoja.

—¡A esto le llamo yo darse importancia! —exclamó con rabia.

Luego comenzó a recitar de memoria: «El señor Burke desciende de los pioneros del Estado de Minnesota, y ahora ofrece “esta tierra” a aquellos que deseen convertirse en pioneros por una temporada».

—¡Los verdaderos pioneros deben de estar revolviéndose en sus tumbas! ¡Pioneros de «actividades recreativas»! —concluyó enfureciéndose por momentos—. Además, ni siquiera es verdad. La mujer que nos atendió nos dijo que no era de por aquí.

—El folleto no dice que Burke naciera aquí —señaló Honey—. Sólo asegura que desciende de una familia de esta región.

—Lo más probable es que fueran una pandilla de maleantes sin rumbo, como Gunnar Bjorkland —dijo Trixie con ironía. Luego añadió—: ¡No lo dudes! ¡Él también lo es!

—¿A qué te refieres? —preguntó Honey.

—Escucha —dijo Trixe acercándose a ella, para que la mirara a los ojos, y pronunciando lentamente sílaba por sílaba—.
Gun-nar
Bjork-land. Burke-land. Land puede significar «terreno». Terreno de Burke. ¿Entiendes? ¡Burke es descendiente de Gunnar Bjorkland!

—Es verdad, los nombres se parecen —admitió Honey.

—Apuesto a que siempre ha sentido vergüenza de tener un antepasado al que ahorcaron por robar ganado. Seguramente decidió venir aquí a llevar a cabo su proyecto para demostrar que él no era un miserable fracasado como el viejo Gunnar. Por eso tiene tantas ganas de adquirir el Rancho del Buen Refugio… para edificar hasta la misma puerta de la cabaña de Gunnar. ¡Estoy convencida de que sus instintos malignos le vienen de familia! —concluyó casi sin aliento.

—Pero aquello queda un poco lejos, ¿no crees? —dijo Honey y añadió antes de que Trixie diera su opinión—: Yo te creo, pero ¿quién más se lo creería? Mira, estoy segura de que Burke tiene a Aladín. Y la historia de sus antepasados no tiene ninguna importancia… a menos que creas que el viejo Gunnar vaya a maldecir a Burke por robar el caballo, y a obligarle a devolverlo para que no corra su misma suerte.

Trixie la interrumpió diciendo:

—¡Para, para! Eso sí que queda lejos. En todo caso, el fantasma ayudaría a Burke a llevar a cabo su plan sin sufrir ninguna represalia. Si es que hay algún fantasma, que está claro que no lo hay, porque ya sabemos que Gus… ¡oh, no! —exclamó de repente cogiendo a Honey del brazo con los ojos muy abiertos como si, en efecto, acabara de ver un fantasma.

—¿Qué pasa? —preguntó Honey, asustada.

—¡Wilhelmina! —dijo Trixie—. Nosotras sabemos que Gus era el fantasma, pero ella no. Ella está convencida de que está experimentando una retrocognición auténtica.

—Ay, pobre mujer —dijo Honey—. Esto le va a desilusionar. ¿Tenemos que decirle la verdad?

—Por supuesto que sí —dijo Trixie firmemente—. De otro modo, escribiría un ensayo «científico» en una revista especializada y quedaría en ridículo. Se lo diremos esta misma noche.

—Es verdad, tienes razón —admitió Honey—. Pero es injusto que los sueños de la gente se vengan abajo de esa forma. Primero los Murrow pierden a su campeón, y ahora Wilhelmina a su fantasma. ¡No hay derecho!

Cuando regresaron al Rancho del Buen Refugio, comprobaron que seguían sin tener noticias de Aladín. Se había avisado a todos los vecinos, según les dijo Charlene.

—Esto va a poner nervioso a Burke —dijo Trixie a Honey cuando estuvieron a solas—. Tenemos que averiguar dónde ha escondido a Aladín antes de que pierda el juicio y cometa… alguna locura.

—Vamos por partes —dijo Honey—. Primero tenemos que explicarle a Wilhelmina lo de que Gus era el fantasma, lo cual no será fácil, pero por lo menos será sencillo. Después, nos dedicaremos de lleno al asunto de Burke y Aladín.

Esa noche no tuvieron problemas para salir de la casa a hurtadillas después de la cena. Los Murrow estaban en la sala de estar, estudiando un mapa que incluía tres condados, y que Bill había comprado esa tarde.

—Siguen pensando que van a encontrar al caballo si buscan por todas partes —dijo Trixie—. ¡Qué lástima!

—Me da rabia que sigan empeñados en buscarlo, inútilmente —dijo Honey—. ¿Estás segura de que no sospechan nada? Al menos podríamos decirles que el caballo lo robaron, y enseñarles la puerta del establo para demostrárselo. No necesitamos decirles que fue Burke quien lo hizo.

—Se lo imaginarían —dijo Trixie—. Y aunque no fuera así, le dirían a todo el mundo que les habían robado el caballo. Burke lo sabría enseguida, porque aquí las noticias vuelan. Y entonces se vería obligado a deshacerse del caballo. Hay que mantener la calma hasta saber dónde lo ha escondido.

—Y puede que eso no lo averigüemos nunca —dijo Honey, con pesimismo.

Trixie le dio una palmadita a su amiga, en el hombro.

—Vamos por partes —le recordó—. Wilhelmina tiene que saber la verdad sobre el fantasma.

Antes de salir de la casa, habían ensayado minuciosamente lo que le dirían a Wilhelmina. Al aproximarse al escondite, Trixie respiró hondo, armándose de valor pero sin pronunciar una sola palabra.

En cuanto Wilhelmina las vio acercarse, fue corriendo hacia ellas. Le brillaban los ojos y estaba muy nerviosa.

—¡Cuántas ganas tenía de veros! —dijo con voz temblorosa—. Tengo algo muy importante que deciros —añadió cogiendo la mano de Trixie entre las suyas que estaban frías y muy suaves.

—¡He visto al Jinete Fantasma! —dijo Wilhelmina abriendo los ojos desmesuradamente.

¡En peligro! • 11

—¡OS ASEGURO que lo he visto! Y era exactamente igual que lo describen en los periódicos —prosiguió Wilhelmina—. El jinete llevaba puesto un sombrero de vaquero y ropas del Oeste, y cabalgaba agachado por la pradera, a la velocidad de un rayo. Fue una experiencia sublime; vi al caballo y al jinete, y oí las pisadas del caballo.

Wilhelmina se quedó mirándolas, esperando las correspondientes felicitaciones, pero Trixie y Honey se quedaron sin saber qué decir.

La mujer se subió las gafas, que se le habían resbalado hasta la punta de la nariz. Levantó la vista y dijo con tristeza:

—En fin; ya sé que no es tan emocionante como la retrocognición, pero esa aparición ha sido la experiencia directa más emocionante que he tenido en mi vida.

—No se trata de eso —dijo Trixie—. Quiero decir… —añadió mirando a Honey para que le echara una mano.

—Nosotras no tuvimos ninguna retrocognición —dijo al fin Honey.

Brevemente, explicó a Wilhelmina lo que habían averiguado: que Gus se había hecho pasar por el Jinete Fantasma.

—Ése era el origen de todo —concluyó—; los objetos desaparecidos, el golpe de viento, las pisadas de los caballos, la cabeza flotante que el agrimensor vio, y hasta la retrocognición: todo era obra de Gus.

—¿Y anoche? ¿Quería tomarme el pelo vuestro amigo Gus? —exclamó Wilhelmina indignada.

—No —dijo Honey—. Gus no sabe nada de usted.

—Entonces queda mi experiencia —dijo Wilhelmina con terquedad.

Trixie había estado reflexionando mientras Honey y Wilhelmina

hablaban.

—¿Dice usted que el jinete iba vestido de vaquero? —preguntó, intrigada.

Wilhelmina asintió y entonces Trixie aprovechó para seguir preguntándole:

—¿Y a qué hora vio… al fantasma?

Wilhelmina sacó su cuaderno del bolsillo; Trixie se retorcía las manos con impaciencia.

—Exactamente a la

1.47 d

e la tarde —dijo Wilhelmina.

Trixie se dio un golpe en la frente.

—¡Era Burke! ¡Estoy segura! —gritó, llena de cólera.

—¡Burke y Aladín! —dijo Honey, cayendo en la cuenta de todo.

—¿Aladín? —repitió Wilhelmina—. No estaréis insinuando que un genio es…

—¡No, no! —dijo enseguida Trixie—. A-la-dín, no Aladino. Aladín es un caballo. Es que… Burke quería… pero Bill…

Empezó a explicar de una forma tan embarullada que resultaba incomprensible.

Al ver esto, Honey decidió contárselo ella misma a Wilhelmina… lo de la desaparición de Aladín; y le contó que Trixie se dio cuenta de que lo habían robado, y quién era el ladrón; le explicó la importancia que tenía el caballo para los Murrow; y el riesgo que existía de que lo mataran si no lo encontraban cuanto antes.

—La aparición que tuvo anoche es la única pista que tenemos para saber más o menos dónde puede encontrarse Aladín. Su información puede salvarle a él la vida, y a los Murrow, el rancho, y… y todo lo demás —concluyó Honey.

Wilhelmina miró a Honey con escepticismo. Todavía decepcionada por lo falso de su aparición, sentía, sin embargo, cierto consuelo de pensar en la importancia que tenía.

—¿Dónde vio al jinete? —preguntó Trixie con impaciencia—. ¿Y hacia dónde iba?

Si vuelve a mirar en el cuaderno, soy capaz de gritar —pensó.

Afortunadamente para Trixie, esta vez Wilhelmina se fió de su memoria. Señaló al frente, hacia el terreno llano que había detrás de la casa.

—El jinete iba cabalgando por allí. Siguió el curso del río y luego se adentró en el bosque —concluyó señalando con la mano una zona más cercana.

A Trixie le brillaron los ojos, de repente.

—¡Claro, se metió en el bosque! —exclamó entusiasmada—. Nadie intentó buscarlo allí, porque sabían que Aladín jamás iría solo. Pero claro, otra cosa es cuando un jinete le espolea.

—Pat lo tiene domado demasiado bien —dijo Honey con orgullo, pero un poco desilusionada.

—Apuesto a que Burke lo dejó justo allí —dijo Trixie.

—Si lleva ahí metido todo el día, con los abejorros, se habrá vuelto loco —dijo Honey, a punto de llorar.

Trixie se horrorizó ante la posibilidad de que los abejorros le hubieran acribillado. Pero entonces cayó en la cuenta de un detalle muy importante.

—No hay peligro —dijo rotundamente—. No está a la intemperie. Está en el remolque de Burke.

—¡Claro! —exclamó Honey—. Por eso abrieron el apartamento piloto sin estar en condiciones. Burke necesitaba el remolque para otra cosa.

—Sería el escondite perfecto. Si los Murrow observaban la puerta del establo destrozada por las coces, pensarían que el caballo se había escapado y no que lo habían robado.

—Y sin el letrero de «Construcciones Burke» en el remolque, cualquiera creería que pertenece a los guardias forestales. Nadie sospecharía nada de él —añadió Honey.

—Y eso, en el supuesto caso de que alguien vea el remolque, lo cual ya es improbable, con todos estos acres y acres de bosque —concluyó Trixie.

—Entonces, ¿cómo vamos a encontrarlo nosotras? —preguntó Honey.

—Muy sencillo; sabiendo perfectamente por dónde empezar a buscar —dijo Trixie.

—¡En la cabaña de Gunnar! —adivinó Honey.

—Si todo tiene su lógica, aunque parezca complicado —reconoció Trixie—. Al viejo Gunnar Bjorkland lo ahorcaron por robar una vaca. Un siglo después, uno de sus descendientes decide limpiar el nombre de su familia edificando un monumental

complejo urbanístico. Para que todo funcione, él se ve obligado a robar un caballo y tenerlo escondido unos días. ¿En dónde se le ocurriría esconderlo? ¡Pues en el mismo sitio en el que comenzó la tradición de robar en la familia!

—¡Vamos! —dijo Honey saliendo del escondite de Wilhelmina y echando a andar antes de que Trixie la cogiera por el brazo y la obligase a retroceder—. ¿Se puede saber qué es lo que haces? —le preguntó.

—¿Se puede saber qué haces tú? —replicó Trixie—. Pudo haberte visto alguien.

—Bueno —dijo Honey—. Así no me haría falta volver al rancho a pedir ayuda.

—¡Y menuda ayuda! —dijo Trixie—. En cuanto les dijeras que una investigadora de fenómenos psíquicos, que lleva una semana oculta en el bosque en busca del Jinete Fantasma, ha visto a Burke a lomos de Aladín, te ayudarán, sí, pero llevándote a un hospital para que te repongas de tus delirios.

—Ya te entiendo —admitió Honey—. Hasta ahora, excepto Gus, sólo nosotras sabemos que a Aladín se lo llevaron.

—Y yo, no lo olvidéis —les recordó Wilhelmina.

—Por supuesto —dijo Honey con educación.

—Tenemos que encontrar a Aladín nosotras solas —dijo Trixie —. Si logramos meternos en el remolque, lo llevaremos a casa, y si no, entonces solicitaremos ayuda. Y todo lo que tendríamos que decir es que hemos encontrado al caballo. Nadie nos hará preguntas hasta que Aladín esté sano y salvo en su establo.

—Y eso es lo que cuenta —reconoció Honey.

—¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó Wilhelmina.

—No. De momento es mejor que nos espere aquí hasta que volvamos —dijo Honey—. Y si no volvemos…

—Avisaré a la policía antes de que amanezca —dijo Wilhelmina. Al ver que su afirmación resultaba un tanto agorera, añadió—: Bueno, en el caso de que sea necesario, cosa que dudo.

—¡Ay! —dijo Trixie dándose un golpe en el cuello—. ¿Podría dejarnos un poco de esa crema contra los insectos? En el bosque, y de noche, no nos van a dejar en paz ni un segundo.

Con pantalones vaqueros y zapatillas de deporte, y protegidas de los mosquitos y las moscas, las chicas llegaron sanas y salvas a la

cabaña de Gunnar. La primera en divisarla fue Trixie, que se llevó una gran desilusión.

¡El remolque no está aquí! ¡Y yo que estaba tan segura…! —pensó.

Pero en ese momento Honey señaló hacia un punto en el río. Allí, a pocas yardas de la cabaña, estaba el dichoso remolque. Su tamaño y su forma no dejaban lugar a dudas.

Las chicas fueron rápidamente hasta allí, tropezando con ramas y raíces. Cuando estuvieron a pocos pasos del remolque, se detuvieron. Trixie contuvo el aliento, mientras escuchaba atentamente. Honey, a su lado, también permaneció en silencio. Hubo unos segundos largos, en que ninguna de las dos se atrevió a decir ni una palabra. Oyeron con claridad el ruido de las herraduras del caballo arrastrándose contra el suelo del remolque y un relincho apagado.

—Tenemos que sacarlo de aquí como sea —dijo Trixie mientras rodeaba el remolque en una dirección y señalaba a Honey que fuera en sentido contrario.

Al doblar una esquina del remolque, Trixie miró a través de la rejilla de la ventilación, subiéndose a la moldura de abajo del remolque, y agarrándose a la de arriba con las dos manos.

Al ver a Aladín durmiendo, se tranquilizó. El olor del heno indicaba que al menos el caballo debía estar alimentado.

Soltó la moldura y se dejó caer, frotándose las manos, que se había desollado. Después siguió dando la vuelta hasta encontrarse con Honey.

—Hay un cerrojo así de grande —susurró Honey, indicando el tamaño con las manos—. Además, la puerta tiene las bisagras por dentro —añadió—. No conseguiremos abrirla de ningún modo.

—Por ese lado sólo hay una rejilla de ventilación —dijo Trixie —. Por lo menos, he podido ver a Aladín.

A Honey le brillaron los ojos.

—¿De verás? ¡Ay, Trixie, yo también quiero verlo!

Y, sin esperar más, fue corriendo para echar un vistazo.



Trixie la ayudó a auparse, juntando las manos. Honey puso un pie en las manos de Trixie y se agarró al techo del remolque. Pero en ese mismo momento fueron sorprendidas por la luz de la linterna de Burke.

El hombre sujetaba una gavilla de heno atada con un alambre con la mano izquierda. Llevaba la linterna en la otra: seguramente se la había sacado del bolsillo al ver las sombras de ellas dos proyectadas en el remolque.

Nadie dijo una sola palabra. Los tres permanecieron inmóviles. Burke parecía no darse cuenta de que podía soltar el heno. Trixie y Honey, sencillamente, no sabían qué hacer.

Trixie sintió que tenían que hacer algo. Ante todo, convenía escapar de Burke… y llegar hasta el extremo del bosque, para atravesar finalmente el claro de la casa de los Murrow. Confiaba sobre todo en sus piernas, si tenía espacio libre para correr.

Pero lo más seguro es que ni siquiera intente alcanzarnos en campo abierto —pensó Trixie—. *Si nos vamos corriendo a casa, a él le sobrará tiempo para matar al caballo y echar su cadáver al río. Y entonces sería nuestra palabra contra la suya. Él es un constructor de prestigio, y nosotras no somos más que un par de chiquillas que todavía creemos en fantasmas. ¿A quién iban a creer?*

De pronto, Burke soltó el heno y fue caminando hacia ellas lentamente, mirándolas con los ojos inyectados en sangre.

Trixie sintió pánico, y entonces pensó en una segunda opción: podían salir corriendo las dos, y meterse por el bosque, siguiendo la orilla del río. Si no iban en línea recta hacia la casa de los Murrow, tal vez Burke decidiera perseguirlas, sin plantearse si huían o no hacia un lugar determinado. Cuando, finalmente, salieran a campo abierto, ellas estarían más cerca del rancho, y él más lejos de Aladín. Quizá no le diera tiempo a regresar y hacerle daño al caballo antes de que vinieran a detenerlo.

En voz muy baja, Trixie le dijo a Honey:

—Cuando cuente tres, echas a correr. Hacia el rancho, pero por el bosque.

—Vale —dijo Honey en voz alta, sin darse cuenta.

Trixie confió en que su amiga se hubiera enterado, aunque, de todas formas, se le ocurriría hacerlo así.

—Uno —contó Trixie entre dientes—, dos… ¡y tres!

Y salió corriendo despavorida hacia el bosque, pero sin tratar de esconderse, para que Burke fuera detrás de ella.

Honey corría a su lado, sin mirar para atrás. Había otros ruidos, a lo lejos.

¡Ojalá nos esté siguiendo! —decía Trixie para sus adentros—. Segundos después, oyó como si alguien estuviera echando maldiciones. Trixie se sintió más tranquila pero no dejó de correr.

De pronto, Trixie vio cómo alguien se acercaba al escondite de Wilhelmina, en el extremo del bosque.

¡Más vale no tropezamos con ella, ahora! —pensó, asustada.

Se desvió hacia el río, esquivando árboles y pronto se encontró en un terreno desconocido, pero no se atrevió a ir más despacio.

Y entonces se dio cuenta de que todo estaba en silencio. *¿Y si Honey se ha perdido?* —pensó llena de temor, jadeando.

Se quedó tan ensimismada que no se dio cuenta de que el río cubría parte del sendero por donde estaba corriendo.

Poco después, pisó el lodo, se resbaló, y fue rodando hasta caerse al agua de cabeza.

Inmediatamente la arrastró la corriente del río.

La cuerda de salvamento • 12

TRIXIE luchaba desesperadamente por mantenerse a flote pero se iba hundiendo poco a poco. El instinto de supervivencia hizo que se serenara para poder actuar racionalmente.

Así no conseguiré salir con vida —pensó—. *Lo que debo hacer es relajarme. Es la única forma de mantenerme a flote*. Jim, Brian y Mart le habían enseñado a hacerlo una y mil veces.

A los pocos segundos, ya había logrado sacar la cabeza fuera del agua. Entonces, respiró muy hondo, llenándose los pulmones de aire fresco y vaciándolos completamente en la expiración. Sabía que era muy importante respirar profundamente para compensar la falta de oxígeno que había sufrido.

Muy cerca, oyó un crujido de ramas, y a la vez un grito desgarrador.

—¡Honey! —dijo Trixie casi sin voz intentando inútilmente ir hacia donde ella estaba, cosa bastante difícil porque tenía que nadar contra corriente.

No serviría de nada —pensó—. *El nadar sólo conseguiría agotarme; acabaría hundiéndome*.

Intentó relajarse de nuevo dejándose llevar por la corriente, confiando en que ningún remolino la absorbiese y la llevase hacia el fondo del río para siempre. Si tenía suerte, y llegaba hasta algún codo del río, podría salir más fácilmente.

Miró al frente, buscando la orilla. Ya había oscurecido, y resultaba casi imposible distinguir las negras aguas de la orilla. Sintió que algo la agarraba por el tobillo, tirando hacia abajo; le tranquilizó saber que era una rama, y no un remolino.

De repente divisó la orilla.

¡Estoy de suerte! —pensó—. *Ahora sólo cabe esperar que haya algo adonde agarrarme… y que todavía me queden fuerzas para hacerlo*.

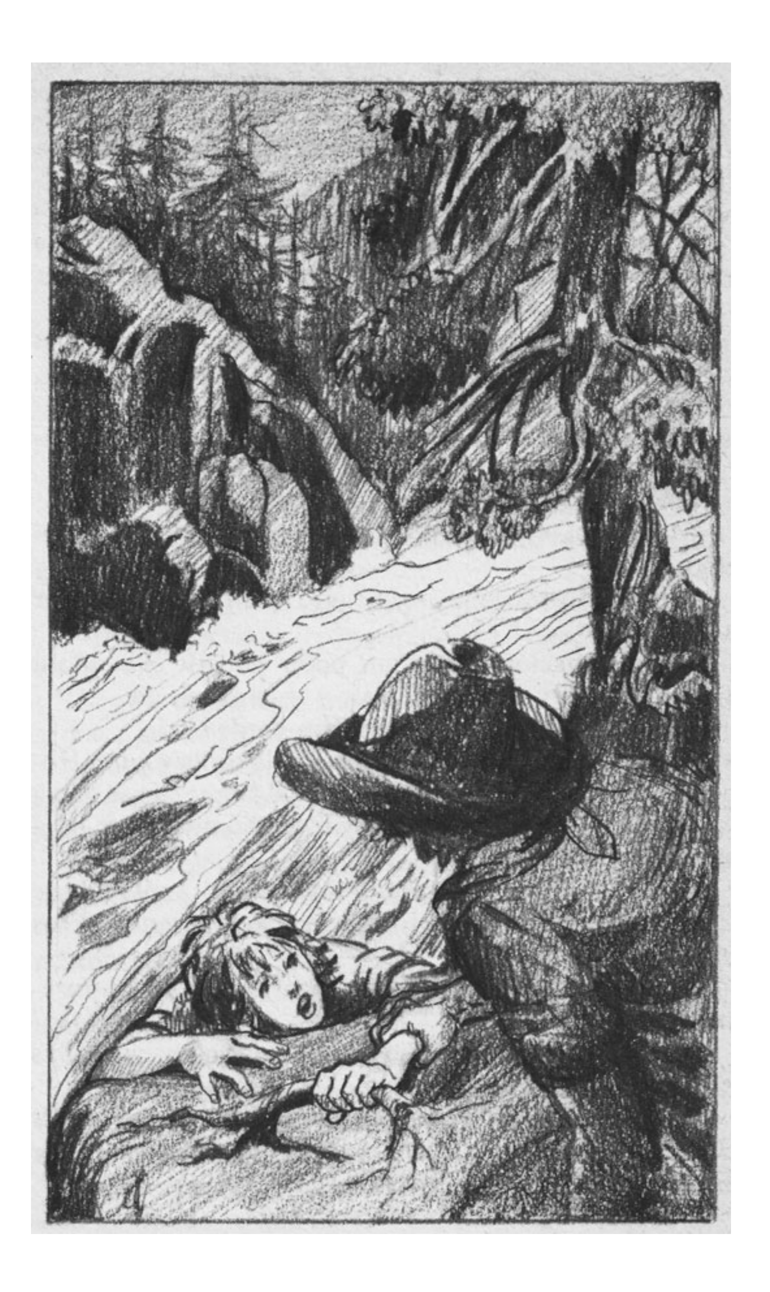
Trixie intentó agarrarse a una rama pero, por mucho que estiró

el brazo, no llegó a conseguirlo. Sin desanimarse, lo intentó de nuevo y, esta vez, parece ser que lo logró y fue, colgada de la rama, con las dos manos, desplazándose hasta que el agua sólo le cubría hasta la cintura.

El agua, con su fuerza, le azotaba el cuerpo y la brisa nocturna, que al principio pareció reconfortarla, enseguida se tornó más fría que el agua.

Jadeando, Trixie agarraba la rama con las dos manos. Hubiera querido esperar a reponer fuerzas pero sabía que no tenía ocasión. Le entraría más frío, y se sentiría más débil cuanto más tiempo permaneciese en el agua.

Miró buscando la orilla. Aún le quedaba por hacer un último esfuerzo. Parpadeó, y volvió a parpadear, porque creyó ver un rostro.



—¡Gus! —exclamó sorprendida.

El viejo jinete la estaba mirando. Sin decir una palabra se bajó del caballo y alargó su mano vieja, arrugada, para coger la de Trixie.

Trixie soltó una mano de la rama y la levantó, buscando la de Gus. Sintió que los dedos encallecidos del viejo se cerraban en torno a su muñeca. Respiró hondo; lo peor ya había pasado.

Sintió como el viejo, con toda su fuerza, tiraba de ella hasta que logró sacarla a la superficie.

Por fin estaba en la orilla. Se quedó tendida, boca abajo, sobre una alfombra de hojas y hierbas secas. Luego empezó a ver todo borroso y perdió el sentido.

Al volver en sí, dijo:

—Lo siento, Gus, yo… —pero el viejo había desaparecido.

—¡Honey! —exclamó—. ¡Seguro que ha ido a ayudar a Honey!

La preocupación por lo que podía haberle ocurrido a su amiga le dio nuevas fuerzas, y se puso en pie.

—¡Trixie! —oyó que la llamaban desde el río.

Trixie fue arrastrando los pies hasta la orilla y miró. Honey estaba agarrada a la misma rama a la que ella se había agarrado. Al ver a Trixie, Honey le tendió una mano para ayudarla a salir.

Trixie, de pronto, notó como si tuviera los músculos de goma. Lo primero que hizo fue secarse las manos en los pantalones húmedos.

—No sé si tendré fuerzas para sacarla de ahí —murmuró, aterrorizada.

Pero no tenía más remedio que intentarlo porque a Gus no se le veía por ningún lado.

Lo más probable es que fuera a buscar ayuda después de salvarme —pensó Trixie—. *¿Cómo iba a saber él que Honey también se había caído al río?*

—¡Trixie! —gritó Honey desesperada.

Trixie se echó cuerpo a tierra. Se arrastró hasta tener medio cuerpo en el aire. Alargó una mano y cogió la de Honey, fría y arrugada por el agua. Cerró los ojos y tiró con todas sus fuerzas.

Honey fue subiendo hasta que la cogió con las dos manos, y luego la agarró por el cinturón. De esa forma, sujetándola por los dos sitios, consiguió sacar a su amiga, que cayó desplomada, en la orilla.

Honey se dio la vuelta, y quedó boca arriba, buscando el aire que tanto necesitaba.

—Jamás podría haber llegado aquí sin ti —dijo casi sin respiración.

—Y sin mí tampoco te habrías caído al río —señaló Trixie.

—¿Cómo ha sido…? —le preguntó Honey.

—Pues que no miré dónde pisaba —interrumpió Trixie— me resbalé y…

—No; te pregunto que cómo saliste tú sola.

—¡Ah! —exclamó Trixie mirando a su alrededor, en busca de Gus.

Luego le contó a su amiga lo ocurrido. Qué raro que no se haya quedado para ver si me recuperaba —añadió.

—Supongo que al ver que estabas bien fue a decírselo a los demás —dijo Honey—. Además, me alegro de que no te llevara con él. ¡Uf! ¿Qué habría sido de mí, entonces?

—Será mejor que no pienses en ello —dijo Trixie, que todavía no se había recuperado del susto.

—¿Se habrá caído Burke también? —preguntó con curiosidad.

—¡Oh, no! —dijo Trixie levantándose—. Lo había olvidado…

Luego se acercó a la orilla, por si oía algo.

—No oigo nada —dijo en voz baja—. Seguramente nos oyó caer y dio media vuelta para… ¡Honey, tenemos que darnos prisa! —gritó.

Trixie, entonces, comprendió que no tenía ni la menor idea de dónde se hallaban.

—Si nos apartamos del río en línea recta, al final llegaremos a campo abierto —dijo a Honey.

Lo dijo para que pareciera sencillo, pero era consciente de lo difícil que sería seguir una línea recta en el corazón de un bosque que no conocían. Honey también lo sabía, pero no puso pegas. Tiritando de frío, se abrieron paso por entre los árboles.

Las suelas de goma de las zapatillas chirriaban a cada paso, y tenían los vaqueros completamente pegados a las piernas.

Ahora no podemos perdernos. ¡No podría soportarlo! —pensó Trixie.

No tardaron en ver una luz más adelante. Trixie sintió miedo, al recordar la linterna de Burke. Luego el corazón empezó a latirle con

fuerza; sin saber cómo, habían llegado al escondite de Wilhelmina.

Ambas llegaron al campamento hechas una verdadera calamidad. Wilhelmina las miró asombrada. La prisa… y el cansancio… les impidieron contarle lo sucedido. Trixie se limitó a señalar con el dedo la casa de los Murrow, que tenían enfrente: de ahí venía la luz.

—¡Vaya a avisar a todos! ¡Que vayan a la cabaña de Gunnar… enseguida! —gruñó.

Y luego ella y Honey le dieron la espalda y volvieron a meterse en el bosque. Wilhelmina iría a avisarlos a todos mientras ellas volvían en busca de Burke… y de Aladín.

Llegaron adonde estaba el remolque: no había ni rastro de Burke. Y en el interior del remolque no se oía nada. Tal vez era demasiado tarde. El animal, con el cuello abierto de un tajo o con una bala en la cabeza, acaso estuviera flotando en el río.

Pero de pronto se oyó un ruido en el bosque. Ellas, al oírlo, se sobresaltaron: era el camión de Burke que venía hacia ellas. Trixie y Honey lo observaron satisfechas de pensar que si Burke había ido a por su camión al ver que ellas se habían caído al río, lo más probable es que no tuviera tiempo de hacerle daño a Aladín.

Burke dio marcha atrás con el camión, se bajó, y se puso a enganchar los dos vehículos.

Trixie no sabía qué hacer. No se le ocurrió otra cosa que seguir al remolque, aunque dudaba de que sirviera de algo.

En realidad, no tuvo ocasión de plantearse nada porque en ese momento un sonido familiar… el de las pisadas de los caballos le hizo volver la cabeza: Pat, Bill, Regan y Charlene venían galopando hacia ellas.

Burke también los vio. Miró al remolque, luego al camión, como si no supiera si escapar con uno o con ambos. Al final, resolvió escaparse él solo y echo a correr.

Pero era, quizá, demasiado tarde. Pat Murrow ya había desmontado y ya se le había echado encima tirándolo al suelo.

—¡La llave! —gritó Honey—. ¡Que te dé la llave del remolque!

Regan fue adonde estaba Pat, por si necesitaba ayuda. Entre los dos obligaron a Burke a que les entregara la llave, y luego lo pusieron de pie. Regan sujetó a Burke doblándole un brazo por la espalda, mientras Pat iba corriendo al remolque.

Abrió la puerta y entró. Trixie, Honey, Charlene y Bill esperaron con el corazón en un puño.

La espera se alargó tanto que Trixie empezaba a temer lo peor. Entonces oyó un relincho, y Pat sacó a Aladín de su prisión. En ese instante se llevó la mano a los ojos para limpiárselos. Trixie supo que habían sido las lágrimas de emoción, y no la situación del caballo, por lo que se había retrasado.

Charlene y Bill fueron corriendo junto a Aladín y empezaron a acariciarlo y a abrazarlo.

—Se encuentra bien —dijo Charlene.

Pat dejó al caballo con sus padres y se acercó a Honey, que seguía tiritando de frío. Él se quitó la chaqueta y la arropó con ella.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Honey le sonrió.

—Bien —dijo—. Muy bien.

Otro alboroto alteró la paz del bosque. Al volverse, Trixie vio que Wilhelmina James llegaba corriendo. Los jinetes la habían dejado atrás, y tuvo que ir a pie. Se le habían caído las gafas, y entornaba los ojos, tratando de saber por dónde iba. Como Trixie era la que estaba más cerca del extremo del bosque, Wilhelmina fue a su lado. Se acercó muchísimo y le preguntó:

—¿Estás bien?

Trixie hizo un esfuerzo para no reírse. Sabía que a ella, a Wilhelmina, le debía la vida… (también Aladín), pero no pudo evitarlo.

—Perfectamente —fue todo lo que pudo decir antes de soltar la carcajada.

¿Era un fantasma? • 13

PAT Y REGAN metieron a Burke en su camión, obligándole a sentarse entre los dos, en el asiento delantero.

—¿Se lo llevan a la comisaría? —preguntó Trixie—. Yo quiero ir. Podré explicarlo todo —dijo muy decidida.

—Ah, sí, desde luego vas a tener que explicar un par de cosas —dijo Charlene, algo enfadada— pero lo harás mañana por la mañana, porque ahora te vas a acostar en cuanto lleguemos al rancho.

Y cogiéndola del brazo le mandó subirse al caballo que había traído Regan.

Trixie pensó que sería muy difícil convencerla aunque la idea de meterse en la cama se le hacía insoportable. ¡Pero por poco se duerme arriba del caballo, de regreso al rancho! El paso gentil del noble caballo árabe la mecía. Los recuerdos de las últimas horas se perdían como si ya no fuera capaz de distinguir entre la realidad y los sueños.

Ya en casa, Trixie se quitó la ropa, que aún tenía empapada, se puso el camisón y se metió en la cama. Casi ni cayó en la cuenta de que Honey estaba haciendo lo mismo.

Al amanecer, Trixie todavía estaba como atontada durmiendo a ratos y despertándose de algún sueño enseguida, sobresaltada. Aún le quedaban preguntas por hacer. Por fin el sol, que entraba por la ventana, la despertó del todo.

—¿Ya es hora de levantarse? —murmuró Honey.

Se dio la vuelta, miró la hora en el reloj y observó con asombro cómo su amiga saltaba de la cama.

—¡Ay, ay, ay! ¡Pero si me he olvidado por completo de Aladín… de Pat… de todo! —dijo Trixie—. Venga… ¿no te pica la curiosidad?

Honey se frotó los ojos, y se levantó. Luego se vistieron y

bajaron al salón.

Trixie había creído que la cocina estaría desierta a tan altas horas de la mañana pero se equivocó: allí estaban Regan, Pat, Bill, Charlene… ¡y Wilhelmina James!

Al entrar las chicas, todos callaron. Pat se puso en pie de un salto y apartó la silla que había libre entre él y Wilhelmina. Estaba clarísimo a quién estaba invitando a sentarse.

Honey se sentó al lado de Pat, contentísima. Luego preguntó a Wilhelmina:

—¿Ha pasado aquí la noche?

—No, no —dijo Wilhelmina—. Estuve en el bosque casi todo el tiempo. Al amanecer fui a la ciudad, al hotel, y me acosté un rato. Pero no hubo forma. De dormir, digo. Los Murrow me invitaron a venir, y aquí estoy.

Le había costado a Trixie averiguar que Wilhelmina había alquilado una habitación en algún hotel de la ciudad. Sentía curiosidad por conocer más cosas de esa mujer tan interesante, pero en aquella mañana tenía otros asuntos que le preocupaban. Parecía muy inquieta. Estaba impaciente por saber ciertas cosas.

—¿Y Burke? ¿Está en la cárcel? ¿Ha confesado? ¿Y Aladín? ¿Ha vuelto? ¿Está bien? —preguntó enseguida.

Bill levantó las manos al cielo, suplicando que cesara el diluvio de preguntas que se les venía encima.

Entonces Trixie se echó a reír. Luego se sentó tranquilamente y dijo:

—Está bien. Que alguien me cuente lo que pasó anoche.

—Anoche… anoche —decía Bill, que disfrutaba como un loco haciéndole rabiar.

Pero al ver que se estaban poniendo muy nerviosas, decidió hablar en serio.

—Bien; está bien. Os lo contaré con todo detalle —dijo pausadamente—. En primer lugar, llevamos a Burke a la comisaría, y pasó la noche en la celda. Esta mañana ha salido bajo fianza.

—¿Que lo han dejado… bajo fianza? —preguntó Trixie, escandalizada.

—Según parece, lo de robar caballos ya no es tan grave como antaño —contestó Bill.

—Además el caballo ha vuelto a casa sano y salvo —dijo

Charlene.

—¿Y está bien… Aladín? —le preguntó Honey a Pat.

—No —dijo Pat, muy serio de repente. Pero enseguida añadió sonriendo—: Bien no… ¡fenomenal!

—Y no creáis que porque haya salido bajo fianza se va a librar de una buena —intervino Regan—. Lo que Burke robó era de gran valor, y la ley se encargará de que pague por ello.

—Con esto se acaba lo del Terreno de Burke —dijo Pat con regocijo.

—¿Van a dejarlo todo tal y como está? —preguntó Trixie, al recordar los gigantescos hoyos y los cimientos que ya habían preparado para construir algún edificio.

—Probablemente, a menos que alguien le compre el terreno a Burke y aproveche lo que haya hecho él —opinó Regan.

—Pero eso no lo permitiríamos… antes preferiría comprárselo yo mismo —dijo Bill—. Echaríamos abajo los juguetitos de Burke y la naturaleza se encargaría del resto.

—¡Bien dicho, papá! —exclamó Pat.

Bill asintió.

—Y eso no es tan improbable —dijo mirándolas de reojo—, gracias a estas chicas tan guapas, que nos han salvado al campeón… a Aládín.

Trixie se permitió una sonrisa de orgullo… pero fue un error.

Charlene Murrow intervino, muy seria.

—Esta mañana podríamos habernos reunido por otro motivo, si llegáis a ahogaros en el río o si Burke os hubiera cogido.

Trixie se estremeció al recordar la noche tan terrible que había pasado.

—Pero, a fin de cuentas, todo ha salido bien, ¿no? —se atrevió a decir de momento, porque tiempo tendría de contar a los Murrow lo de la relación entre Gunnar y Burke—. Y todo se lo debemos a Wilhelmina —añadió.

La mujer negó con la cabeza.

—A mí no me debe nadie nada —dijo—. Fui una estúpida… y mi estupidez fue peligrosa. Pese a los años que llevo luchando por la objetividad, me tragué una historia de fantasmas sin pies ni cabeza. Y caí en lo de la retrocognición como una tonta. De no haber estado tan ciega, me habría dado cuenta de que el hecho de

que alguien pasara a caballo a mi lado, en mitad de la noche, era muy raro, pero no sobrenatural. Y debí hacer algo para ayudaros entonces, en lugar de quedarme a tomar apuntes.

Wilhelmina bajó la vista, moviendo la cabeza, desolada.

—Usted nos ayudó en el momento justo —le dijo Honey—. Y eso es lo que importa.

Pero a Wilhelmina no se la consolaba tan fácilmente.

—No —dijo—. Me alegra haberos servido de ayuda, claro. Pero lo peor de todo es que desprecié el espíritu de la investigación científica. Mi objetividad, en este proyecto, ha quedado por los suelos. Tendré que desistir y marcharme a casa.

—Oh, no —protestó Trixie.

Wilhelmina se encogió de hombros diciendo:

—No se ha perdido tanto. No hay pruebas definitivas del fenómeno, ¿no os parece? Y todo lo que estudié era puro teatro.

Trixie miró, recelosa, a Charlene y a Bill. Por la expresión serena de sus rostros, supuso que Wilhelmina les habría contado lo de las «fantasmadas» de Gus.

—¡Gus! —dijo Trixie en voz alta—. ¿Está bien? ¿Volvió aquí anoche, después de sacarme del río? ¿Dónde está?

La nueva retahíla de preguntas confundió a los señores Murrow.

—Gus está en las cuadras, con los caballos. ¿Quieres decir que él te sacó del río? —preguntó Charlene.

Trixie les explicó que había visto a Gus mirándola desde la orilla.

—Yo alargué la mano, y él me cogió por la muñeca y me sacó de allí. Pero… ¿por qué no volvió aquí después, en busca de ayuda? —preguntó, percatándose por primera vez de que Gus no había estado entre los del grupo de rescate, la noche anterior.

—Trixie, Gus se fue a su casa a la hora de costumbre —explicó Charlene—. Y esta mañana se ha presentado aquí a su hora. Hasta esta mañana no supo lo que había pasado…

—Pero si estuvo allí. Estaba muy oscuro, pero yo distinguí enseguida el sombrero de paja, en la orilla, y sus ojos que me miraban, y… —dijo, sintiendo de pronto un escalofrío.

—El Jinete Fantasma —dijo Honey en un susurro.

—Ya volvemos a las andadas —refunfuñó Bill.

—Y si no fue Gus, ¿quién pudo ser, entonces? —preguntó.

—Algún árbol, quizás… y su tronco te recordaría el rostro de un hombre, y tomarías una de sus ramas por una mano —dijo Bill.

—Pues yo estaba completamente segura… —dijo Trixie.

—¿Y qué segura podías estar, medio ahogada en un río helado? —repuso Bill—. En el fondo de tu corazón, necesitabas a alguien, y tu imaginación te brindó a ese alguien.

—Pero… —dijo volviéndose hacia Wilhelmina.

—La explicación del señor Murrow es verosímil. En momentos de crisis, las alucinaciones son frecuentes. Además, tú misma dijiste que te agarraste a la mano y saliste del agua, ¿no? Aunque no lo recuerdo muy bien…

Trixie intentó reconstruir el hecho en vano.

—No lo sé, me figuro que estaba hecha un lío —dijo.

—Fuera árbol, fuera fantasma o moro beduino, bendito sea, ya que te salvó la vida cuando creías que había llegado el final —dijo Bill.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo Wilhelmina, levantándose de la mesa—. Y ahora que ya sé que Trixie y Honey se encuentran bien, me iré. Gracias por el desayuno.

Trixie y Honey la acompañaron a la puerta. A la entrada había aparcada una vieja furgoneta con ribetes de madera; Trixie lo adivinó: era de Wilhelmina. Las dos la acompañaron hasta el vehículo.

—Me da pena que se vaya —dijo Trixie—. Todavía nos quedan unos días de vacaciones, y pensaba aprender unas cuantas cosas más sobre todos esos fenómenos.

—Bueno —exclamó Wilhelmina frunciendo el ceño, buscando la palabra más precisa—. Puede que no me marche enseguida.

Trixie también la miró, con incertidumbre; no alcanzaba a entender la indecisión de la mujer. Pero enseguida cayó en la cuenta.

Iba a marcharse, pero cuando dije que me habían sacado del río… Parecía estar de acuerdo con Bill, pero debe de sentir un cosquilleo en el estómago que le dice que la cosa no termina ahí —pensó Trixie.

Estuvo a punto de preguntárselo, pero no era el momento apropiado. Wilhelmina todavía estaba avergonzada de haberse creído lo de la retrocognición. Rechazaría la idea de que a Trixie le salvó el Jinete Fantasma.

Al final se despidieron las dos de Wilhelmina. La furgoneta arrancó y la vieron alejarse, y le dijeron adiós con la mano durante un buen rato.

—Nosotras que creíamos que Burke había venido a redimir la mala fama de Gunnar —dijo Honey en voz baja—. ¡Mira que si ha sido al revés! ¿Y si Gunnar ha sido el bueno de la película?

Trixie se estremeció y sonrió al mismo tiempo.

—Sería hermoso, ¿no? Aunque un poco macabro —añadió.



—Me imagino que nunca lo sabremos —dijo Honey—. Pero al menos todos los misterios de verdad han quedado resueltos. Sabemos que Gus fue el de las fantasmadas. Sabemos que Burke secuestró a Aladín. Y sabemos que el caballo está sano y salvo.

—Sólo queda saber cómo salí de ese río —dijo Trixie—. ¿Gracias a un fantasma, a un árbol, o a un moro beduino? Eso no lo sabremos jamás.

Ahora, yo sé lo que sé —se dijo Trixie a sí misma—. Entonces sintió un hambre feroz, dio media vuelta y se metió en la cocina.

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.